

LA VIDA DE JESÚS: UNA CRISTOLOGÍA PRÁCTICA



Dr. José Luis Fortes Gutiérrez

LA VIDA DE JESÚS: UNA CRISTOLOGÍA PRÁCTICA.

Sumario

Lección primera: Introducción.

- I. Falsos conceptos sobre el Jesús de la Biblia.
- II. Fuentes para el conocimiento de Jesús.
- III. Importancia del conocimiento de Jesús.

Lección segunda: El estado preexistente y su encarnación.

- I. El Verbo: naturaleza y obra.
- II. El Verbo habitando entre los hombres: la encarnación.

Lección tercera: Nacimiento e infancia de Jesús (I).

- I. Situación política del mundo en que le tocó nacer a Jesús.
- II. Los padres que Dios eligió para Jesús.

Lección cuarta: Nacimiento e infancia de Jesús (II).

- III. Fecha del nacimiento de Jesús.
- IV. El nacimiento de Jesús.
- V. Niñez de Jesús.

Lección quinta: Juventud de Jesús.

- I. Jesús tuvo que tomar responsabilidades de forma prematura.
- II. Jesús el carpintero

Lección sexta: El habla de Jesús.

- I. De la abundancia del corazón habla la boca.
- II. Daban buen testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca.
- III. La gente se admiraba de su doctrina porque les enseñaba con autoridad.
- IV. ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!

Lección séptima: Jesús y el mundo.

- I. Jesús no era del mundo.
- II. Jesús estaba en el mundo.
- III. Jesús se guardaba del mal del mundo.
- IV. Jesús es la luz del mundo

Lección octava: La prudencia de Jesús.

- I. La prudencia en la enseñanza de Jesús.
- II. La prudencia en la vida de Jesús.

Lección novena: La libertad de Jesús.

- I. La libertad de Jesús en la relación con las personas.
- II. La libertad de Jesús en la aplicación de la palabra de Dios.
- III. La libertad de Jesús en el testimonio de sí mismo.

Lección décima: La soberanía de Jesús.

- I. La soberanía de Jesús en la revelación.
- II. La soberanía de Jesús en la salvación.
- III. La soberanía de Jesús en el llamamiento al ministerio.

Lección undécima: Jesús y la tentación.

- I. Jesús padeció tentaciones semejantes a las de que cualquier ser humano
- II. Jesús asumió nuestra naturaleza humana y se sujetó a la tentación externa con propósitos salvíficos y santificadores para nosotros.

Lección duodécima: La mansedumbre y humildad de Jesús.

- I. Jesús era manso y humilde.
- II. Jesús se humilló a sí mismo.
- III. Jesús no encontró justicia humana en su humillación.

Lección decimotercera: El amor de Jesús.

- I. El amor de Jesús.
- II. Objetos del amor de Jesús.
- III. El amor de Jesús demanda amor.

Lección decimocuarta: La paciencia de Jesús.

- I. La paciencia de Jesús.
- II. Manifestación de la paciencia de Jesús.
- III. Debemos ser pacientes como Cristo.

Lección decimoquinta: El perdón de Jesús.

- I. El concepto bíblico de perdón.
- II. El perdón de Jesús.
- III. Los cristianos debemos perdonar.

Lección decimosexta: La bondad de Jesús.

- I. El concepto bíblico de lo que es “bueno” y de “bondad”.
- II. La bondad de Jesús.
- III. La bondad en el cristiano.

Lección decimoséptima: Jesús y la fe.

- I. Jesús es el autor y consumidor de la fe.
- II. Jesús es el objeto de la fe.

Lección decimoctava: La ira de Jesús.

- I. La ira de Jesús.
- II. Aprendiendo de la ira de Jesús.

Lección decimonovena: Jesús el “yo soy”.

- I. Yo soy el que soy.
- II. Jesús y el “yo soy”.

Lección vigésima: Yo soy el Cristo.

- I. La expectativa mesiánica.
- II. Jesús es el Mesías.
- III. Aceptación y rechazo de Jesús el Mesías.

Lección vigésimo primera: Yo soy el pan de vida.

- I. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo.
- II. Yo soy el pan de vida.

Lección vigésimo segunda: Yo soy la luz del mundo.

- I. El mundo está en tinieblas.
- II. Jesús es la luz del mundo.
- III. Jesús da luz para creer y vivir en él.

Lección vigésimo tercera: Yo soy la puerta.

- I. Yo soy la puerta.
- II. El que por mí entrare será salvo.
- III. Y hallará pastos.

Lección vigésimo cuarta: Yo soy el buen pastor.

- I. Cristo es el buen pastor.
- II. Cristo apacienta y pastorea a sus ovejas.
- II. Las ovejas deben seguir a Cristo, su buen pastor.

Lección vigésimo quinta: Yo soy la resurrección y la vida.

- I. El hombre está muerto y le espera otra muerte aún peor.
- II. Jesús es el único que puede traer vida donde hay muerte.

Lección vigésimo sexta: Yo soy la vid verdadera.

- I. Jesús es la vid verdadera.
- II. Los creyentes son los pámpanos.

Lección vigésimo séptima: Yo soy el camino, la verdad y la vida.

- I. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.
- II. Nadie viene al padre, sino por mí.

Lección vigésimo octava: Aprendiendo de Jesús.

- I. Jesús es el modelo de ser humano escogido por Dios para el cristiano.
- II. Llegando a ser como Jesús.

Lección vigésimo novena: Los milagros de Jesús.

- I. ¿Qué es un milagro?
- II. ¿Cuál es el propósito de los milagros?
- III. ¿Se producen hoy en día milagros al modo de los hechos antaño por los profetas o los apóstoles?

Objetivos de la asignatura

Este estudio sobre “La Vida de Jesús” tiene el propósito de dar a conocer a Jesús mediante la visión que la Palabra de Dios, La Biblia, nos ofrece de Él. Acudiremos no sólo a los Evangelios, sino también a todo lo que se dice del Mesías en el Antiguo Testamento, y sobre todo, al testimonio de sus primeros discípulos manifestado en los diversos escritos que conforman el Nuevo Testamento. Conoceremos a la persona de Jesús a través de su doble naturaleza, divina y humana, de su carácter santo y de sus obras perfectas. La importancia de conocer a Jesús tal y como se le presenta en las Escrituras es fundamental para el creyente debido al carácter cristocéntrico del cristianismo.

La salvación es por medio de la fe en el Jesús de la Biblia. Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida, el único acceso al Padre. Él es el pan que da vida eterna a quienes comen de él a través de la fe. Él es la luz del mundo que despeja las tinieblas de todo aquel que le sigue. Él es la puerta que conduce al pecador, de la condenación y esclavitud en que encuentra, a la salvación y libertad verdadera. Él es el buen pastor que da su vida por sus ovejas para salvarlas de la condenación eterna. Él es la resurrección y la vida de modo que todo aquel que cree en él no morirá jamás. De todo esto, y muchas cosas más que podríamos decir, surge la pregunta ¿Cómo podremos estar seguros de nuestra salvación si no estamos creyendo en el Jesús bíblico sino en un Jesús distorsionado por las tradiciones humanas o por nuestros propios prejuicios? Por tanto, necesitamos contemplar al Jesús de la Biblia para saber en quien hemos creído realmente, para poder estar seguro de que nuestra fe no descansa en un espejismo.

Jesús es el modelo de santidad para los redimidos, es la medida hacia la cual Dios quiere conformarnos para restaurar la imagen y semejanza distorsionada por la caída. Debemos conocer a Jesús, tal y como es, porque Él es la asignatura que estudiamos los discípulos cristianos a lo largo de nuestra vida. Debemos aprender de Él e imitarle, debemos amar con el amor que él amó, debemos perdonar como él perdonó, debemos hacer todas las cosas como él las hizo. De esto se desprende lo fundamental que es, entonces, el tener una visión adecuada de su persona y carácter. ¿Cómo vamos a imitar a alguien a quien no conocemos? o ¿Cómo estaremos seguros de estar imitando a Jesús si la imagen que tenemos de él es equivocada? Sólo la Biblia, estudiada ampliamente, nos ofrece esa imagen de Jesús que necesitamos.

Como consecuencia de lo dicho, es muy importante que el alumno busque todos los textos que se mencionan en los estudios y los lea detenidamente, meditándolos y comparándolos. No basta con leer parte de ellos, es necesario leerlos todos si queremos conocer “todo el consejo de Dios” al respecto. Si es necesario volveremos a leerlos cuantas veces sea necesario hasta estar seguros de haber entendido sus contenidos. Estamos seguros que de seguir nuestro consejo el alumno sacará gran provecho de unos estudios que pretenden, parafraseando a San Pablo, que nuestro yo pecaminoso y carnal deje de vivir en nosotros para que Cristo lo haga de forma plena y abundante. No olvidemos que la vida cristiana sólo tiene sentido cuando Jesús es nuestro maestro y su enseñanza vive “en” y “a través de” nosotros. ¡A Él sea la gloria!

Lección primera: Introducción

TEXTO: (Juan 14.1-7)

I. Falsos conceptos sobre el Jesús de la Biblia

1. Distorsiones antiguas y medievales sobre la persona de Jesús.

Desde los primeros siglos de nuestra era, sobre todo a partir del siglo IV, surgieron diferentes herejías cristológicas, es decir conceptos extraños sobre la persona u obra de Cristo. Para entender él por qué ocurrió tal cosa es necesario recordar que la iglesia primitiva estaba inmersa en un proceso de búsqueda de una concepción de Cristo que hiciese justicia a los siguientes aspectos: 1) Su verdadera y propia deidad; 2) Su verdadera y propia humanidad; 3) La unión de la humanidad y la deidad en una sola persona; y 4) La adecuada distinción entre la deidad y la humanidad en una sola persona. Todas las herejías cristológicas que surgieron en la Iglesia de los primeros siglos, se originaron en el fracaso de combinar todos estos elementos en la formulación doctrinal de la verdad. Algunos negaban, totalmente o en parte, la verdadera deidad propia de Cristo (Ebionitas, Alogitas, Monarquianos dinámicos y Arrianos), y otros disputaban totalmente, o en parte, su verdadera y propia humanidad (Docetistas, Gnósticos y Modalistas).¹

Los evangelios apócrifos son otras formas pervertidas de presentar a Jesús. Estos son escritos de fecha muy posterior a los sucesos en ellos narrados. Sus autores suelen escribir con un seudónimo, generalmente el nombre de un apóstol. Nos muestran relatos triviales y extravagantes sobre la vida de Jesús. Tomemos una muestra como ejemplo en el evangelio apócrifo de la infancia de Jesús del Seudo Tomas (de final del s. II). El autor presenta a Jesús de niño haciendo pájaros de barro y echándoles a volar, dejando seco al hijo de Anás, el escriba, matando a un muchacho que tropezó con él, dejando ciegos a quienes no estaban de acuerdo con la muerte del muchacho anterior, etc. Todo este “evangelio” nos presenta a un Jesús iracundo, travieso y orgulloso que utiliza sus poderes para divertirse, para autoprotgerse o para hacer daño a alguien que le ha importunado. Los demás evangelios apócrifos son igualmente absurdos.²

2. Distorsiones modernas y contemporáneas sobre la persona de Jesús.

Ernesto Renán (1823-1892) fue un estudiante de teología que apostató de la fe y vocación cristiana cuando tenía 23 años. A partir de ahí se dedicó, en palabras de J. Ribera, a “derramar luz (verdad) en torno a la falsa leyenda del cristianismo... fue una piqueta demoledora contra la Iglesia”. Escribió un libro sobre la vida de Jesús en el que afirma que los evangelios están “plagados de errores y de contrasentidos”. Partiendo de ese presupuesto, diseña una biografía de Jesús en la que lo reduce a un gran hombre: “nadie sobrepujará a Jesús”, dice; un hombre en la categoría de los “semidioses”, que dio a la humanidad un

¹ Louis Berkhof: **Historia de los dogmas**, Ed. Estandarte de la Verdad, 1.969, pp. 128-129.

² Aurelio de Santos Otero: **Los evangelios apócrifos**, BAC, 1.979, pp. 286-289.

ejemplo maravilloso: "... en él se reconcentró cuanto de noble y bueno se contiene en nuestra naturaleza". Renán niega en su obra todo lo sobrenatural en la vida de Jesús, niega su divinidad, niega el poder desplegado en sus milagros, niega su resurrección sobre la muerte. El Jesús de Renán no es el Verbo eterno, el Hijo de Dios, no es el Salvador de mundo, es sólo un gran hombre al que admira como tal: "y todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno que pueda compararse".³

Otras obras más actuales que nos muestran perversiones sobre la persona y vida de Jesús son los libros: **El caballo de Troya** y **El Bluf o la Estafa de Cachemira**, y las películas: **Jesucristo Súper Star** y **La última tentación de Jesús**. En todas estas obras sus autores nos presentan a un Jesús descafeinado, desprovisto de sus atributos divinos y sobrenaturales tanto como de su humanidad perfecta. Nos presentan a un Jesús patético, unas veces, y otras a un Jesús digno de admiración pero cuya obra, mensaje y poder no trasciende a su muerte. Este es el engaño de Satanás para aquellos que, ciegos por el pecado, viven de espaldas a Dios.

II. Fuentes para el conocimiento de Jesús.

1. Fuentes extrabíblicas.

Como veremos, a Jesús sólo podemos conocerle en plenitud por el testimonio apostólico. Esto no significa que no existan otras evidencias de la historicidad de Jesús. Muchos son los testimonios seculares que dejan fuera de toda duda este hecho. Veamos algunas muestras de ello:

1.1. Fuentes seculares:

El historiador romano **Cornelio Tácito**, que nació entre el 52 y el 54 d.C., al escribir del reinado de Nerón, alude a la muerte de Cristo y a la existencia de los cristianos de Roma. (Anales XV.44). Tácito hace una más amplia referencia al cristianismo en un fragmento de sus Historias, en relación con el incendio del templo de Jerusalén en el año 70 d.C., preservado por **Sulpicio Severo** (Crónicas II.30.6).

El satírico del siglo segundo, **Luciano**, habló con desdén de Cristo y de los cristianos

El historiador judío **Flavio Josefo**, que nació el 37 d.C., hace una referencia a Jesús en (Antigüedades XVIII.3.3) y otra a Santiago, el hermano de Jesús, en (Antigüedades XX.9.1).

Suetonio, 120 d.C., es otro historiador romano que cita a Jesús (Vida de Claudio 25.4).

³ E. Renán: **La vida de Jesús**, Ediciones Petronio, 1.975, p. 5.

El gobernador de Bitinia en Asia Menor, **Plinio Segundo** o **Plinio el Menor**, (112 d.C.) escribió al emperador Trajano pidiéndole consejo de cómo tratar a los cristianos (Epístolas X.96).

La carta de **Mara Bar-Serapio**, es un interesante documento de después del 73 d.C. En él, el sirio Mara Bar-Serapio escribe desde la prisión a su hijo Serapio para alentarle en la búsqueda de la sabiduría. Le menciona diferentes sabios entre los cuales está Jesús (1.114).

Los **Talmudes judíos**, hacen referencia a Jesús en muchas ocasiones. (Babilonia Sanhedrín 43a).

1.2. Fuentes eclesiales

Tertuliano, jurista-teólogo de Cartago, en una defensa del cristianismo (197 d.C.) ante las autoridades romanas de África, hace mención del intercambio epistolar habido entre Tiberio y Poncio Pilato (Apología V.2).

Julio Africano (221 d.C.), es escritor cristiano que cita a **Talo**, el historiador samaritano, que menciona a Jesús en sus escritos (1.113)

Justino Mártir, alrededor del año 150 d.C., presentando su *Defensa del cristianismo* ante el emperador Antonino Pío, le hizo mención del informe de Pilato, el que Justino suponía debía estar preservado en los archivos imperiales. (Apología 1.48).⁴

2. Fuentes bíblicas.

La fuente principal para el conocimiento de Jesús es el testimonio apostólico.

2.1. Los apóstoles fueron testigos de primera mano de todo cuanto narran en sus escritos.

Ellos oyeron, vieron y palparon todo que cuentan en sus escritos (1 Jn 1.1-4) (2 P 1.16-18). Durante tres años estuvieron con Jesús, sin separarse prácticamente de él. Estuvieron con él cuando predicaba, cuando sanaba, cuando reprendía, cuando procedía con misericordia. Estuvieron con él en los momentos buenos y en los malos.

Ellos fueron testigos presenciales todo el tiempo del ministerio del Señor Jesús (Hch 1.8,21-22). Ellos comieron de los panes y los peces, ellos sufrieron las inclemencias del viento y el mar embravecido, ellos se quedaron hondamente impresionados cuando vieron salir a Lázaro, vivo, del sepulcro.

2.2. Los apóstoles fueron inspirados por Dios para escribir todo cuanto vieron, oyeron y palparon con escrupulosa fidelidad (2 P 1.21)

⁴ Josh McDowell: **Evidencia que exige un veredicto**, Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, 1.972, pp. 83-89.

Algunos pocos escribieron lo que otros testigos de primera mano les contaron. Este fue el caso de Lucas, el médico amado, que escribió su evangelio probablemente por el testimonio de María (Lc 1.1-4), y el libro de los Hechos porque fue compañero de viaje del apóstol Pablo (Hch 1.1-5). La inspiración les libraría de error al seleccionar las fuentes.

Pero la mayor parte, que eran testigos oculares, fueron guiados a toda la verdad por el Espíritu Santo (Jn 16.13), quien unas veces les enseñaba y otras les recordaba las cosas vistas, oídas y experimentadas (Jn 14.26). De esta manera fueron preservados de seguir cualquier cosa que no fuera la verdad (2 P 1.16).

2.2. Los escritos apostólicos son Palabra de Dios (2 Ti 3.15-17)

Son la Verdad sobre la Vida de Jesús (Jn 21.24). Está escrita por hombres que nunca se propusieron escribir cosa alguna. Lo hicieron porque el Señor se los mandó, porque el Espíritu de Dios les guió a ello.

Son la única fuente para un conocimiento salvador de Jesús (Jn 20.30-31). Los evangelios no sólo dan conocimiento (información) de Jesús, sino conocimiento en el poder de Dios (fe) (Ro 10.17). Esta fe en Jesús produce salvación y vida eterna (Jn 3.36).

III. Importancia del conocimiento de Jesús.

1. Conocer a Jesús es conocer a Dios.

Por Jesús podemos conocer al Dios verdadero, al cual nadie ha visto, pero que se ha revelado en su palabra y sobre todo en su Hijo:⁵ **"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer"** (Jn 1.18). A través de su testimonio y de sus obras podemos conocer el carácter de Dios: Su entrañable amor (Jn 11.34-36); Su ira (Jn 2.13-22); Su justicia y su misericordia (Jn 8.1-11); Su inmenso poder (Jn 11.38-44), etc. Todos los atributos de Dios fueron manifestados a través de la persona de Jesús. Es por ello que dijo: **"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"** (Jn 14.9).

2. Conocer a Jesús es conocer al hombre que somos.

Como segundo Adán,⁶ Jesús nos muestra al hombre perfecto: **"¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?"** (Jn 8.46),⁷ nos muestra al hombre que todos debíamos ser y no somos; nos muestra que existe una gran diferencia entre lo que

⁵ "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He 1.1-2).

⁶ "Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante" (1 Co 15.45).

⁷ "Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos... Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre" (He 7.26,28).

creemos ser y lo que somos en realidad.⁸ **"El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella... pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los mas viejos hasta los postreros"** (Jn 8.7-9). Con su poder y luz Jesús nos lleva a descubrir la terrible realidad de nuestro pecado y sus terribles consecuencias⁹ de manera que caigamos de rodillas ante Él clamando: **"Soy hombre pecador"** (Lc 5.8), y suplicarle **"ten misericordia de nosotros"** (Lc 17.13).

3. Conocer a Jesús es conocer la salvación (Mt 1.21) (Jn 1.29).

La visión de nuestro pecado, producida por la luz de Jesús, es en esperanza. Es en arrepentimiento: **"Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos los que merecieron nuestros hechos..."**, y fe: **"acuérdate de mí"** (Lc 23.41-42). Por tanto quien conoce a Jesús conoce **la verdad** sobre Dios, sobre su pecado y sobre el modo de salir de Él; quien conoce a Jesús conoce **"el camino"** para llegar al Padre que no es otro que la fe en el propio Jesús (Jn 14.6-7; 3.16). Quien conoce a Jesús sabe que **"no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, por el que podamos ser salvos"** (Hch 4.12); sabe que **"no hay otro mediador entre Dios y los hombres"** salvo Jesús (1 Ti 2.5). Quien cree en Jesús tiene vida eterna (Jn 3.16,36; 10.27-28; 17.1-3)

4. Conocer a Jesús es conocer al hombre que debemos ser en el "hoy" de nuestra vida.

Dios nos ha salvado para llevarnos a ser como Su Hijo, es decir, Jesús es el modelo hacia el cual Dios quiere conformarnos,¹⁰ Él dijo: **"Llevad ni yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga"** (Mt 11.29-30). Esta lección fue aprendida muy bien por Pedro, unos de sus discípulos, cuando dijo: **"Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas"** (1 P 2.21). La asignatura que estudiamos los cristianos se llama Jesús; de Él debemos aprender a pensar rectamente, a actuar con justicia, a proceder con amor y bondad, y a hacer la voluntad de Dios por encima de todas

⁸ *"Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago."* (Ro 7.15). *"Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos; Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos."* (Ro 3.10-18)

⁹ *"Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"* (Ro 7.16-24) *"Porque la paga del pecado es muerte..."* (Ro 6.23a)

¹⁰ (Ef 4.11-13) (1 Jn 3.2-3) (Flp 3.20-21)

las cosas. Cuánto más conozcamos a Jesús, más nos pareceremos a Él: *"Viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús"* (Hch 4.13). Cuanto más nos parezcamos a Jesús más santos seremos y más cerca estaremos de Dios.

Lección segunda: El estado preexistente y su encarnación

TEXTO: (Juan 1.1-18)

I. El Verbo: naturaleza y obra (Jn 1.1-2)

1. Naturaleza del Verbo.

1.1. *En el principio era el Verbo* (Jn 1.1a)

En el principio (Gn 1.1), es una frase que nos habla de la eternidad de Dios. Jehová es desde el principio: "*¿No eres Tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío?*" (Hab 1.12). Jehová es eterno (Dt 33.27) (Isa 40.28), "*es desde el siglo y hasta el siglo*" (Sal 90.2) (1 Ti 1.17). La frase: "*en el principio era el Verbo*", nos habla, por tanto, de la eternidad del Verbo: El Señor es eterno: "*Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir*" (Ap 1.8). El Hijo es eterno: "*Ahora pues, Padre, glorifícame Tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*" (Jn 17.5). "*Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten*" (Col 1.17) (Gá 4.4).

1.2. "*Y el Verbo era con Dios*" (Jn 1.1b). "*Este era en el principio con Dios*" (Jn 1.2)

La frase "*era con*" es una alusión a la unión del Hijo con el Padre en la divinidad, es una alusión al aspecto Trino de esa unión: "*¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en Mí? ...Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en Mí*" (Jn 14.10-11) "*Yo y el Padre uno somos*" (Jn 10.30) El Padre y el Hijo, juntamente con el Espíritu Santo conforman un solo Dios: "*En el nombre*" (singular, hay un solo Dios) "*del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*" (en Dios hay tres personas) (Mt 28.19). Un texto semejante es (Gn 1.26): "*Entonces dijo Dios* (singular, hay un solo Dios) "*hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*" (el plural nos habla de las personas que conforman a Dios).

El Hijo y el Padre compartían y comparten desde la eternidad una misma gloria, unos mismos atributos: "*Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*" (Jn 17.5). Veamos una muestra de esta igualdad de atributos:¹¹

- ❖ El Padre y el Hijo son el pastor de las ovejas (Sal 23.1) (Jn 10.7).
- ❖ El Padre y el Hijo son luz (Sal 27.1) (Jn 8.12 y 9.5).
- ❖ El Padre y el Hijo son la verdad (Dt 32.4) (Jn 14.6).
- ❖ El Padre y el Hijo son la puerta (Sal 118.19-20) (Jn 10.7-9).
- ❖ El Padre y el Hijo son rey sobre su pueblo (Sal 24.7-9) (Jn 18.37).

¹¹ Igualdad de atributos no quiere decir igualdad de posición. El Padre ocupa una posición jerárquica mayor que el Hijo en la Trinidad: *Mi padre... es mayor que todos...* "*El padre es mayor que yo*" (Jn 10.29; 14.28). Esto hace que el Hijo esté subordinado al Padre en todo (Jn 5.30).

- ❖ El Padre y el Hijo son el “yo soy” (Ex 3.13-14) (Jn 8.24,28; 13.19; 18.4-6).
- ❖ El Padre y el Hijo son agua viva (Jer 2.13) (Jn 7.37-38).
- ❖ El padre y el Hijo son eternos (Isa 9.6) (Jn 17.5).
- ❖ El Padre y el Hijo son santos (1 S 2.2) (Hch 3.14).
- ❖ El Padre y el Hijo son soberanos (1 Ti 6.15-16) (Ap 1.5).
- ❖ El Padre y el Hijo son omnipresentes (Sal 139.7-12) (Mt 18.20).
- ❖ El Padre y el Hijo son omnipotentes (Gn 17.1) (Ap 1.8).
- ❖ El Padre y el Hijo son inmutables (Mal 36) (He 13.8).
- ❖ El Padre y el Hijo son omniscientes. Ambos lo saben todo, ambos escudriñan la mente y el corazón (Jer 17.10) (Jn 2.25).
- ❖ El Padre y el Hijo son misericordiosos y perdonadores (Sal 103.1-3,17) (Lc 5.20-21). Sólo Dios puede perdonar los pecados, y Jesús perdonaba los pecados, por tanto Jesús es Dios.

1.3. "Y el Verbo era Dios" (Jn 1.1c).

El Antiguo Testamento habla del Cristo diciendo que es Dios: La profecía decía: *"Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán"* (Isa 35.4b-5). Esto se cumplió en Jesús (Mt 1.21) (Lc 4.16-21). La profecía decía: *"Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios"* (Isa 40.3). Según (Mt 3.3) Juan el bautista era el precursor de Jesús en cumplimiento de la profecía de (Isa 40.3): *"Pues este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas."* En (Isa 6.1) el profeta Isaías ve la gloria de Jehová, y, según (Jn 12.38-41), el profeta Isaías vio la gloria de Cristo y habló de Él en el pasaje anterior.

El Nuevo Testamento afirma que Jesucristo es Dios: Y llamará su nombre Emmanuel, que traducido es: *"Dios con nosotros"* (Mt 1.23). *"De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén."* (Ro 9.5). *"Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo"* (Tit 2.4). *"Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna"* (1 Jn 5.20).¹²

2. La obra del Verbo (Jn 1.3-4)

2.1. *"Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho"* (Jn 1.3). *"El mundo por Él fue hecho"* (Jn 1.10).

¹² Inútilmente apelaremos a estos textos con los arrianos modernos, los Testigos de Jehová, pues ellos, en su afán de desposeer a Cristo de su divinidad, los adulteran en su versión de la Biblia la "Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras". Con unos cambios al antojo en los signos de puntuación los textos mencionados dicen otra cosa. Veamos un ejemplo de lo que dice la tendenciosa versión en (Ro 9.5): *"A quienes pertenecen los antepasados y de quienes (provino) Cristo según la carne: Dios que está sobre todos, (sea) bendito para siempre. Amén."*

El Verbo es el creador de todo cuanto existe: *"Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él"* (Col 1.16). *"Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios"* (He 11.3). Según el texto anterior el universo fue creado por la palabra (verbo) de Dios, es decir, por Jesucristo.

2.3. *"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"* (Jn 1.4).

Jesucristo es la vida y es la causa de toda vida (Jn 14.6). Jesús tiene vida en sí mismo: *"Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo"* (Jn 5.26). Jesús da vida al muerto: *"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí aunque esté muerto, vivirá"* (Jn 11.25): Vida física (Jn 11.43-44) y vida espiritual (Ef 2.1). Jesús da vida eterna a los que en él creen (Jn 3.16,36). La vida espiritual o eterna trae luz a los hombres: (2 Co 4.6). La vida espiritual nos aparta de las tinieblas del pecado: *"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8.12). La vida espiritual nos hace andar en el reino de la luz: *"El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo"* (Col 1.13).

II. El Verbo habitando entre los hombres: la encarnación (Jn 1.5-18)

1. El precursor del Verbo:

Este no era otro que Juan el Bautista: *"Hubo un hombre enviado de Dios el cual se llamaba Juan"* (Jn 1.6). Para una biografía sobre él tomemos en cuenta los siguientes textos: Sus padres (Lc 1.5-25). Su nacimiento (Lc 1.57-66). Su niñez (Lc 1.80). Su ministerio (Lc 2.20) (Jn 1.19-36). Su muerte (Lc 9.7-9).

El ministerio de Juan el Bautista queda descrito en la frase del evangelio: *"Este vino por testimonio"* (Jn 1.7a). A los discípulos les preocupó mucho que no le confundiesen con el Mesías: *"No era Él la luz... Sino para que diese testimonio de la luz"* (Jn 1.7-8). Juan mismo se ocupó en demostrar quiera era *"¿Tú, quién eres?... Yo no soy el Cristo"* (Jn 1.19b,20). *"Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías"* (Jn 1.23) (Isa 40.3). A partir de ahí se dedicó de lleno a su ministerio: *"Juan dio testimonio de Él"* (Jn 1.15,19-34). *"Anunciaba las buenas nuevas al pueblo"* (Lc 3.18). *"He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo"* (Jn 1.29). *"Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque es primero que yo"* (Jn 1.30). *"Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios"* (Jn 1.34). *"Viene uno que es más poderoso que yo ... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego"* (Lc 3.16). *"Limpiara su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará"* (Lc 3.17).

El propósito de Juan al señalar a Jesús no era otro que llevar a las gentes a la fe en el Mesías: *"Para que todos creyesen por Él"* (Jn 1.7b). *"Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús"* (Jn 1.37). Juan predicó el arrepentimiento

del pecado, nacional e individual: *"Haced frutos dignos de arrepentimiento"* (Lc 3.8).

2. La encarnación del Verbo: *"Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1.14a).

2.1. Propósito de la encarnación del Verbo:

2.1.1. El Verbo se hizo verdadero hombre para dar a conocer su gloria y la verdad:

"(Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Jn 1.14b), para iluminarnos con la luz de su gloria: *"Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre, venía a este mundo"* (Jn 1:9). El Verbo habitó entre nosotros tomando la forma de hombre verdadero: *"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"* (Gá 4.4-5). Como hombre fue semejante en todo a nosotros (He 2.14-18), pero sin pecado (He 4.15). De esta manera nos mostró el modelo de hombre que Dios quiso desde el principio para este mundo (Ef 4.13).

2.1.2. La Verdad de Dios también se manifiesta en Jesucristo (Jn 14.6).

El Verbo se humanó para dar a conocer al Padre, a Dios, a La Verdad: *"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer"* (Jn 1.18). El hombre tiene la tendencia a cambiar la verdad de Dios por la mentira (Ro 1.25). Conociendo a Cristo conocemos la Verdad, y la Verdad nos libera de la tendencia e inclinación a sustituir la Verdad por la mentira (Jn 8.32).

2.2. Sujetos de la revelación de la gloria y de la verdad de Dios:

2.2.1. El mundo rechazó al Hijo de Dios:

"Y el mundo no le conoció" (Jn 1.10). La causa de este rechazo debe encontrarse en la condición pecadora del hombre. El hombre está ciego por el pecado (2 Co 4.4). El hombre natural no percibe las cosas de Dios (1 Co 1.18; 2:14). Nadie puede conocer de sí mismo a Jesús, esto es posible sólo cuando Dios mismo concede este don y lleva a las personas a su Hijo (Jn 6.44). Quien niega que Jesucristo se hizo verdadero hombre tiene el espíritu del anticristo y no es de Dios (1 Jn 4.1-3).

2.2.2. El propio Israel rechazó al Mesías:

"A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Jn 1.11). Los *suyos* aquí es una referencia a la nación hebrea que entregaron a Jesús en manos del poder romano para que fuese ejecutado (Hch 2.22-23; 3.13-26). Por tanto, los judíos, como nación, rechazaron al Mesías según los eternos planes de Dios (Ro 9.30 a 10.2; 11.11-36). Sin embargo, no debemos olvidar que muchos judíos fueron salvos: Los discípulos eran judíos, Pablo era judío, la mayor parte de los primeros discípulos eran judíos (Ro 11.1-10).

2.2.3. Los que son de Dios recibieron al Verbo.

El rechazo que el mundo e Israel hicieron del Verbo podía llevarnos a pensar que los planes de Dios quedaron frustrados. Nada más lejos de ser cierto, el Verbo se encarnó para traer la verdad y la gracia abundante: *"De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia"* (Jn 1.16). *"La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo"* (Jn 1.17). La Gracia de Dios se manifiesta en el don del Hijo (Jn 3.16) (Ro 8.32). Por este don de gracia es posible la salvación de aquellos que siendo *"por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás"* (Ef 2.1-10), fueron escogidos para salvación desde antes de la fundación del mundo (Ef 1.4-5). *"A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios"* (Jn 1.12-13). Según el texto anterior los hijos de Dios llegaron a serlo no por ningunos de los siguientes caminos: No por herencia familiar: *"no son engendrados de sangre"* (Ro 14.12), no Por voluntad propia: *"ni de voluntad de carne"* (Ro 9.16), no por voluntad de otra persona: *"ni de voluntad de varón"* (Hch 26.29). Una persona llega a ser hijo de Dios por la voluntad **de Dios**, por medio de la fe en Cristo Jesús (Gá 3.26).

Lección tercera: Nacimiento e infancia de Jesús (I)

TEXTO: (Lucas 1.26-56) (Mateo 1.18-25)

I. Situación política del mundo en que le tocó nacer a Jesús.

Palestina estaba bajo el dominio de Roma en la época en que nació Jesús. Gobernaba en aquel entonces Augusto César (Lc 2.1), su primer emperador. Éste fue miembro del triunvirato formado con Antonio y Lépido, y al morir este último compartió el imperio con Antonio. Al ser los dos demasiado ambiciosos para compartir el poder, se enfrentaron, venciendo Augusto César en la batalla de Accio, el 31 a.C. A partir de aquel momento gobernó en solitario. Cuatro años después fue confirmado “emperador” y “augusto” el 27 d.C. Empezó a tener relación con Palestina a la derrota de Antonio, que había sido apoyado por Herodes (Lc 1.5). En contra de todo lo esperado, trató bondadosamente a Herodes,¹³ lo confirmó como rey, y añadió Samaria y Gadara a sus dominios. Herodes dio una lealtad sin límites a Augusto, y erigió en su honor un templo de mármol blanco en Cesarea de Filipos. Murió el 14 d.C., sustituyéndole su hijastro Tiberio¹⁴ (14 a 37 d.C.) (Lc 3.1).

II. Los padres que Dios eligió para Jesús

1. Una familia de creyentes genuinos

1.1. María madre de Jesús (Lc 1.26-38).

La Biblia nunca emplea la expresión “madre de Dios” para hablar de María sino “madre de Jesús” (Hch 1.14). Ningún ser humano, temporal y finito, puede ser “madre” de Dios, eterno e infinito. Con la expresión “madre de Dios” la Iglesia Católica pretende elevar la dignidad de María y colocarla en un lugar que no le corresponde para justificar el culto y devoción que le asignan.

María sólo había de ser madre de la naturaleza humana de Jesús (Jn 1.14) (Gá 4.4). Es decir ella fue escogida para ser el instrumento que proveyera un cuerpo y naturaleza humana para el Verbo eterno.

El Espíritu Santo fue el encargado de realizar la unión de la naturaleza divina y eterna del Verbo con la naturaleza humana y temporal que María había de proveer para Jesús (Lc 1.34-37).

¹³ Herodes el Grande.

¹⁴ Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado, Ed CLIE, 1.989, p. 88.

Una mujer privilegiada y obediente en extremo (Lc 1.26-38). Cuando María recibe la visita del ángel estaba desposada con José (Lc 1.27). El ángel le hará un anuncio que comportaba un enorme privilegio (Lc 1.28-37). María había sido favorecida con la gracia de Dios (Lc 1.28-30). El Espíritu Santo le llevaría a concebir un hijo (Lc 1.31). Este hijo sería el Mesías, el Hijo de Dios (Lc 1.32-33).

Pero también entrañaba dificultad y peligro para María (Mt 1.18-24). El privilegio de ser madre del Mesías suponía también un riesgo ¿Creerían las gentes que el embarazo de María había sido por obra y gracia del Espíritu Santo? En caso de no creerla sería acusada de adulterio. Y no olvidemos que el pecado de adulterio se pagaba con la muerte (Jn 8.3-5) (Lv 20.10). El propio José creyó que María le había engañado y fue necesaria la intervención de un ángel para que supiese la verdad (Mt 1.18-24). Por tanto, cuando María dijo: *"He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra"* (Lc 1.38), estaba aceptando un ministerio que podía traerle problemas en el ámbito social y matrimonial, e incluso podía costarle la vida. Al aceptar el anuncio del ángel con tanta sumisión y obediencia mostraba su enorme fe y sumisión a la voluntad de Dios. ¡Verdaderamente María era una mujer grande ante los ojos de Dios!

1.2. José padre adoptivo de Jesús (Mt 1.18-25).

Muchas personas creen, incluso algunos cristianos, que las grandes ofensas justifican que una persona se indigne sin límites y que adopte actitudes y comportamientos vindicativos hasta el extremo de la venganza personal o diferida (Gn 4.23-24). El comportamiento ante las grandes ofensas pone de manifiesto la calidad de cristianos que somos (Ro 12.17-21). Este fue el caso de José, cuando supo que María estaba embarazada, *"antes que se juntasen"* (Mt 1.18), no se llenó de rabia y rencor contra ella, no la acusó ante las autoridades para que la apedreasen, no divulgó entre sus conocidos lo que él creía un engaño, sino al contrario, no queriendo *"infamarla, quiso dejarla secretamente"* (Mt 1.19). De esta manera quedaba él como culpable y María como inocente. No sólo no actúa justicieramente, sino que procede con misericordia hacia María proveyéndole un clima de comprensión y ayuda en su entorno familiar y social.

José era un hombre justo y temeroso de Dios (Mt 1.19). Cuando se le explica lo que ha ocurrido con María: *"hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer"* (Mt 1.24). José aceptó sin reparos la voluntad del Señor, aceptó el privilegio de ser padre adoptivo del Mesías a sabiendas de que su situación sería criticada y cuestionada por muchos (Jn 8.41). ¡José mostró fe, amor y valentía!

1.3. Ambos eran igualmente devotos y piadosos.

María no era como tantos judíos que creían que el Mesías que habría de venir sería un líder político que les libraría del poder y opresión de Roma (Hch 1.6), ella creía y entendía que el Mesías prometido habría de venir para dar salvación del pecado según la promesa de Dios a Abraham (Lc 1.46-55). Cuando los ángeles y los pastores glorificaban a Dios por el nacimiento de Jesús *"María guardaba en su corazón todas estas cosas, meditándolas en su corazón"* (Lc 2.19,51). Esto nos muestra a una mujer trascendente, que trata de leer en los hechos y sucesos que acontecen a las personas la voluntad y designios de Dios (Lm 3.37).

A los ocho días de nacer Jesús, José y María le presentan ante el Señor, en el Templo, para circuncidarle¹⁵ y ofrecer el sacrificio que establecía la Ley de Moisés (Ex 13.2,12) (Lv 12.6-8). Más adelante leemos: *"iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua"* (Lc 2.41), en conformidad con el mandamiento de Dios (Dt 16.1-8). Todo esto nos habla de la profunda, sincera y consecuente fe de José y María, de cómo se desplazan constantemente hasta Jerusalén para cumplir *"con todo lo prescrito en la ley del Señor"* (Lc 1.39). Eran creyentes que obedecían la Palabra de Dios en todos sus mandamientos y detalles, aún en aquellos que suponían esfuerzo y sacrificio.

Con las palabras anteriores no debemos tener la imagen de que José y María eran perfectos. Algunos pocos textos nos muestran algunas sombras en el comportamiento de ambos que indican sus limitaciones en ciertas circunstancias. No siempre entendieron a la perfección donde empezaba y donde terminaba su papel de padres, no siempre comprendieron que ellos también debían sujetarse al Mesías (Lc 2.50; 8.19-21) (Jn 2.4). Lo importante, no obstante, es que los dos, José y María, tenían identidad propia. Hay creyentes que no tienen luz propia, sino que reflejan la de otras personas que están a su alrededor. Si otros tienen fe, ellos tienen fe; si otros se desaniman, ellos se desaniman; si otros trabajan, ellos trabajan. En el caso de José y María encontramos una misma talla espiritual, un mismo amor y temor a Dios, una misma fe, entrega y obediencia. Esto era fundamental para que hubiera una relación adecuada y estable entre ellos, y que pudieran proveer el mejor clima posible para el crecimiento y desarrollo del carácter del Mesías.

2. Una familia humilde (Lc 2.24)

No tenemos mucha información en la Biblia sobre la vida cotidiana de José y María; sin embargo hay un texto que nos habla elocuentemente sobre su situación económica: Al nacer Jesús ofrecieron en el Templo la ofrenda de aquellos que *"no tenían suficiente para ofrecer un cordero"*, es decir, ofrecieron *"un par de tórtolas o dos palominos"* (Lv 1.8) cf (Lc 2.24). De esto se desprende que eran de condición pobre y humilde, sin que por ello tengamos que pensar que pasaban necesidad. Tenían lo suficiente en todo tal y como Dios ha prometido a los justos (Sal 37.25) (Mt 6.33).

Esto nos enseña que Jesús se crió en un ambiente donde no faltaba ni sobraba el dinero, donde no había miseria, pero tampoco había lujos. Vivió con todo lo necesario, pero no rodeado de grandes comodidades materiales. Ante esto nos surgen dos preguntas: ¿Cómo es que Dios no rodeó a su Hijo de holgura y comodidad material? ¿Acaso no es más fácil la vida cuando lo material está en abundancia? A estas dos preguntas debemos responder lo siguiente: Primero, los bienes en abundancia llevan la mayoría de las veces a las personas al olvido de Dios o a la relajación espiritual (Dt 6.10-12; 8.11-18) (Pr 30.7-9). Segundo, Es por esto que Dios preparó para su Hijo una familia inmensamente rica en aquello que de verdad vale en el reino de los cielos, la virtud del alma (1 P 3.3-4), pero con lo

¹⁵ La circuncisión es la señal del Pacto de Gracia (Gn 17) y no tiene nada que ver con la Ley de Moisés (Gá 3.14-17).

justo y suficiente en lo material para que las cosas temporales no fuesen un estorbo en el crecimiento y preparación de aquel que había de ser el Salvador.

Lección cuarta: Nacimiento e infancia de Jesús (II)

TEXTO: (Lucas 2.1-20)

III. Fecha del nacimiento de Jesús.

En la Biblia y en la historia tenemos datos que nos pueden ayudar a saber la fecha aproximada del nacimiento de Jesús. Veamos estos datos: *"Había pastores en aquella región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y un ángel del Señor se presentó ante ellos, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor"* (Lc 2.8-9). Este pasaje muestra que Jesús no pudo haber nacido en invierno. Los pastores no podían estar guardando sus rebaños una noche del 24 de Diciembre, pues es conocido que los pastores en Palestina no hacen esto durante los rigores del invierno. Siempre traen sus rebaños de las montañas a los rediles antes del 15 de Octubre, antes que lleguen las lluvias y las bajas temperaturas.

Con lo anteriormente expuesto ponemos en duda que Jesús haya nacido en la fecha tradicionalmente admitida. Pero, ¿dicen las Escrituras en qué época del año pudo haber nacido Jesús? Aunque la Biblia no indica la fecha exacta de su nacimiento, hay medios para averiguar la fecha aproximada del nacimiento de Juan el Bautista y, como Juan nació seis meses antes de Cristo,¹⁶ al comparar ambas fechas podemos darnos cuenta de la fecha aproximada en que nació Jesús.

Zacarías, el padre de Juan, era sacerdote en el Templo de Jerusalén. Desde los tiempos de Salomón, y también en aquella época, cada sacerdote tenía un tiempo definido del año en que servía en el Templo. Había 24 divisiones o clases de servicio durante el año. Los nombres de estas clases son mencionados en (1 Cr 24.1-19)¹⁷. De acuerdo a Flavio Josefo (*Antigüedades de los judíos*: Libro VII, capítulo 14, párrafo 7),¹⁸ cada uno de aquellos cursos duraba una semana: la

¹⁶ *"Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María (Lc 1.26) Y he aquí tu parienta Elizabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril"* (Lc 1.36).

¹⁷ *"También los hijos de Aarón fueron distribuidos en grupos... Y David, con Sadoc de los hijos de Eleazar, y Ahimelec de los hijos de Itamar, los repartió por sus turnos en el ministerio... escribió sus nombres... designando por suerte... La primera suerte tocó a Joiarib, la segunda a Jedaías, la tercera a Harim, la cuarta a Seorim, la quinta a Malquías, la sexta a Mijamín, la séptima a Cos, la octava a Abías, la novena a Jesúa, la décima a Secanías, la undécima a Eliasib, la duodécima a Jaquim, la decimotercera a Hupa, la decimocuarta a Jesebeab, la decimoquinta a Bilga, la decimosexta a Imer, la decimoséptima a Hezir, la decimoctava a Afses, la decimonovena a Petaías, la vigésima a Hezequiel, la vigésima primera a Jaquín, la vigésima segunda a Gamul, la vigésima tercera a Delaía, la vigésima cuarta a Maazías. Estos fueron distribuidos para su ministerio, para que entrasen en la casa de Jehová, según les fue ordenado por Aarón su padre, de la manera que le había mandado Jehová el Dios de Israel."* (1 Cr 24.1-19).

¹⁸ Además los dividió en series, y después de separar a los sacerdotes, resultaron estos últimos veinticuatro series, dieciséis de la casa de Eleazar y ocho de la casa de Itamar. Ordenó que cada serie oficiara a Dios durante ocho días, de sabbat a sabbat. Las series fueron distribuidas por sorteo en presencia de David, los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y todos los jefes. La que salió

primera semana comenzaba en el primer mes del calendario judío, Anisan, el principio de la primavera (1 Cr 27.1-2). Después de seis meses, este orden de cursos era repetido para que cada sacerdote pudiera servir dos veces al año durante una semana. Debían servir además, juntamente con todos los sacerdotes, durante otras tres semanas del año durante el período de la Pascua, Pentecostés y la Fiesta de los Tabernáculos.

Con estos datos como fundamento, notemos qué curso era en el que Zacarías servía entonces: *"En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías -o Abijah en el hebreo- /.../ Aconteció que, cuando Zacarías ejercía el sacerdocio delante de Dios, en el orden de su clase /.../ el ángel del Señor se le apareció"* (Lc 1.5,8, 11). El ángel le reveló que su esposa Elizabet, aunque entrada en edad, daría a luz a un hijo (Lc 1.5-13). ¿En qué época del año ejercía Zacarías la suerte de Abías? De acuerdo con (1 Cr 24.10), la clase de Abías era la octava en orden. Es decir, la fecha en que le correspondía servir era entre Iyar 27 y Sivan 5; o sea, del 1 de junio al 8 del mismo mes. Después de su servicio semanal en el Templo, Zacarías fue obligado a permanecer otra semana porque a la siguiente era Pentecostés. Pero tan pronto como cumplió su ministerio, regresó a su casa en los montes de Judea, aproximadamente a 30 millas al Sur de Jerusalén; y su esposa concibió (Lc 1.23-24). Esto fue aproximadamente a mediados de junio; al añadir nueve meses a esto, llegamos a una fecha aproximada del nacimiento de Juan. De acuerdo con esto, Juan nació al principio de la primavera.

Puesto que Jesús era seis meses menor que Juan, simplemente añadimos este tiempo a la época en que Juan nació y tenemos como resultado que Cristo nació a mediados de Septiembre.

RESUMEN DEL ARGUMENTO ANTERIOR

A primeros de Junio del 748 el ángel dice a Zacarías que Dios le dará un hijo.
 * La clase de Abías correspondía entre el 1 y el 8 de Junio.
 * La fiesta de Pentecostés duraba hasta 13 de Junio aproximadamente.
 A la mitad de Junio del 748, dos semanas después, su mujer queda embarazada..
 A la mitad de Diciembre del 748, seis meses después, María queda embarazada.
 A la mitad de Marzo del 749 nace Juan el Bautista.
 A la mitad de Septiembre del 749 nace Jesús.

Otra prueba de esta conclusión la tenemos en el hecho de que, cuando Jesús nació, José y María habían ido a Belén a empadronarse (Lc 2.1-50). No hay registros que indiquen que este período fuese en invierno, ni motivo alguno para creer, como hemos leído muchas veces en comentarios sobre Navidad, que el empadronamiento había causado la aglomeración de forasteros que no permitió a José y María encontrar lugar en el mesón. No hay ninguna razón para creer que fuesen tantos los judíos oriundos de Belén radicados en estas poblaciones, pues todos los judíos se hallaban adheridos a las tierras de sus antepasados. José tuvo que hacerlo por causa de la persecución de Herodes contra el niño Jesús. ¿Qué causaría, pues, la aglomeración? Lo más probable es que fuera la fiesta anual de

primero fue anotada para el primer turno, y así sucesivamente hasta la vigésima cuarta; la división se sigue manteniendo hasta el día de hoy.

otoño a la que José y María solían concurrir como buenos judíos y aunque esta vez tenían razón para abstenerse, dado el estado de María, no pudieron hacerlo por coincidir con la nota real del empadronamiento “*cada uno a su ciudad*” (Lc 2.1-3). Jerusalén era, normalmente, una población de 120.000 habitantes, pero según Josefo, durante las fiestas algunas veces se reunían allí hasta dos millones de judíos. Con tan grandes multitudes de gente que venían a las fiestas, no solamente se llenaba Jerusalén, sino que también la aldea de Belén, situada a sólo 5 millas al sur. Esto era al final de la siembra. Todo esto y la evidencia dada anteriormente, indican que el nacimiento de Cristo fue en el otoño y no el 25 de Diciembre.

La entrada de Juan el Bautista a su ministerio nos ofrece otra información sobre el tiempo de su nacimiento. Véase (Lc 3.1ss). Juan surgió de la soledad del desierto en el año decimoquinto del reinado de Tiberio. Augusto murió el 29 de Agosto del 767. Añadiendo quince años a esta fecha, el año decimoquinto del reinado de Tiberio comenzaría el 29 de Agosto del 781. Juan era de una familia sacerdotal y por ello podría naturalmente iniciar su obra a los treinta años de edad (Nm 4.3). Restados esos treinta años de la última fecha, nos dan el 751 como fecha del nacimiento de Juan. Pero esa fecha se halla retrasada de las otras en dos años. No obstante, en este punto viene en nuestro auxilio la historia romana. Tácito, Ann.1,3: “*Tiberio es adoptado por Augusto como su hijo, y se unieron en el imperio*”. Vell.Pat.2,121: “*A solicitud de Augusto, Tiberio fue investido de igual autoridad en todas las provincias*”. Así Suetonio Aug.97 y Tib.21. Es claro, entonces, que Tiberio gobernó juntamente con Augusto cerca de dos años, antes de que asumiese pleno dominio del imperio a la muerte de Augusto. Lucas podría haber utilizado cualquiera de las dos fechas, pero el poder de Tiberio ya era igual al de Augusto en las provincias, dos años antes de su muerte. Naturalmente Lucas aprovecharía el punto de vista provincial. Separando los dos años del reinado conjunto de Augusto, volvemos nuevamente al año 749, cuando Juan nació, seis meses antes que Jesús. Por lo tanto, si Juan nació al iniciarse la primavera, Jesús debe haber nacido en el otoño del 749, alrededor del 15 de Septiembre aproximadamente.¹⁹

¹⁹ ¿Cómo es, entonces, que la mayor parte de la cristiandad celebra el nacimiento de Jesús en la noche del 24 al 25 de Diciembre?

1) En el siglo IV, fecha en que se comenzó a celebrar la Navidad, la Iglesia estaba inmersa en un proceso de desvío y total apostasía.

Por primera vez en la historia, un emperador se declaraba cristiano. No es éste el lugar para hacer una investigación sobre la genuinidad de la fe de Constantino. Sólo diremos que aplazó su bautismo hasta poco antes de su muerte (337 d.C.) y que las razones políticas no eran ajenas a su decisión: una política realista, aunque no se inspirara en motivos religiosos, tenía que tomar en consideración la presencia y la influencia del cristianismo en el siglo IV. Fueren cuales fueren las razones que movieron a Constantino, demostró siempre un cierto disgusto por los paganos. Estos eran todavía fuertes gracias a las poderosas familias romanas que constituían un elemento importante de la sociedad. Tal vez fue ésta una de las razones que le llevaron a trasladar su residencia a Bizancio -Constantinopla-, ciudad de escasas tradiciones paganas, situada en la región más cristianizada del Imperio.

Constantino colmó de privilegios a los cristianos y elevó a muchos obispos a puestos importantes, confiándoles, en ocasiones, tareas más propias de funcionarios civiles que de pastores de la Iglesia de Cristo. A cambio, él no cesó de entrometerse en las cuestiones de la Iglesia, diciendo de sí mismo que era el obispo de los de afuera de la iglesia. Las nefastas consecuencias de este contubernio no fueron previstas entonces. Debido, sin duda, al agradecimiento que querían expresar al emperador que acabó con las persecuciones, los cristianos permitieron que éste se inmiscuyera en demasía en el terreno puramente eclesiástico y espiritual de la cristiandad. Las influencias fueron recíprocas: comenzaron a aparecer prelados mundanos en el ejercicio del favor

estatal que disfrutaban; no estaban, sin embargo, inmunizados a las tentaciones corruptoras del poder y daban así un espectáculo poco edificante. Esta corriente tendría su culminación en la Edad Media y en el Renacimiento. Como reacción a esta secularización de los principales oficiales de la Iglesia, surgió el ascetismo y el monasticismo que trataban de ser una vuelta a la pureza de vida primitiva, pero que no siempre escogieron los mejores medios para ello.

La mentalidad romana fue penetrando cada vez más el carácter de la cristiandad. Se exigió la más completa uniformidad en las cuestiones más secundarias, como la fijación de la fecha de la Pascua y otras trivialidades parecidas que ya habían agitado vanamente los espíritus a finales del siglo III. Estas tendencias a la uniformidad fueron consideradas por los emperadores como un medio sumamente útil del que servirse para lograr la más completa unificación del Imperio. Contrariamente a lo que generalmente se dice, el edicto de Milán no estableció el Cristianismo como religión del Imperio. Esto vendría después, en el año 380 bajo Teodosio. El cristianismo no se convirtió en la religión oficial en tiempos de Constantino, pero devino la religión popular, la religión de moda, pues era la que profesaba el emperador. Tal popularidad, divorciada en muchos casos de motivos espirituales fue nefasta: *"la masa del Imperio Romano - escribe Schaff- fue bautizada solamente con agua, no con el Espíritu y el fuego del Evangelio, y trajo así las costumbres y las prácticas paganas al santuario cristiano bajo nombres diferentes.* Javier Gonzaga, *Concilios*, Ed. EEE.

2) Las tradiciones y costumbres paganas se fusionaron con el cristianismo bajo nombres diferentes.

Si Cristo no nació el 25 Diciembre, ¿cómo llegó este día a ser parte del calendario de la Iglesia? La historia nos da la respuesta. ¡En vez de ser este el día del nacimiento de nuestro Salvador era el día en que los paganos, durante muchos siglos, celebraron el nacimiento de su dios solar! Un estudio de esto demuestra cuánto se rebajaron los líderes de la Iglesia apóstata en sus esfuerzos por unir el paganismo con el cristianismo hasta el punto de poner el nacimiento de Cristo en una fecha que armonizaba con la celebración pagana del nacimiento del dios sol.

En Egipto, como en Babilonia, el Sol había sido, desde los tiempos más antiguos, el protector de los reyes. En Egipto, incluso, los faraones eran encarnaciones de Ra -dios sol-. La coincidencia, en Roma, del desarrollo de una monarquía oriental en la que el príncipe tenía carácter divino, y el de la religión solar hizo lo demás. Aureliano, instituyendo el culto oficial del Sol y declarándose en sus monedas *deus et dominus natus*, acabó por asimilar la personalidad real del astro y, por consiguiente, por juntar la realeza con la divinidad. Los emperadores posteriores, "por la gracia de Dios", no eran sino vestigio de aquella megalomanía de grandeza. En el año 274, este mismo emperador fundó en Roma un templo consagrado al Sol: Sol invictus, que, naturalmente, era el protector, por derecho propio, de los emperadores y del Estado. Su fiesta se celebraba el 25 de Diciembre, día considerado como el renacimiento del Sol.

En los días del paganismo esta fiesta del nacimiento del dios sol era popular especialmente dentro de los misterios conocidos como mitraísmo. Este festival era llamado "La Natividad". Y no solamente Mitra, el Dios sol del mitraísmo, del cual se decía que había nacido en esta época del año, sino también de Osiris, Orus, Hércules, Baco, Adonis, Júpiter, Tammuz y otros dioses, la misma leyenda de Tammuz con otros nombres. Todos ellos habían nacido en la misma época invernal conocida hoy como Navidad. Dice un notable escritor: "La época invernal era cuando todos los dioses solares, desde Osiris hasta Júpiter y Mitra, celebraban su cumpleaños. Las celebraciones consistían en árboles de pino para Adonis, Saturno y otros que representaban el calor del nuevo nacimiento del sol en forma de fuego.

En Babilonia el cumpleaños de Tammuz era celebrado en esta época del invierno con grandes fiestas, celebraciones y borracheras, igual que se celebra hoy en día. La vieja celebración se dispersó y llegó a ser una costumbre tan arraigada en la Roma y Grecia paganas en los días de los bárbaros teutónicos, como en las épocas remotas de la civilización egipcia y en todas partes este período era siempre celebrado con fiestas y regocijo.

Cuando este festival del invierno llegó a Roma era conocido como la Saturnalia. Saturno no era más que otro nombre de Nimrod o Tammuz, el dios escondido. Esta fiesta era la más vil, inmoral y degenerada que tanto desprestigió a Roma. Era una época de libertinaje y borrachera, cuando todas las restricciones de la ley eran puestas a un lado. Fue de esta misma fiesta romana de la que se tomó la celebración del nacimiento de Cristo y que pasó a la Iglesia Católica Romana hasta la presente civilización como fiesta de Navidad, cuya fecha no está indicada en los Evangelios, pero que se fijó en el 25 de Diciembre, supuesto día del nacimiento de Mitra, identificado con el Sol.

IV. El nacimiento de Jesús (Lc 2.1-20) (Mt 2.1-12).

1. Estuvo plagado de dificultades:

Debido a un censo ordenado por Augusto César (Lc 2.1-2) José y María tuvieron que abandonar la seguridad y comodidad de su hogar en Nazaret y desplazarse a Belén, de donde era oriundo José, para ser empadronados (Lc 2.3-5a). Esto supuso una serie de inconvenientes y problemas: Viajar en el estado avanzado de gestación de María (Lc 2.5b-6) podía traerle penosas molestias e incluso llevarla a abortar. ¿Por qué permitía Dios esta situación? Cuando llegaron a Belén *"no había lugar para ellos en el mesón"* (Lc 2.7b). ¿Era lógico que les sucedieran tantos inconvenientes? ¿No era el Hijo de Dios quien había de nacer? La respuesta nos la da Mateo: El Cristo habría de nacer en Belén (Mt 2.4-6). Por tanto fue la providencia de Dios la que ordenó los acontecimientos que llevarían al cumplimiento de la profecía. Esto nos enseña que las adversidades que ocurren en nuestra vida tienen el propósito de que la voluntad de Dios sea hecha. Esta voluntad de Dios al presente puede no parecer favorable a los hijos de Dios, pero al final siempre redundará en nuestro bien y en la gloria de Dios (Ro 8.28-39).

2. Un pesebre, lugar elegido por Dios para el nacimiento de su Hijo (Lc 2.7).

Jesús había de ser el Salvador del mundo (Jn 1.29), es decir de todos los hombres sin distinción (Hch 10.34-35) (Mr 16.15) (Mt 28.19a) (Ap 7.9). Por tanto convenía que su entrada al mundo fuese lo más humilde posible, sin nada externo a su alrededor que eclipsase lo verdaderamente importante. El Mesías debía ser en su advenimiento como nos dice Isaías: *"Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos"* (Is 53.2).

3. La adoración del niño (Lc 2.8-20) (Mt 2.1-12)

Toda rodilla debía doblarse ante el Hijo de Dios: Los ángeles (Lc 2.13-14), que alaban al Mesías en representación del Reino de los Cielos. Los pastores (Lc 2.8-12,15-20), hombres de Israel, gente humilde que esperaban en las promesas de Dios, adorarán al Mesías en representación del pueblo de Dios. Los magos (Mt 2.1-12), hombres que se dedicaban a la magia, la cual se practicaba juntamente con la astrología y las ciencias ocultas, eran, por tanto, paganos en toda su forma de concebir las cosas, adorarán a Jesús en representación del mundo ajeno a la vida de Dios.

4. El cumplimiento de las siguientes profecías en el nacimiento de Jesús:

Todas y cada una de las profecías que hablaban de la venida del Mesías se cumplieron íntegramente en el nacimiento de Jesús. Se cumplió la profecía de su nombre (Mt 1.21), hablaba de que *"Él salvará a su pueblo de sus pecados"* en cumplimiento de la profecía que encontramos en el (Sal 130.8). La profecía de (Is 7.14) decía que el Mesías habría de nacer de una virgen. Esto se cumplió en María

(Mt 1.23). La profecía de (Mi 5.2) decía que el Mesías habría de nacer en Belén. Dios hará que esto se cumpla por medio de su providencia (Mt 2.1-6).²⁰ En (Os 11.1) hay una profecía que sitúa al Mesías en Egipto. Esto se cumpliría en (Mt 2.13-15). (Mt 2.16.18) nos dice que la matanza de los niños en Belén ocurrió para que se cumpliera lo dicho en (Jer 31.15). (Mt 2.23) nos muestra como Jesús fue a vivir a Nazaret, pues, según la profecía de (Is 11.1), habría de ser llamado nazareno.

V. Niñez de Jesús.

1. Y el niño crecía (Lc 2.40)

Físicamente: *"Se fortalecía"*. La salud en la Biblia está relacionada siempre con la obediencia a Dios y sus mandamientos (Dt 28.58-59). Jesús era un niño saludable y fuerte que crecía dentro de los parámetros normales del desarrollo humano. Esto no quiere decir que su naturaleza humana fuera especial. Su cuerpo estaba sujeto a todas las leyes por las que se rigen nuestros cuerpos humanos: padecía sed (Jn 4.7), se cansaba y dormía (Mt 8.24b), comía (Mt 26.21), etc.

Mentalmente: *"y se llenaba de sabiduría"*. La sabiduría no es mera adquisición de conocimiento, de información. Existen personas que tienen mucha información pero no tienen sabiduría. La sabiduría tiene que ver tanto con el conocimiento como con la consecuencia práctica de ese conocimiento. La Palabra de Dios hace sabias a las personas (Sal 119.97-104) llevándolas a temer a Dios (Pr 1.7). La Palabra de Dios que Jesús oía en la sinagoga, en sus padres o entre los amigos y vecinos era retenida por Él, era vivida y aplicada diariamente. Esta es la única forma de crecer en sabiduría, este es el camino por el que Dios da la sabiduría (Pr 2.1-11).

Espiritualmente: *"y la gracia de Dios era sobre Él"*. Más adelante vuelve a decir: *"en gracia para con Dios y los hombres"*. (Lc 2.51-52). Todas las personas que formaban parte del círculo familiar, amigos, vecinos y conocidos tenían el mejor de los conceptos de Jesús. La expresión crecer en gracia para con los hombres nos habla de ello, de cómo Jesús caía bien a las personas, de cómo confiaban en él, de cómo inspiraba respeto. Pero lo importante de este texto es que el Padre eterno también estaba satisfecho de cómo se iban desarrollando las cosas: *"crecía en gracia para con Dios"*.

2. Sus hermanos y hermanas:

Después de nacer Jesús, José *"conoció"* a María (Mt 1.25). "Conocer" aquí tiene que ver con la relación matrimonial (Gn 4.1,25). José esperó que María diera a luz de Jesús para tener la relación normal entre esposos con ella. La relación sexual en el matrimonio es algo legítimo y honroso delante de Dios (He 13.4) (Gn 2.21-25).

²⁰ La providencia de Dios, obrando por medio de Augusto César y el real decreto del censo, hizo posible que José y María, que vivían en Nazaret, pudieran cumplir la profecía de Miqueas en lo concerniente al nacimiento del Mesías en Belén.

De esa relación matrimonial José y María tuvieron cuatro hijos y algunas hijas: Sabemos los nombres de estos hermanos de madre: Jacobo, José, Simón y Judas, pero no de sus hermanas (Mt 13.55-56) (Mt 6.3). Un estudio detenido de los siguientes pasajes: (Jn 7.5) (Gá 1.19) (Mt 12.46-50), demuestra lo absurdo del argumento católico que dice que los hermanos de Jesús mencionados en la Biblia eran sus primos o sus discípulos.

Estos hermanos de madre fueron un tropiezo permanente para Jesús durante su ministerio (Jn 7.5), pero sabemos que después de la muerte y resurrección de Jesús llegaron a ser creyentes comprometidos con el reino de Dios (Gá 1.19) (Stg 1.1) (Jud 1)

3. A los doce años (Lc 2.41-52).

Jesús creció en un ambiente religioso y piadoso. Sus padres iban todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua de tal manera que con doce años le encontramos acompañando a sus padres a una de estas pascuas. Como consecuencia de ello tenía un profundo conocimiento de las cosas de Dios. El texto de Lucas nos dice que estaba *"sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles, y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas"*. Tenía además una profunda conciencia de quien era y de cual era su destino: *"En los negocios de mi Padre me es necesario estar"*. Sin embargo esta conciencia que Jesús tenía de ser el Mesías no le impedía sujetarse a sus padres en todas aquellas cuestiones propias de la relación entre hijos y padres: *"estaba sujeto a ellos"*. Jesús no se aprovechó jamás de su posición para obtener beneficios personales o para hacer su voluntad. Él *"aprendió la obediencia"* (He 5.8) diariamente, en todas y cada una de las cosas pequeñas y grandes de la vida cotidiana.

Una vez más encontramos la frase: *"Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres"*. Ver la explicación dada más arriba sobre el texto (Lc 2.40). Esto nos demuestra que el crecimiento en Cristo, además de ser integral, fue una constante a lo largo de toda su vida.

Lección quinta: Juventud de Jesús

TEXTO: (Marcos 6.3)

I. Jesús tuvo que tomar responsabilidades de forma prematura.

1. La muerte de José se produjo durante la juventud de Jesús.

Por (Lc 2.41-42) sabemos que la muerte de José no fue antes de los doce años de Jesús. Dios no permitió que José faltase en los momentos en los que su presencia era necesaria. La labor de un padre terreno es fundamental en la primera etapa de la vida de una persona. A través de este padre Dios proveyó todo el sustento necesario de modo que nada faltase a su Hijo en los años más frágiles de la vida humana, al tiempo que proporcionó, junto con María, el clima afectivo, educativo y espiritual en el que Jesús había de desarrollar su carácter (Lc 2.51-52).

Sin embargo cuando Jesús comenzó su ministerio era el hijo de María (Mr 6.3), lo que sugiere que José ya había muerto. Normalmente se reconocía a las personas por su vinculación familiar (He 11.24). Cuando el padre vivía, siempre se tomaba a este como referencia (Lc 5.10). Cuando el padre faltaba entonces se relacionaba a las personas con aquel pariente de mayor trascendencia, normalmente la madre (Hch 16.1) (2 Ti 1.5).

2. La muerte de José hizo más dura la vida de la familia en general y de Jesús en particular.

Como hermano mayor tuvo que ocupar tempranamente puestos de responsabilidad que le privaron de muchos ratos de ocio propios de un joven. Los cabezas de familia, y en su lugar los hijos varones mayores, se ocupaban en trabajos para la generación de recursos materiales así como de la jefatura del hogar. Al faltar José le tocó a Jesús ocupar su lugar en muchos aspectos. Por tanto no debemos pensar que Jesús tuvo una juventud cómoda. Tuvo que trabajar duro y ocupar puestos de responsabilidad propios de un adulto más que de un joven.

La dificultad es, en las manos de Dios, un medio para temprar y purificar el carácter (1 P 1.6-7). Jesús habría de llegar a la madurez en una edad cronológica más temprana de lo normal, debía hacer “dos cursos por año” para terminar antes la carrera de la preparación a la vida. Cuando Jesús comenzó su ministerio era un joven de treinta años con la experiencia de un hombre de cincuenta.

4. La muerte prematura de José hizo que Jesús tuviera mayor conciencia de su filiación divina.

Él era el Hijo de Dios (Mr 3.11-12), Dios era su padre (Jn 12.49-50). Esta conciencia era necesaria sobre todo en el ámbito de la dependencia diaria. Jesús comprobó que todo le venía de arriba, que todo sucedía dentro de los planes eternos (Mt 10.29-31).

II. Jesús el carpintero

1. Jesús se dedicó al oficio de su padre.

Seguramente Jesús ayudaba a su padre adoptivo en la carpintería (Mt 13.55) desde muy niño, así aprendió el oficio de carpintero.²¹ Al morir José tuvo que hacerse cargo de la carpintería para sacar adelante a su familia. Cuando Jesús fue a predicar a Nazaret la gente le conocía por su oficio "*¿No es este el carpintero, hijo de María ...?*" (Mr 6.3). ¿Nos imaginamos a Jesús trabajando de carpintero, entre maderas, lleno de aserrín, rodeado de herramientas? ¿Podemos pensar que su vida fue inferior en santidad por tener que trabajar en un trabajo secular? Veamos algunas consideraciones generales sobre el trabajo:

1.1. El trabajo es un mandamiento del Señor para todos los hombres.

Desde el principio el hombre recibió el mandato de trabajar (Gn 2.15). Claro está que en aquel entonces las condiciones eran diferentes en la tierra (Gn 1.29-31). El trabajo era agradable y placentero teniendo como aliado una naturaleza favorable y benigna. La tierra era como un invernadero, no había viento, ni calor excesivo, ni frío... (Gn 3.17). El riego de las plantas no necesitaba de la intervención del hombre, la naturaleza era mojada por medio de vapor de agua y el cauce de los ríos (Gn 2.5-6,10). Los animales eran amigos entre sí y del hombre (Isa 11.6-9).²² El huerto de Dios proveía abundante alimento para el hombre (Gn 2.9), el cual era obtenido sin ningún tipo de esfuerzo (Gn 2.16). Con todo el hombre debía labrar y cuidar el huerto de Dios y poner nombre a los animales (Gn 2.15,19). Esta era la voluntad de Dios para el hombre perfecto creado a la imagen y semejanza de un Dios que también trabaja (Jn 5.17).

Después de la caída las cosas cambiarán bastante. Por la maldición de Dios la creación se volverá hostil al hombre (Gn 3.17-18) y éste habrá de esforzarse para obtener de ella el sustento (Gn 3.19). Por tanto, más ahora que antes persistirá el mandamiento de trabajar (Ef 4.28) (2 Tes 3.12), pues sin trabajo no habrá posibilidad de subsistir (2 Tes 3.10) y quien no provea para los que están a su cargo niega la fe (1 Ti 5.8). Debemos trabajar incluso para poder tener con qué ayudar a los necesitados (1 Ti 5.5,16). El trabajo es tan vital y necesario que la

²¹ El carpintero era muy necesario en tiempos bíblicos para hacer todo tipo de cosas, desde sencillos muebles hogareños hasta carros de guerra y civiles. También debían hacer puertas, paneles y vigas para grandes edificios como el templo de Jerusalén. Debido a que la madera escaseaba en Israel, a menudo era importada del exterior, particularmente del Líbano y de Nubia.

Las herramientas del carpintero incluían la sierra, el formón, la escuadra, el martillo, el taladro, las pinzas, el cepillo de carpintero, la azuela para descortezar la madera y la lezna para hacer agujeros, así como la plomada para asegurar que lo que hacía mantenía la vertical. Tim Dowlwy, *Guía Bíblica Portavoz*, Ed. Portavoz, pp. 24-25

²² Este texto describe la situación del mundo redimido el cual será igual al primigenio.

pereza se presenta en la Biblia como un grave pecado (Pr 6.6; 13:4; 20.4; 26.13-16).

El trabajo es bueno para todos, hombres y mujeres, grandes y chicos. Si la Biblia dice que a ser posible los siervos de Dios deben dedicarse por entero al trabajo en las cosas de Dios (Mt 10.9-10) (1 Co 9.6-14), no es sino por conveniencia de esas mismas cosas (Hch 6.2-4), no porque el trabajo fuera algo malo en sí. Por esta razón los siervos de Dios nunca rehuyeron el trabajo secular si éste era necesario para ellos o para el bien del reino de Dios (1 Co 9.15-19) (Hch 18.1-3) (2 Tes 3.7-9).

El ideal de Dios es que los hombres enfoquemos el trabajo como un servicio al Reino de los Cielos, es decir, que consideremos nuestro trabajo, no importa lo secular que éste sea, como un ministerio a la causa de Dios: "*Como siervos de Cristo*" (Ef 6.6). En otras palabras, cada trabajo que debamos hacer debe ser realizado como si el mismo Señor nos hubiese hecho el encargo. Un buen profesional es con su trabajo un misionero sin palabras del reino de Dios. Su mensaje es dado por el esmero que pone en su trabajo, por la calidad y eficacia en su servicio, por la palabra y honradez al cumplir con los compromisos pactados. De esta manera con el trabajo, no sólo se predica el evangelio de la justicia del Reino de Dios, sino que además se realiza un servicio al prójimo y a la sociedad.

1.2. El trabajo honra a la personas.

Cuando afirmamos, con la Biblia, que Jesús fue carpintero (Mr 6.3), no estamos desmereciéndole en ninguna manera. Ni tampoco estamos diciendo que ejerció como tal en una época de baja espiritualidad y santidad. Jesús fue carpintero y esto no lo rebajaba sino que lo enaltecía en gran manera. Además estamos seguros que Jesús fue un carpintero ejemplar. De sus propias palabras, que Él vivía plenamente, podemos deducir como fue en su trabajo:

1.2.1. Jesús amaba a las personas a través de su trabajo.

Él enseñó el amor a todos: "*Amaras a tu prójimo como a ti mismo*" (Mt 22.39), incluyendo a los enemigos: "*Amad a vuestros enemigos*" (Mt 5.38-48), y una forma muy importante de amar es a través del trabajo (1 Tes 1.3). El trabajo relaciona a todas las personas sin distinción, ricos y pobres, blancos y negros, sabios e ignorantes, en la forma más vital de la vida terrena: la subsistencia. A través de nuestro trabajo, o el de otros, intentamos alcanzar la meta de vivir lo mejor posible y en felicidad, o, sencillamente, la de sobrevivir.

Es porque nuestras esperanzas están puestas en el trabajo para alcanzar esos objetivos que también nos vienen por él las alegrías y expectativas o los desalientos y frustraciones. Jesús sabía todas estas cosas, sabía ver las expectativas de las personas que venían a encargarle trabajos. Cuando algún joven casadero venía a encargarle un mueble para su futuro hogar, era consciente de la enorme responsabilidad que adquiriría. No estaba estableciendo una relación comercial en la que él iba a ganar dinero a cambio de un producto elaborado con madera. Jesús sabía que aquel mueble, silla, mesa, cama, ventana o puerta era una pieza del puzzle llamado bienestar, y que a su vez éste constituía un eslabón en la cadena de la felicidad. Por tanto, y aunque la felicidad no la da las cosas

materiales, ponía todo su cariño en lo que hacía procurando contribuir con ello a mantener las ilusiones y expectativas de las personas.

Jesús enseñó también: *"Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses"* (Mt 5.42). Nos imaginamos a una persona pobre y necesitada de una mesa, por ejemplo, y que, acudiendo a Jesús para encargarla, se marchase con una negativa por cuestión de precio. O supongamos que alguien dijera a Jesús: Necesito una silla pero ahora no te la puedo pagar, me la podrías hacer y yo te la pagaré más adelante. En los dos supuestos cuál sería la actitud del Señor. Él mismo nos lo enseñó con las palabras mencionadas anteriormente. Al primero le habría hecho la mesa, al precio que en su pobreza hubiera podido pagar por ella, y al segundo le habría hecho la silla aplazando el pago hasta que pudiera pagarlo. Con ambas actitudes mostraba su amor por ellos.

1.2.2. Jesús era puntual en sus compromisos

Él enseñó: *"Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no"* (Mt 5.37). Con estas palabras quiso decir que el hombre debe tener "palabra", es decir, que cuando se dice o afirma algo, y mientras dependa de nosotros, hay que cumplirlo (Sal 15.4b).

En los trabajos es muy frecuente que los profesionales diversos empeñen su palabra en relación con el precio, la calidad del trabajo a realizar, la fecha de acabado, etc., palabra que la mayor parte de la veces no cumplen. Mucha gente tiene miedo de hacer obras en su casa, o sencillamente se lo piensa mucho, por estas cuestiones. Incluso existen dichos humanos que hablan de las obras o trabajos que alguien realiza en la casa de uno mismo como una maldición que dice: "que en obra te veas". Una persona de palabra se esfuerza hasta lo increíble para cumplir lo pactado, aunque tenga que trabajar fuera de horas, aunque tenga que renunciar al descanso, aunque tenga que perder dinero. Por encima de todo está la palabra empeñada.

Hacer un trabajo de construcción o reparación debería ser, aparte de las molestias implícitas en él, algo agradable en la medida en que vemos que una necesidad es cubierta o algo estropeado es arreglado. Un buen profesional hace que cualquier trabajo nos parezca algo maravilloso ¿cómo? Sencillamente cumpliendo lo pactado, cumpliendo sus compromisos. Si esperábamos una calidad en el trabajo, esta es la que nos da; si esperábamos que el trabajo se realizase en un tiempo concreto, justo en ese tiempo el trabajo está terminado; si esperábamos un precio, justo es ese el que tendremos que pagar. Jesús era un hombre de palabra, cuando decía sí, era sí; y cuando decía no, era no. Jesús cumplía dando más de lo que esperaban de él. Las gentes hacían sus trabajos con él y se sentían felices con él y con los trabajos realizados.

1.2.3. Jesús era esmerado en sus acabados.

Él enseñó: *"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos"* (Mt 7.12).

Cuando compramos una mesa o una silla, o lo que sea, nos gustaría que fuese fuerte, que estuviese bien terminada, sin fallos ni remiendos. Nos gustaría

que estuviese bien acabada, aún en aquellos aspectos más escondidos. Si le damos la vuelta y miramos la parte de abajo, la que normalmente no se ve, nos gustaría encontrar también un trabajo bien hecho. Esto nos hará sentir bien, no somos unos necios, hemos hecho una buena compra, dimos con el mejor profesional, cuánto lucirá aquel mueble en nuestro hogar, qué buen servicio nos prestará. Si por el contrario el mueble que compramos es débil, hace ruidos, está mal terminado o remendado, nos sentiremos mal. Sentiremos que nos han tomado el pelo, que nos equivocamos al escoger el profesional. Aquel mueble será un recuerdo permanente de nuestro error, no podrá ser exhibido con gozo sino con vergüenza.

Los trabajos de Jesús estaban muy bien acabados porque él trataba a las personas como a él le gustaría que le trataran, él cumplía como a él le gustaría que le cumplieran. Cuando alguien recibía un trabajo de Jesús encontraba en él más de lo había llegado a esperar, porque, no sólo no defraudaba a nadie en sus expectativas, sino que conseguía sobrepasarlas.

1.2.4. Jesús fue honrado en su trabajo.

Él enseñó: *"No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaros con vuestro salario"* (Lc 3.14). Algunos profesionales son tentados a obtener ganancias con poco esfuerzo o a conseguir aumentar sus bienes de forma rápida. Recurren para ello al fraude y al engaño como norma general en su trabajo. Emplean materiales de inferior calidad que la pactada o exageran en la cantidad empleada, alegan dificultades inexistentes en el trabajo para tardar más tiempo e incrementar el precio o lo suben abusivamente aprovechándose de determinadas circunstancias. Otras veces para justificar el incumplimiento de un trabajo echan la culpa al proveedor de la madera o de los herrajes. No importa cuántas mentiras digan, hay profesionales que, de los único que verdaderamente son profesionales, es de la mentira.

Jesús no engañaba a sus clientes con los materiales, ni con el precio; no se excusaba echando la culpa a nadie, no lo necesitaba, era honrado en lo que hacía y en lo que decía. Como norma de vida *"procuraba hacer las cosas honradamente"* igual que enseñaba Pablo (2 Co 8.21). Y ello no sólo con los extraños, llamados por Pablo *"los de afuera"* (1 Tes 4.12), sino también con aquellos que forman parte de *"la familia de la fe"* (Gá 6.10).

El comportamiento de algunas personas con sus conocidos en asuntos de trabajo es tan negativo que existe un dicho que dice: "la confianza da asco". Por otra parte, muchos creyentes creen que el servicio a otros creyentes puede ser hecho de cualquier manera. La Biblia da normas estrictas sobre el trabajo entre cristianos. Quien trabaja como siervo o empleado de un cristiano no debe abusar de la condición de hermano de su patrón o jefe (1 Ti 6.1-2a), debe servirle mejor (1 Ti 6.2), no al ojo (Ef 6.6), sino de buena voluntad (Ef 6.7) y con respeto (1 P 2.18-20). Quien es patrón o jefe y tiene empleados que son cristianos no debe abusar de ellos, debe darles un mejor trato y con respeto por el hecho de que son hermanos (Ef 6.9a), debe ejercer su jefatura sin autoritarismos (Ef 6.9b), debe darles un salario justo y adecuado (1 Ti 5.18) (Jer 22.13) y no debe retener el salario justamente ganado (Lv 19.23). Jesús tomaba todas estas cosas en cuenta cuando trabajaba con la familia de la fe y les daba el mejor de los tratos posibles.

1.2.5. Jesús no discutía ni altercaba con personas de comportamiento indigno.

Él enseñó: *"Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos"* (Mt 5.38-41).

En todos los trabajos se tropieza uno con personas indignas, personas de mal talante y comportamiento. Imaginemos un supuesto: El proveedor de madera no cumple con su palabra y trae la madera dos días más tarde. Como consecuencia de ello el trabajo se retrasa y hay que trabajar más rápido y fuera de horas para cumplir con los compromisos. Ante un perjuicio como este u otro semejante se suele actuar de varias maneras. Están quienes afectados por el comportamiento del ofensor arman un jaleo impresionante con discusiones, amenazas, insultos y violencia. Resultado, tener un enemigo más en la vida y cerrar una puerta profesional. Por otra parte está la actitud de aquel que habla primero con el ofensor, apelando a su conciencia, y buscando solucionar las cosas por las buenas. Le vuelve a dar otra oportunidad, y, si demuestra haber comprendido, consigue corregir una conducta inadecuada y ganar a un amigo. Si no cambia de actitud, y sin que haga falta recurrir a los enfrentamientos, siempre queda la posibilidad de buscar otro proveedor que nos trate con más respeto y consideración.

Por las palabras mismas de Jesús, arriba mencionadas, podemos saber cuál de las dos formas de actuar era la de Jesús. La expresión *"a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra"* nos habla de dar oportunidades a las personas. Cuando alguien nos defrauda o nos hace un daño (nos da en la mejilla derecha) debemos hablar con él y darle la oportunidad de enmendar las cosas, aunque con ello corramos el riesgo de que nos pueda volver a fallar y nos vuelva a herir (ponerle la mejilla izquierda).

Jesús trabajó como un carpintero modélico bastantes años, llegando a ser en el desempeño de su profesión muy apreciado y querido. El trabajo es uno de los medios que tienen los hijos de Dios para mostrar al mundo la naturaleza de la justicia que hay en ellos (Ef 6.5-8) (Col 3.22-24), es uno de los medios por el que pueden ser sal y luz del mundo (Mt 5.13-16). Jesús debía ser con absoluta seguridad el carpintero más amado y buscado en sus contornos por la forma en que ejercía su profesión y por el trato que daba a sus clientes. Parafraseando el texto de (1 P 3.1) podíamos decir que Jesús conseguía que aquellos que no creían a la palabra, fueran ganados sin palabra, por su conducta en el trabajo.

CUESTIONARIO DE LAS CINCO LECCIONES PRIMERAS

**Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las respuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.**

Lección primera:

1. ¿Qué aportan las fuentes seculares al conocimiento de Jesús y cuál es la fuente principal para el conocimiento de Jesús? ¿Explique el por qué?
2. ¿Tiene importancia en el siglo XXI el conocimiento de la persona de Jesús? ¿Por qué?

Lección segunda:

1. ¿Cuáles son los argumentos principales que demuestran la divinidad del Verbo?
2. ¿Cuál fue el propósito de la encarnación del Verbo?

Lección tercera:

1. ¿El que Dios escogiese a María para ser madre del Mesías supuso para ella un privilegio o un problema?
2. ¿Qué relación ve entre la piedad de José y María y el carácter de Jesús?

Lección cuarta:

1. Cite dos argumentos bíblicos que indique la fecha del nacimiento de Jesús y explique el por qué la fecha real no es adoptada oficialmente por muchos.
2. Describa cronológicamente, paso a paso, los diferentes acontecimientos que acompañaron al nacimiento de Jesús.

Lección quinta:

1. ¿Podemos minusvalorar espiritualmente al joven Jesús cuando su ocupación principal era trabajar como carpintero?
2. ¿Cómo podemos saber la forma en que Jesús ejerció su trabajo de carpintero?

Lección sexta: El habla de Jesús

TEXTO: (Mateo 12.31-37)

I. De la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12.34).

Con las palabras anteriores Jesús quiso decir que el habla de una persona pone de manifiesto el interior del corazón, ese interior donde moran los pensamientos, los sentimientos y la voluntad más recónditas. Por tanto, y partiendo de esas palabras, estamos en condiciones de afirmar que podemos conocer el corazón de una persona a través del contenido y forma de su habla.

Aplicaremos a Jesús sus propias palabras, y veremos que su forma de hablar era absolutamente diferente a la del resto de los hombres, por lo que no nos debe extrañar que las gentes quedasen hondamente impresionados al oírle. Nadie quedaba indiferente al escuchar a Jesús. A unos les llenaba de fe y amor incondicional a su persona, a otros les despertaba las más bajas pasiones de la carne. Positivamente o negativamente todos quedaban afectados por el habla de Jesús, todos eran impulsados a amarle u odiarle, a seguirle o perseguirle.

II. "Daban buen testimonio de Él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca" (Lc 4.22).

Tanto el pasaje de Lucas como las palabras del Salmo mesiánico siguiente: "*Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; La gracia se derramó en tus labios; Por tanto, Dios te ha bendecido para siempre*" (Sal 45.2), nos muestran que cuando Jesús abría su boca para hablar la gracia de Dios se derramaba por ella alcanzando con bendición a sus oyentes. Esta gracia se manifestaba en diversas maneras:

1. De la boca de Jesús no salían palabras ociosas.

Jesús condenó las palabras ociosas al advertir que en el juicio final se tomará en cuenta cómo ha sido nuestro hablar en la tierra: "*Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado*" (Mt 12.36-37). Las palabras ociosas, que el apóstol Pablo llamaba palabras corrompidas,²³ estaban ausentes de la boca de Jesús, en cualquiera de sus manifestaciones:

En la boca de Jesús no había ninguna forma de mentira: "*No habrá engaño en su boca*" (Is 53.9). Jesús aborrecía la mentira porque ésta siempre tiene que ver

²³ Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes (Ef 4.29).

con el Diablo y sus seguidores: *"el diablo... es mentiroso y padre de mentira"* (Jn 8.44). Jamás salió de su boca el engaño en cualquier de sus diferentes formas porque él vino para cumplir la palabra de Dios,²⁴ la cual prohíbe la falsedad de palabras.²⁵ Jesús nunca calumniaba o murmuraba de su prójimo²⁶, nunca se excusaba con falsos pretextos.²⁷ nunca actuaba con falsa piedad o falsa modestia,²⁸ nunca bromeaba hiriendo a las personas,²⁹ y, sobre todo, nunca juzgaba a su prójimo: *"no juzguéis para que no seáis juzgados"* (Mt 7.1).

Mateo cita una profecía de Isaías sobre el Mesías que decía: *"No contendrá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz"* (Mt 12.15-21) (Is 42.2). Este pasaje no está diciendo que el Mesías nunca hablaría con las personas que se encontrase en las calles o que nunca predicaría el evangelio por las calles. Este pasaje hace referencia a los pecados que tienen que ver con el habla callejera corrompido. El habla de Jesús estaba exenta de gritería y maledicencia, de palabras deshonestas, de necedades y de truhanerías.³⁰

2. De la boca de Jesús salían palabras que hacían bien a quienes le oían

Jesús hablaba la verdad: *"pero yo os digo la verdad"* (Jn 16.7). El decir la verdad siempre tiene que ver con la bondad y la justicia,³¹ por ello cuando se habla la verdad se está en sintonía con la voluntad de Dios y se muestra el amor al prójimo³². Esto no quiere decir que hablar la verdad sea siempre igual de fácil o que sea siempre lo más cómodo.³³ Con todo, Jesús lo hacía como norma, sin importarle el lugar, las personas o circunstancias, lo cual le traía en muchas ocasiones problemas con las personas: Deserción y tristeza: *"Oyendo el joven esta palabra se fue triste"* (Mt 19.22); Incredulidad y rechazo: *"a mí porque digo la verdad no me creéis"* (Jn 8.45); Acusaciones de blasfemia: *"Hijo, tus pecados son perdonados... ¿Por qué habla este así? Blasfemias dice"* (Mr 2.5-7); Odio y violencia: *"Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. Pero al buscar cómo echarle mano..."* (Mt 21.45-46a).

²⁴ *"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir"* (Mt 5.17).

²⁵ *"No hablarás contra tu prójimo falso testimonio"* (Éx 20.16). *"Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa... el testigo falso que habla mentira"* (Pr 6.16-19). *"Por lo cual, desechando la mentira hablad verdad cada uno con su prójimo"* (Ef 4.25).

²⁶ Jesús no hablaba nunca "por detrás" de las personas, hablaba "públicamente" (Jn 7.26).

²⁷ Las excusas de las que hablamos aquí suelen ser los pretextos engañosos que se emplean para justificar algo que no se ha hecho o no se quiere hacer por razones que avergüenza confesar (Lc 14.15-24).

²⁸ La apariencia de piedad sin la santidad interior se considera en la Biblia un pecado terrible (2 Ti 3.1-5).

²⁹ La mayor parte de las bromas emplean la mentira como medio para la burla (Pr 26.19).

³⁰ (Ef 4.31; 5.4) Las palabras deshonestas son los tacos o palabras malsonantes, las necedades son las estupideces o tonterías y las truhanerías (este es el vocabulario típico del ladrón o timador), que son las jergas típicas de ciertos colectivos.

³¹ (Ef 5.9).

³² *"El amor... no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad"* (1 Co 13.6).

³³ El apóstol Pablo se creó muchos enemigos por decir la verdad: *¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?"* (Gá 4.16).

Jesús hablaba buscando producir paz en los corazones de sus oyentes: *"Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz"* (Jn 16.33). Jesús era sensible a las zozobras por las que pasa el alma atribulada e intentaba hacer la paz donde había temor, inquietud o ansiedad mediante palabras de consuelo: *"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay"* (Jn 14.1-2); *"No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros"* (Jn 14.18); *"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo"* (Jn 14.27).³⁴

Jesús hablaba palabras que producían esperanza *"¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna"* (Jn 6.66-68). Jesús nunca perdía el tiempo en conversaciones infructuosas que no conducen a nada. Siempre que hablaba procuraba edificar a las personas en la fe y dirigía sus miradas al cielo *"Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas"* (Mt 6.33). Cuando los pecadores eran acusados, señalados y hostigados por personas que se creían justas, Él con misericordia les decía: *"Ni yo te condeno; vete, y no peques más"* (Jn 8.11).

III. "La gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mt 7.28-29) (Lc 4.32).

1. Jesús hablaba la palabra de Dios:

Aunque Jesús conocía a la perfección el Antiguo Testamento, y lo mencionada frecuentemente en sus charlas,³⁵ cuando decimos que Él hablaba la palabra de Dios no nos queremos referir al conocimiento y mención que hacía de la revelación dada anteriormente y escrita ya, sino de la nueva revelación que salía de su boca de parte de Dios:³⁶ *"El que Dios envió, las palabras de Dios habla"* (Jn 3.34); *Hablo lo que he visto cerca del Padre"* (Jn 8.38). Además Jesús hablaba la palabra según la voluntad de Dios:³⁷ *"Lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho"* (Jn 12.50); *"Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta"* (Jn 14.10) (Jn 7.17-18); *"La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió"* (Jn 14.24). En contraste con Jesús, los escribas y fariseos hablaban tradiciones de hombres que invalidaban la palabra de Dios y que servían para legitimar conductas injustas (Mr 7.1-13).

2. Jesús vivía todo lo que hablaba:

El gran problema de muchos maestros es que no pueden ni quieren ser consecuentes con lo que enseñan. Los dichos conocidos que dicen: "tus hechos

³⁴ El carácter de los hijos de Dios les llevará a ser pacificadores (Mt 5.9), es decir mientras dependa de ellos buscarán la paz con todos los hombres (Ro 12.18)

³⁵ (Jn 7.22) cf (Lv 12.3) (Gn 17.10) (Jn 10.34) cf (Sal 82.6) (Jn 13.18) cf (Sal 41.9).

³⁶ (Mt 5.17-18,21-48) Este pasaje es un ejemplo de lo que venimos diciendo.

³⁷ Desgraciadamente la palabra de Dios se puede transmitir fuera de la voluntad de Dios: *"Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo"* (2 Co 2.17). Ver también (Mt 4.5-6) (2 P 3.16b).

me impiden oír tus dichos” o “algunos pisotean con sus hechos lo que dicen con sus bocas”, es una prueba de ello. Jesús vivía todo lo que hablaba, y nunca pedía a otros que hicieran aquello que él no hacía primero: *"Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho, vosotros también hagáis"* (Jn 13.15), es más, vivía las cosas que enseñaba al máximo límite que puede alguien vivir lo que habla: *"Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos"* (Jn 15.13).³⁸ Los escribas y fariseos eran de los que *"dicen y no hacen... ataban cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponían sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo querían moverlas"* (Mt 23.3-4).

3. Jesús hablaba con autoridad:

La inconsecuencia entre lo que se dice y lo que se hace convierte a las personas en palabreros. Éstos son rehuidos por las personas, nadie quiere escucharlos, pues las buenas palabras en sus bocas suenan a palabras huecas y malolientes. La razón por la que las gentes se maravillaban de la doctrina de Jesús estaba en la autoridad con la que hablaba: *"La gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad"* (Mt 7.28-29). Esta autoridad le venía, en primer lugar por el contenido de sus palabras: Éstas estaban impregnadas de la palabra de Dios, eran palabra de Dios. Pero también le venía por la forma y trasfondo en que compartía la palabra de Dios, pues lo hacía desde la vivencia de la misma, desde el ejemplo y compromiso al cien por cien. Con ello su enseñanza quedaba avalada por su propia vida, demostraba que no era pura retórica o teoría sino algo útil y práctico que debía aplicarse a la vida de cada oyente. No nos debe extrañar que el evangelista Mateo diga que *"gran multitud del pueblo le oía de buena gana"* (Mr 12.37).

IV. *"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!"* (Jn 7.45-46)

Las gentes que oían hablar a Jesús decían *"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!"*. A través de este estudio hemos oído hablar a Jesús y a través de sus palabras le hemos conocido profundamente, hemos conocido su corazón. ¿Quedaremos indiferentes a ese conocimiento? Como personas que están en Cristo, como nuevas criaturas en las que todas las cosas han sido hechas nuevas,³⁹ tendremos que preguntarnos si de verdad nuestro corazón se parece al suyo, si mi habla se parece al suyo, ya que la forma de hablar es una de las cosas que más pronto se “pega” entre aquellos que andan juntos.⁴⁰ Si andamos con Jesús nuestra habla debe imitar al suyo y las gentes deben quedar impresionadas al oírnos, de manera que puedan decir de nosotros: *"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!"*. ¡Sólo entonces tendremos la seguridad de que se nos están pegando las “maneras” de Jesús y esto a su vez será la evidencia de que estamos andando con Él!

³⁸ *"En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros"* (1 Jn 3.16) (Flp 2.5-8).

³⁹ *"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas"* (2 Co 5.17).

⁴⁰ *"Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre"* (Mt 26.73). Entonces *"viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús"* (Hch 4.13)

Lección séptima: Jesús y el mundo

TEXTO: (Juan 17.1-26)

I. Jesús no era del mundo.

1. Jesús no pertenecía al mundo.

Hablando de sus discípulos y de sí mismo Jesús dijo: *"Porque no son del mundo,⁴¹ como tampoco yo soy del mundo"*⁴² (Jn 17.14). Con estas palabras el Señor quiso decir que ni él ni sus discípulos tenían nada que ver con el ámbito de mal, con los pecadores y los pecados que se encuentran en abierta oposición a Dios: *"Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me han aborrecido antes que a vosotros"* (Jn 15.18). Más adelante dijo también: *"Mi reino no es de este mundo"* (Jn 18.36).

2. Jesús era aborrecido por el mundo.

El mundo aborrece a Jesús porque él es la luz del mundo (Jn 8.12), y como tal pone de manifiesto el pecado y condenación en que el hombre se encuentra. Quien desea seguir en sus malas obras aborrece la luz, que le reprende y recrimina, y ama las tinieblas, que le encubre y le permite seguir haciendo el mal (Jn 3.19-21). No nos extrañe, por tanto, que Jesús dijera: *"Sin causa me aborrecieron"* (Jn 15.25).

Siendo Jesús el enviado del Padre para mostrar la verdad, el camino a Dios y la vida (Jn 14.6), el que le aborrece, aborrece a Dios Padre: *"El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece"* (Jn 15.23, y aborreciendo a Dios termina fuera de la verdad y la vida eterna.

⁴¹ Otro texto que nos habla de que los creyentes no son del mundo es el siguiente: *"Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece"* (Jn 15.19).

⁴² ¿En que sentido se usa aquí el término mundo? En la Biblia la palabra "mundo" se usa de distintas formas: 1) El cosmos (Jn 17.5). 2) La tierra (Jn 21.25). 3) La raza humana, los habitantes de la tierra (Jn 16.21). 4) El público en general (Jn 7.4). 5) La humanidad enajenada de la vida Dios y caída, perdida y necesitada de la Salvación de Dios (Jn 3.19). 6) Lo mismo que en punto cinco pero sin distinción de raza, sexo o condición social (Jn 4.42). 7) El ámbito del mal, es decir, lo mismo que en el punto cinco pero con la idea de abierta hostilidad a Dios, Su Cristo y Su pueblo (Jn 15.18-19). Es en esta última forma que Jesús usa la palabra mundo en (Jn 18.36). Un texto semejante es (Jn 8.23): *"Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo."*

II. Jesús estaba en el mundo.

A pesar de que Jesús no tiene nada que ver con el mundo, y a pesar de que el mundo aborrece a Jesús, Él *"en el mundo estaba"* (Jn 1.10a). No estaba de paso, sino que *"habitó entre nosotros"* (Jn 1.14), es decir, decidió vivir de forma permanente entre los pecadores y padecer las contradicciones de éstos. Jesús no podía ni debía vivir en una especie de monasterio, apartado del mundo y de los pecadores, pues él dijo que *"cuando se enciende una luz no se pone debajo un almud"*⁴³ (Mt 5.15). Por tanto, la luz de Jesús debía iluminar *"delante de los hombres"* (Mt 5.16), debía estar presente en todos los lugares y con todo tipo de personas.⁴⁴ Jesús no se pasaba el día predicando a las gentes, Él se movía entre las personas (Mr 5.24), se paseaba entre los sembrados (Lc 6.1), se juntaba con los pescadores (Lc 5.1-11), acudía a las reuniones sociales (Jn 2.1-10), comía y bebía (Lc 5.29-30).⁴⁵ Jesús estaba con los enfermos, con los afligidos, con los que se esforzaban en su trabajo, con los que se gozaban. Estaba en cualquier lugar y junto a todo tipo de personas y situaciones, allí compartía con ellos sus alegrías y sus penas mientras irradiaba su luz.

Como Jesús, los cristianos no están llamados a salir del mundo: *"No ruego que los quites del mundo"* (Jn 17.15), ni a dejar de relacionarse las personas que no conocen a Dios (1 Co 5.9-13). Los cristianos deben estar en el mundo porque esta es la voluntad del Señor: *"Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo"* (Jn 17.18).

III. Jesús se guardaba del mal del mundo.

El grado de relación con el mundo es frecuentemente confundido por muchos cristianos. Están quienes entran con el mundo en una relación de compañerismo, comunión y amistad,⁴⁶ es decir, participan de todas las cosas que el mundo ofrece, y con todo tipo de personas de este mundo, sin poner ningún tipo de limitación a esa relación. Cuando esto ocurre se sigue la corriente de este mundo (Ef 2.2), se *"come de lo sacrificado a los ídolos"* sin ningún cargo de conciencia (1 Co 8.1-13), e incluso, amando excesivamente al mundo, se dejan las cosas de Dios (2 Ti 4.10). Por otra parte, están también los que se esconden bajo el almud de su propia visión de las cosas. Son personas de débiles conciencias que no son capaces de discernir entre el bien y el mal y se privan de lo que Dios no prohíbe (Ro 14.1 al 15.6). Estos entran en una especie de fariseísmo y mojigatería que causa mucho daño al evangelio y a las personas, pues aunque esos comportamientos tienen

⁴³ El almud era un recipiente que se usaba como medida de capacidad. Tenía 8.75 litros.

⁴⁴ Jesús se relacionaba tanto con la gente marginada: *"Se acercaba a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle"* (Lc 15.1), como con la elite de la sociedad: *Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con Él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa"* (Lc 7.36).

⁴⁵ Como sus enemigos no podían entender esto le acusaban de ser un comilón y un bebedor de vino (Mt 11.18-19).

⁴⁶ *"No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y nadaré entre ellos, y seré su Dios, e ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso"* (1 Co 6.14-18). Ver también (Stg 4.4).

aparición de religiosidad *"no tiene valor alguno contra los apetitos de la carne"* (Col 2.16-23).

Que Jesús estaba en el mundo, no significaba que estaba en el mundo de cualquier manera. Hablando de sus discípulos él mismo explicó la medida de relación correcta con el mundo: *"No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal"* (Jn 17.15). Jesús hacía diferencia entre las personas del mundo y el mal que está en esas personas y en el mundo. Jesús no se apartaba de las personas ni de sus circunstancias, se apartaba del mal donde quiera que este estuviera. Él se mezcló con las personas pero sin corromperse por el mal que estaba en esas personas. Jesús llegó a decir a sus enemigos: *"Quien me redarguye de pecado"* (Jn 8.46). Si éstos hubieran tenido de qué acusarle lo hubieran hecho en este mismo momento, pero callaron, porque Jesús era *"santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores"* (He 7.26).

Jesús se guardó del mal del mundo mediante una vida de oración: *"Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba"* (Mr 1.35), *"Más Él se apartaba a lugares desiertos, y oraba"* (Lc 5.16).⁴⁷ Él mismo enseñó sobre el poder de la oración constante para vencer las tentaciones a las que pueda arrastrarnos el mal de este mundo: *"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"* (Mt 26.41). En la oración mostramos nuestro amor y dependencia al Padre: *"No puedo yo hacer nada por mí mismo... no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre"* (Jn 5.30). Tal era la vida de oración, dependencia y comunión con el Padre que tenía Jesús, que ni el propio Diablo en persona pudo hacerle pecar (Mt 4.1-11).

Jesús se guardó del mundo obedeciendo y amando a su padre por encima de todo *"Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor"* (Jn 15.10). El amor y obediencia a Dios lleva a amar a las personas, quienesquiera que sean, pero no las maneras impías de pensar y vivir de éstas. Dios ama al mundo sin distinción de personas en pecado y necesitadas de salvación (Jn 3:16),⁴⁸ pero no ama al mundo como ámbito del mal en abierta oposición y

⁴⁷ Otros textos que nos muestran el lugar de la oración en la vida de Jesús son los siguientes: *"Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo"* (Mt 14.23). *"En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios"* (Lc 6.12). Ver también (Lc 3.21; 9.18,28; 11.1).

⁴⁸ ¿Cuál es el significado de la palabra mundo en Juan 3.16? Sólo hay dos posibilidades: Primera que signifique: "todos los hombres sin excepción", y segunda, que signifique "todos los hombres sin distinción". ¿Cuál de estas dos posibilidades es la acertada?

Por las Escrituras sabemos que son más los que se perderán que los que se salvarán (Mt 7.13-14). Esto nos debe llevar a entender los designios salvadores de Dios en un sentido diferente al de aquellos que sugieren la primera posibilidad. Sabemos que pueden perderse ni una sola persona por la que Cristo murió. De ser así Dios daría el pago al pecado de esa persona dos veces: una en Cristo, en la cruz, y otra en ella misma, en la condenación.

Las promesas de Dios en el A.T. nos muestran que la posibilidad correcta de interpretación es la segunda. Los siguientes textos, donde se encuentran estas promesas, (Gn 12.3b; 22.18) (Is 53.1-12 y 54.1-3) (Mi 4.1-3) nos muestran que los designios salvadores de Dios son "para todas las naciones", o lo que es igual, para "todos los hombres del mundo sin distinción". Sin distinción de raza, sexo, condición social, lengua, etc. (Gá 3.8,28) (Ap 7.9).

La palabra mundo se usa en la Biblia en el mismo sentido que nosotros la usamos hoy: Todos con un sentido claramente limitado (Lc 2.1), es decir toda clase de gente. (Jn 4.42) todos sin distinción. Es en esta manera que se usa la palabra mundo en Juan 3.16. Dios amó al mundo, a

hostilidad a Dios y su pueblo: *"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo..."* (1 Jn 2.15-17). El amor y obediencia a Dios nos lleva a distinguir entre las personas y el mal que puede estar en las personas. Jesús sabía distinguir claramente lo uno de lo otro, sabía estar con los publicanos y pecadores, o con los escribas y fariseos, pero no participaba del pecado de ninguno de ellos.

IV. Jesús es la luz del mundo

Jesús tenía muy claro cuál era su misión para con el mundo cuando dijo: *"Yo soy la luz del mundo"* (Jn 8.12). Su actitud positiva frente al mundo, no sólo le evitaba mezclarse de cualquier manera con él, sino que además le llevaba a tener la única y adecuada misión de la luz: *"reprender las tinieblas"* (Jn 3.20). El apóstol Pablo diría: *"No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas"* (Ef 5.11), y justo era esto lo que hacía Jesús. Él reprendía y enseñaba a sus enemigos, a su familia, a sus amigos amados, a sus discípulos, a todos por igual. Cuando estaba en casa de Simón el fariseo, y vio que éste pecaba en su corazón, juzgándole a Él y a la pobre mujer, no dudó en reprenderle con sabiduría y amor (Lc 7.36-50). Cuando estaba en las bodas de Galilea, y su madre le pide algo que no le correspondía, le reprende con ternura y firmeza (Jn 2.4). Cuando estaba en casa de Marta y María, y la primera andaba afanada y turbada con muchas cosas, no duda en advertirle que ha escogido la peor parte (Lc 10.38-42). Cuando sus discípulos se llenan de miedo en el embravecido mar les reprende por su poca fe (Mt 23.27).

Como luz del mundo Jesús no dejó jamás de señalar el pecado (Mt 23), de corregir situaciones (Mt 5.21-48), de dar ejemplo con su conducta y vida (Jn 13.1-15), de mostrar cuál es la forma en que un hijo de Dios debe enfrentarse a las diferentes situaciones de la vida (Mt 6.24-34). Él hizo esto a tiempo y fuera de tiempo,⁴⁹ llegando a granjearse la enemistad de muchos que no admitieron ser confrontados en sus pecados (Jn 8.48-59), pero también el amor y amistad de otros muchos que *"creyeron en Él"* (Jn 8.30).

Como Jesús, sus discípulos también son la luz del mundo: *"Vosotros sois la luz del mundo..."* (Mt 5.14-15). Por tanto deben diferenciar entre las personas y el mal que hay en las personas. Deben estar con las personas pero no participar del pecado de éstas. Deben evitar que la corrupción del mundo les afecte, al tiempo que deben evitar, con su testimonio y obras, que esta se extienda entre el resto de los hombres: *"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos"* (Mt 5.16). Los creyentes deben luchar contra el mal y vencerlo, siendo sus armas la verdad y el bien: *"No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal"* (Ro 12.21).

todos los hombres sin distinción, no meramente a los judíos. No olvidemos que estas palabras fueron dichas a un judío, Nicodemo, que como la mayor parte de ellos creían que Dios jamás entraría en relación con los inmundos gentiles.

⁴⁹ (2 Ti 4.2)

Lección octava: La prudencia de Jesús

TEXTO: (Juan 17.1-26)

Una lectura detenida de los evangelios nos podrá en evidencia, sin lugar a ninguna duda, que Jesús en sus enseñanzas hacía permanentes llamados a sus discípulos para que actuasen con prudencia.⁵⁰ Al mismo tiempo, si nos fijamos en la vida de Jesús observaremos como en diferentes formas la prudencia estaba permanentemente presente en su trato con la gente.

I. La prudencia en la enseñanza de Jesús

En la parábola de los dos cimientos, Jesús nos habla del "*hombre prudente que edificó su casa sobre la roca*". Este hombre muestra su prudencia al edificar sobre terreno firme, es decir, cava y ahonda para establecer su casa espiritual sobre la roca que es Cristo y su palabra (1 P 2.8) (1 Co 10.4).⁵¹ No teme a ninguna adversidad, nada, por muy terrible que sea, podrá derribar la casa de su felicidad en esta vida; la casa de su estabilidad emocional y psíquica; la casa de su esperanza en la vida eterna; pues tiene su fe en aquel que no escatimó ni a su propio Hijo; tiene su fe en que nada le podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús (Ro 8.28-39). En contraste, aquel hombre necio que edifica su casa espiritual sobre las vanas creencias del mundo, o sobre las cosas temporales de esta vida, no podrá resistir, sin desmoronarse, al menor embate de adversidad que le pueda sobrevenir (Mt 7.24-27) (Mt 13.20-22). El hombre necio vive y disfruta del mundo como el saltamontes del cuento, tocando el violín mientras la prudente hormiga trabaja preparándose para el invierno. Se ríe de la hormiga y le dice que hay que disfrutar más y trabajar menos. Cuando el invierno llegue la hormiga tendrá alimento y cobijo mientras el imprudente saltamontes perecerá de hambre y de frío.

En otra ocasión, al hablar de sus discípulos, Jesús dijo que éstos debían ser "*prudentes como serpientes*" (Mt 10.16). ¿Qué aspecto del comportamiento de la serpiente quiso el Señor que imitasen los suyos? La serpiente es un animal que se mueve sigilosamente y con precaución para no espantar a sus presas o para evitar que ellas mismas lo sean de sus depredadores. Por tanto, es la actitud de precaución de la serpiente la que Jesús quiere que esté en los suyos. Esto está confirmado en otra enseñanza de Jesús, la parábola de las diez vírgenes (Mt 25.1-13). Las prudentes, "*cinco de ellas*", actúan con precaución al tener sus lámparas llenas de aceite bastante antes de la venida del esposo. Las insensatas, por otra parte, se ocupan en otras cosas y dejan el llenado de sus lámparas para última hora, creyendo que tendrán tiempo de hacerlo antes de la venida del esposo. Quienes actúan con prudencia en la vida no serán sorprendidos por nada ni nadie,

⁵⁰ La prudencia es una virtud que debe ser entendida como la capacidad de discernir entre lo bueno y lo malo de modo que se siga lo uno y se huya de lo otro. La templanza, la moderación, el buen juicio y el discernimiento son sinónimos que nos pueden ayudar a entender su significado.

⁵¹ En el A.T. se compara frecuentemente a Dios como la roca de su pueblo (2 S 22.2,32) (Sal 18.2; 19.14; 28.1; 62.2; 89.26).

y se encontrarán preparados para cualquier contingencia. Pero sobre todo, estarán preparados para el encuentro con el Señor. Por el contrario, quienes obran neciamente, dejando de atender lo realmente importante, se verán frecuentemente sorprendidos por imprevistos que no esperan y quedarán a las puertas de aquello que pudieron poseer y que por imprudentes no alcanzaron.

II. La prudencia en la vida de Jesús.

1. Jesús evitaba ofender innecesariamente a las personas *"para no ofenderles"* (Mt 17.27).

Las palabras anteriores nos enseñan que Jesús evitaba ofender innecesariamente a las personas con sus hechos, llegando a hacer, incluso, cosas que no le correspondía. Como Hijo de Dios e Hijo del Rey de Reyes y Señor de Señores, Jesús no debía pagar impuestos; Los gobernantes temporales ignorando la verdadera identidad de Jesús querían cobrárselos, y Él, *"para no ofenderles"*, creando discordia por una pequeñez semejante, prefirió pagarlos.

Que los discípulos entendieron que debían imitar en sus vidas la prudencia de su maestro Jesús queda confirmado por el comportamiento y enseñanzas de sus discípulos. Pablo actuó con prudencia al circuncidar a Timoteo⁵² (Hch 16.1-3), para evitar ofender a los creyentes judíos que tenían escrúpulos en juntarse con los creyentes gentiles (Gá 2.11-14), y en otra ocasión, accedió a ofrecer votos en el templo para satisfacer los prejuicios de esos mismos judíos creyentes (Hch 21.17-26). La enseñanza del mismo apóstol sobre cómo tratar a los hermanos débiles o personas en general es muy interesante: *"Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite"* (Ro 14.21; 14.1-23) *"Me he hecho a los judíos, como judío, paga ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de Él"* (1 Co 9.20-23). De todo lo anterior se desprende que la prudencia de Cristo, aquella que debe estar en sus discípulos,⁵³ nos debe llevar a buscar el bien ajeno por encima del propio, a buscar la armonía y la paz por encima de nuestros propios intereses personales.

Además de con los hechos, Jesús evitaba ofender innecesariamente a las personas con sus palabras: *"el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca;*

⁵² Algo que él mismo enseñó que ya no había que practicar, pues la circuncisión había quedado cumplida en el bautismo de Cristo (Gá 5.6) (Col 2.11-13).

⁵³ El libro de Proverbios nos enseña algunas formas en que la prudencia debe manifestarse en los hijos de Dios. Debemos ser prudentes a la hora de adquirir recursos materiales para nuestra vida (Pr 23.4-5) (22.16) (20.21) (21.6) (16.8), o para gastarlos (Pr 21.20). Debemos ser prudentes y pensar bien si debemos avalar a alguien en algún asunto económico (Pr 22.26-27) (6.1-3) (20.16). Debemos ser prudentes a la hora de entrar en pleito (Pr 25.8-10), o de contar nuestras intimidades (Pr 25.9-10), o de considerar el mal de nuestros enemigos (Pr 24.17-18). Debemos ser prudentes a la hora de descansar (Pr 20.13), o de hacer promesas (Pr 20.25), o de corregir a nuestros hijos (Pr 19.18) (16.6). La prudencia ejercida en todas estas cosas muestra que existe sabiduría (Pr 16.21).

quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente" (1 P 2.22-23). Su prudencia era tal que, aún en los momentos en que le ofendían o hacían daño, no arrojaba por su boca palabras que empañasen la luz que como Hijo de Dios debía dar. Con ello demostraba cual era la naturaleza de su carácter: "si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto" (Stg 3.2). Ante su prójimo los hombres imprudentes suelen actuar de tal manera, que generalmente agravan la situación con lo que dicen o con la forma en la que dicen las cosas.

Los imprudentes hablan desde la ira (Pr 15.18); hablan desde el tono subido de volumen, con lo que agravan la contienda (Pr 15.1,18); hablan chismes que apartan al amigo (Pr 16.28); hablan amando la disputa y generando trasgresión (Pr 17.19); hablan más de la cuenta, no faltando pecado en sus palabras (Pr 10.19); hablan descubriendo el secreto (Pr 20.19); hablan con lisonjas haciendo resbalar al prójimo (Pr 26.28). El hombre prudente, por el contrario, tarda en airarse (Pr 14.29), mostrando con ello la verdadera fuerza (Pr 16.32); responde con respuesta blanda al airado aplacando su ira (Pr 15.1); deja la contienda antes que se enreden las cosas (Pr 17.14; 20.3); refrena sus labios (Pr 10.19).

2. Jesús no dejaba de hablar o de hacer aquello que tenía que ver con la verdad aunque la gente se ofendiera "*¿Esto os ofende?"* (Jn 6.61).

Jesús es la Verdad (Jn 14.6), y como tal decía y hacía siempre la verdad. El mensaje de su enseñanza no era otro que el de la verdad (Jn 8.45), su palabra era Palabra de Dios, era la verdad (Jn 17.17). Esto le creó problemas con el hombre pecador que no ama por naturaleza la verdad sino la mentira⁵⁴ que procede del Diablo (Jn 8.44). En cierta ocasión, estando hablando la verdad de Dios sobre la naturaleza de su persona y el propósito de su venida, tuvo que escuchar las palabras siguientes: "*Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?"*. Fue entonces cuando dijo: "*¿Esto os ofende?"* (Jn 6.60-61). Las gentes se ofendieron por las palabras de verdad de Jesús, y muchos dejaron de oírle, pero él no calló sino que continuó hablando pues sabía que los suyos las recibirían de forma diferente: "*¿A quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna"* (Jn 6.68). Por tanto, Jesús no dejaba de hablar la verdad de Dios por temor a ofender a las personas. Sus discípulos se aplicaron bien a sí mismos el ejemplo de su maestro. Cuando les amenazaron que no hablasen la verdad del evangelio respondieron: "*Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"* (Hch 4.19-20). En otra ocasión otro discípulo del Señor se encontraba explicando cómo Dios le había llevado a la fe de Jesús y sus oyentes "*alzaron la voz, diciendo: Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva"* (Hch 22.22). Pablo, que así se llamaba el discípulo, no paró de decir la verdad constándole muchos disgustos, incluso la cárcel y muerte.

El temor a ofender a las personas, o el temor a lo que los ofendidos puedan hacernos, hace que muchos cristianos dejen de comprometerse con la verdad, sea en palabras o en hechos. Este era el caso de algunos discípulos de Jesús que provenían de las altas esferas: "*Aun de los gobernantes, muchos creyeron en Él;*

⁵⁴ (Ro 1.25).

pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios" (Jn 12.42-43). La verdadera prudencia cristiana no se ejerce dejando de lado la verdad, cuando esto se hace, trae consecuencias funestas. Un ejemplo de ello lo tenemos en Pedro: llevado por una falsa prudencia dejó de comportarse según la verdad del evangelio; para estar a bien con ciertas personas llegó a falsear en su vida la rectitud del evangelio. No nos extrañe que Pablo le reprendiera severamente por su conducta (Gá 2.11-16). Cuántos cristianos llevados por la falsa prudencia callan, "porque no es el lugar para hablar de la fe", cuando sus compañeros de estudio o trabajo se burlan o blasfeman de las cosas de Dios. Cuántos cristianos participan del mundo por no decir que ellos son cristianos, y que como tales no pueden hacer ciertas cosas.

Nunca debemos dejar de decir o hacer la verdad, aunque los demás se ofendan o nos perjudiquemos en alguna manera por ello (Gá 4.16). Ahora bien, no debemos olvidar que existe una gran diferencia entre la Verdad de Dios, la Verdad que se expresa en Su Palabra (Jn 17.17) y nuestra verdad subjetiva acerca de las cosas. Nunca debemos dejar de decir la Verdad de Dios, aunque esta ofenda a las personas, pero debemos tener mucho cuidado con nuestra apreciación personal de la verdad, que puede hacer mucho daño a quienes nos oigan: "*Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad, pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?*" (Pr 20.6). La verdadera prudencia nos lleva a discernir entre la verdad absoluta y la verdad relativa, entre la verdad de Dios y la verdad del hombre, nos lleva a comunicar la primera hasta sus últimas consecuencias y a dejar de seguir la segunda si creemos que puede generar algún tipo de conflicto (Ro 14.5-13).

Otro aspecto a tener en cuenta, en relación con la verdad, es que ésta nunca puede ser usada de forma ilegítima, como arma arrojadiza para herir u ofender a las personas. La verdad sólo se puede proclamar desde el amor a las personas y la búsqueda de justicia, sólo así, entonces, no importará si esta verdad ofende a alguien. Pero tengan cuidado aquellos que usan la verdad para dar "cachetadas sin mano" o para hacer deliberado daño. En cierta ocasión, unos muchachos usaron la verdad para burlarse de un hombre de Dios y le llamaron "*¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!*". Está claro que Eliseo era calvo, y está claro que los muchachos no dijeron nada ajeno a la verdad, pero el propósito que tuvieron al decir aquella verdad no procedía del amor o la justicia, sino de una actitud burlona en la que no importaba herir u ofender. Por eso Dios los castigó severamente: "*salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos*" (2 R 2.23-24). ¡Nunca debemos burlarnos de los defectos de las personas o hablar de ellos de forma que ofendamos!

Jesús era prudente en su enseñanza y en su vida. Discernía a la perfección entre el bien y el mal, entre lo trascendente y lo temporal, entre lo divino y lo humano. Seguía hasta sus últimas consecuencias lo importante e imprescindible y se abstenía de hacer lo secundario o accesorio si esto ofendía a alguien. Un cristiano prudente es un perfecto discípulo de Jesús, un digno representante de las cosas del reino de Dios, un instrumento afinado que dará las notas adecuadas en la ocasión adecuada. Jesús dijo: "*Sed, pues, prudentes...*" (Mt 10:16).

Lección novena: La libertad de Jesús

TEXTO: (Juan 4.27)

La libertad verdadera no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en querer hacer lo que es justo y conveniente. Jesús actuaba siempre con verdadera libertad, pues hacía siempre lo que era mejor, lo que era de justicia, y lo hacía sin importarle lo que otros pudieran pensar o decir al respecto. Veamos algunos ejemplos de cómo se manifestaba la libertad de Jesús:

I. La libertad de Jesús en la relación con las personas.

1. Libertad de relación con personas del otro sexo.

La relación entre personas de diferentes sexos siempre ha estado condicionada por factores de tipo étnico, cultural, religioso o moral. En las culturas de tipo oriental la mujer debe esconderse de la mirada del hombre tras un tupido velo que tapa su cuerpo y rostro. El hombre no puede saludar ni dirigir la palabra en público a una mujer y ésta no debe responder al hombre ni hacer nada que llame su atención. Muchos creyentes dejan de tener relaciones de cualquier tipo con personas del otro sexo por interpretar de forma rigorista ciertos pasajes de la Biblia.⁵⁵

Jesús trataba a las mujeres sin tomar en cuenta los condicionantes de tipo cultural, religioso o moral de su época. En una cultura en la que los hombres y las mujeres no podían tener más relación entre sí que las establecidas por los códigos éticos y morales impuestos por las costumbres y los prejuicios humanos,⁵⁶ nos encontramos a Jesús entablando una conversación con una mujer en un lugar público, el pozo de agua del pueblo: *"En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿qué hablas con ella?"* (Jn 4.27). Allí, sin ocultarse y sin tener temor a la opinión de los demás, le vemos exponiendo a la mujer samaritana las verdades más profundas del evangelio (Jn 4.10,21-26). Y es que, para Jesús, en las cosas fundamentales de la vida o en las cosas de la salvación no había distinción entre varón y mujer (Gá 3.28).

⁵⁵ Pasajes como (2 Co 6.14 al 7.1) son interpretados de tal manera, por algunos, que les llevan a actitudes extremas: Por un lado están quienes se relacionan con los incrédulos sin ningún tipo de límites y por otro están quienes se aíslan de ellos como si de apestados se tratasen. Textos como (1 Co 5.9-13) (Jn 17.15) (Mt 5.14-16), entre otros, nos pueden ayudar a tener una actitud correcta al respecto.

⁵⁶ La regla rabínica decía: "Nadie hable con una mujer en la calle, no, ni siquiera con su propia mujer".

2. Libertad de relación con personas de otra raza, cultura o religión.

Desde tiempos antiguos el hombre ha establecido barreras de tipo racial, cultural o religioso en sus relaciones interpersonales. Para los egipcios era una abominación el comer pan con los hebreos (Gn 43.32), para los judíos era contaminación todo contacto con los gentiles (Jn 18.28), aún los judíos cristianos conservaban este prejuicio étnico-religioso (Gá 2.11-15).

Jesús vino a salvar al mundo (Jn 1.29), es decir a todos los hombres sin distinción de sexo, raza, cultura o religión (Gá 3.8,28) (Ap 7.9). No ha de extrañarnos, por tanto, que procediera con absoluta libertad es su relación con las personas de otra raza, cultura o religión: *"La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque los judíos y los samaritanos no se tratan entre sí"* (Jn 4.9). En el pasaje anterior le encontramos hablando con una mujer extranjera sin seguir los prejuicios y escrúpulos de los judíos sobre los samaritanos,⁵⁷ le vemos presentándole el evangelio de la salvación en los mismos términos que lo haría con una persona de nacionalidad y religión hebrea.

3. Libertad de relación con personas de clase o condición social inferior.

En todas las sociedades han existido, existe y existirán, personas que viven al margen de la moral mayoritaria de la comunidad. Estas minorías terminan marginándose a sí mismas y siendo marginadas por la colectividad. Lo peor viene cuando se crean barreras por las que esas personas no pueden retornar a la moral colectiva. A partir de ahí, los marginados se convierten en resentidos sociales, y la colectividad que les impide la integración social se tornarán en fariseos hipócritas, para quienes la moral no será más que un medio de status y prestigio social.

Jesús vino a romper las barreras de separación entre los hombres, vino a hermanar a los hombres, independientemente de la condición social o moral en que éstos se encuentren. Él se juntaba con todo tipo de personas: *"¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?"* (Mt 9.11). A todos recibía, a todos hablaba, con todos comía y bebía, de todos, sin distinción, estaba interesado en salvar. No había marginados a los que rechazaría, Jesús ministraba su poder y palabra a endemoniados (Mr 1.21-28), leprosos (Lc 17.11-19), pecadores (Lc 5.27-32) e impuros (Mr 5.25-34).

⁵⁷ Para comprender la enemistad étnica y religiosa entre judíos y samaritanos es necesario hacer un breve repaso a la historia de los samaritanos. En el año 722 a.C., siendo conquistada Israel del Norte por Sargón rey de Asiria, son llevados cautivos la mayor parte de sus habitantes a Asiria, Halah, al Habor, el río Gozán, y a las ciudades de los medos (2 R 17.3-6). A la gente pobre se le permitió quedarse en la tierra de Israel. Tanto de Babilonia como de otros territorios vecinos, muchos extranjeros fueron a la desbastada región, mezclándose con los israelitas que se habían quedado. A esta población mixta se le dio el nombre de samaritanos (derivado de Samaria la metrópoli fundada por Omri). Los colonos extranjeros no estaban muy satisfechos con la situación tal como la encontraron al llegar. Encontraron un país infectado de animales salvajes y, con razón, atribuyeron esta plaga al disgusto de Jehová, que había sido ofendido. Entonces rogaron a su monarca que les enviara un sacerdote israelita que les enseñara "la ley del dios del país". Y así ocurrió que un judaísmo adulterado -sólo aceptan los cinco libros de Moisés- quedó injertado al culto pagano. Cuando los judíos regresaron del cautiverio rechazaron la ayuda de los samaritanos para construir el templo de Jerusalén (Esd 4) y éstos resentidos les guardaron permanente odio (Neh 4) (Lc 9.51-53).

Los cristianos somos llamados a tener relación con todo el mundo, es decir, con personas de ambos sexos, con personas de todas las razas, culturas y religiones, con personas de cualquier condición social o moral. Esta relación debe ser de influencia por nuestra parte: *"vosotros sois la sal de la tierra... sois la luz del mundo"* (Mt 5.13-14). Debemos relacionarnos con toda clase de personas para que la gracia y la salvación de Dios, que está en y con nosotros, puedan ser luz que despeje las tinieblas del pecado y pueda traer el sabor de la verdad y la justicia de Dios a las vidas de aquellos que aún no le conocen. Si un cristiano se relaciona con personas no cristianas sin iluminarles con su luz, sin dejarles el buen sabor de la sal de Dios, entonces su relación con ellos es incorrecta, entonces su luz está escondida, su sal no está salando, está participando de las obras infructuosas de las tinieblas (Ef 5.11). Dios nos llama a ir con libertad al mundo de todos los hombres sin distinción, guardándonos del mundo del pecado, para ganar a todos aquellos que en su voluntad eterna él decidió dar al Hijo (Jn 17.9,14-15,18-20). Nada ni nadie debe impedir nuestra libertad de relación con las personas para que se cumplan los propósitos salvíficos de Dios.

II. La libertad de Jesús en la aplicación de la palabra de Dios.

1. Aplicando la palabra en el espíritu de la letra con libertad.

La verdad de la palabra no siempre es entendida en su amplia dimensión por las personas. Generalmente la palabra es interpretada por exceso o por defecto. Es decir, están quienes entienden que la palabra de Dios enseña o prohíbe más de lo que realmente enseña o prohíbe, y están, por otra parte, quienes entienden que la palabra de Dios enseña o prohíbe menos de lo que realmente enseña o prohíbe. Es, por tanto, un problema de "pasarse" o de "quedarse corto".

Jesús entendía las cosas en su justa medida, y, por tanto, aplicaba las cosas en su justa medida: *"Aconteció que al pasar Él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito?"* (Mr 2.23-24). Esto le creaba problemas con aquellos que tenían una interpretación desvirtuada de las cosas, con todo, jamás dejaba de actuar con libertad, de hacer lo que debía de hacer, jamás dejaba de aplicar la enseñanza que el espíritu de la palabra de Dios contenía: *"Oísteis que fue dicho /.../ pero yo os digo"* (Mt 5.21-48).

2. Aplicando la palabra al pecado con libertad.

Una interpretación inadecuada de la palabra permitirá el pecado en nuestras vidas o en la de otros, no hará creer que andamos en santidad, porque no hacemos ciertas cosas, al tiempo que acusaremos y condenaremos a otros por cosas que no son peores que aquellas que hacemos nosotros. Jesús conocía la enseñanza de la palabra con respecto al pecado, por tanto, hablaba de él corrigiéndolo, condenándolo u ofreciendo el camino de salida del mismo en los

adecuados términos. Cuando los hombres venían a él cargados de prejuicios les hablaba de tal manera que quedaban impresionados. En cierta ocasión los que fueron a Jesús para condenar a una mujer adúltera quedaron sorprendidos por las siguientes palabras: *"El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella"* (Jn 8.7). Con estas palabras Jesús fue contracorriente, fue contra todos los conceptos éticos y sociales de la época. Nada le impidió hablar la verdad de Dios de que todos los hombres nos encontramos bajo pecado y condenación de Dios, por lo que no podemos ni debemos acusar y condenar a otros sin acusarnos y condenarnos a nosotros mismos.⁵⁸

No era fácil para Jesús hablar con total libertad la verdad de la palabra de Dios. En cierta ocasión tuvo que decir a los fariseos: *"Vosotros sois de vuestro padre el Diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer..."*, a lo cual estos respondieron: *"Tienes demonio..."* (Jn 8.44,48). Hablar la palabra de Dios poniendo en evidencia o denunciando el pecado produce rechazo e enemistad por parte de los hombres, con todo, jamás dejó Jesús de ejercer su libertad en la transmisión del mensaje iluminador de las Escrituras, jamás se dejó llevar por el temor a las respuestas negativas de las gentes.⁵⁹

Los cristianos somos llamados a aplicar la palabra de Dios en nuestras vidas y a compartirla con otros con absoluta libertad. Nada ni nadie puede ni debe impedirnos ejercer este derecho. Hace muchos años les dijeron a unos creyentes que se abstuviesen de hablar la palabra de Dios, y he aquí la respuesta que ellos dieron: *"Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"* (Hch 4.19-20). Con estas palabras mostraron que en ningún modo estaban dispuestos a renunciar a la libertad de aplicar y compartir la verdad de Dios con todo aquel que estuviese dispuesto a escuchar su mensaje.

III. La libertad de Jesús en el testimonio de sí mismo

1. Hablando con libertad acerca de su naturaleza divina

Jesús debía dar a conocer a Dios (Jn 1.18), mostrando su naturaleza y procedencia divina, así como la obra redentora que había venido a realizar. Esto era difícil de comunicar y difícil de aceptar por el hombre. Veamos algunas muestras de cómo recibieron los judíos las palabras en las que hablaba de su divinidad: *"El que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco, porque de Él procedo, y Él me envió"* (Jn 7.28-29) *"Entonces procuraban prenderle"* (Jn 7.30). *"Yo de Dios he salido, y he venido; pues no he*

⁵⁸ (Ro 3.10-18 y 2.1).

⁵⁹ Hablar con libertad la palabra de Dios que denuncia el pecado no significa olvidar la prudencia cristiana. Jesús no era un vulgar metepatas que provocaba conflictos innecesarios con los hombres. Jesús no denunciaba el mal como un medio de avergonzar, ridiculizar o dejar en evidencia a las personas creándose enemistades gratuitas. Jesús denunciaba el pecado como parte de la predicación del evangelio de la salvación. Hablaba de él para producir convicción de pecado y llevar a las gentes al arrepentimiento y la fe en Él (Jn 4.17-26,42). Los discípulos aprendieron muy bien la lección de su maestro, ellos también hablaban del pecado y de la gracia de forma conjunta (Hch 3.19-20) (Ro 6.23).

venido de mí mismo, sino que Él me envió..." (Jn 8.42) "Tomaron entonces piedras para arrojárselas" (Jn 8.59). "Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle" (Jn 10.30-31). Como podemos observar, en todos los casos de esta pequeña muestra, la reacción fue negativa. A pesar de ello él continuó hablando de quién era y qué había venido a hacer. Nada le impedía hablar, se expresaba con libertad, aunque ello le creaba permanentes problemas.

2. Hablando con libertad acerca de su misión redentora

Jesús había venido a este mundo con una misión que no podía ocultarse de los hombres. Era vital su anuncio pues por éste vendría el conocimiento salvador para muchos. El mensaje de Jesús era difícil de entender por el hombre en general, era difícil entender que mediante la "derrota" de su muerte, en expiación del pecado de su pueblo, se obtendría "la victoria" de la resurrección, para vida eterna de los mismos: *Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. Esta dificultad de entendimiento de su mensaje creó discordias entre sus oyentes en muchas ocasiones: volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras. (Jn 10:17-18). Jesús no tuvo en cuenta estas dificultades y anunció con libertad el mensaje de la cruz, el cual es *locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios (1 Co 1:18).**

Los cristianos también tenemos una naturaleza y misión que compartir con las gentes⁶⁰. Somos hijos de Dios, somos nuevas criaturas, somos redimidos, tenemos una esperanza gloriosa de salvación y vida eterna⁶¹. Tenemos la misión de compartir todas estas cosas con nuestro prójimo, con todos los hombres sin distinción. Al hacerlo encontraremos resistencia y oposición, rechazo e indiferencia. Algunos incluso querrán coartar nuestra libertad de decir lo que somos y cuál es la naturaleza de nuestra esperanza⁶². Con todo, se nos llama a ser libres en el testimonio de nosotros mismos y de nuestra salvación sabiendo que muchos serán llamados por Dios a la salvación gloriosa *Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego (Ro 1:16).*

⁶⁰ (Mr 5:19) (Mt 28:19-20).

⁶¹ (Jn 5:24) (2 Co 5:17).

⁶² (Hch 4:11-22; 5:28-42).

Lección décima: La soberanía de Jesús

TEXTO: (Mateo 13.10-17)

Después de tener un encuentro con un joven que decía guardar toda la ley de Dios desde su juventud, y que no pudo seguir a Jesús pues tenía su corazón apegado a los muchos bienes y riquezas que poseía, los discípulos preguntaron a Jesús: *¿Quién, pues, podrá ser salvo?*, a lo que respondió él: *Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible*. Con estas palabras Jesús quiso decir que nadie puede hacer nada por su salvación, pues ésta es un don que Dios concede soberanamente (Mt 19:16-30). Para ilustrar esta verdad, Jesús enseñó una parábola en la que presenta a Dios como el propietario de todo, y por lo tanto también el soberano ordenador de los destinos de los hombres. En esa parábola la salvación aparece como un don gratuito de Dios, no como producto del esfuerzo humano, al tiempo que un acto de la libre y soberana voluntad de Dios: *¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?* (Mt 20:1-16). Como Dios, Jesús era soberano en todo lo concerniente a la revelación del reino de Dios, en el llamado para salvación y en el llamado al ministerio.

I. La soberanía de Jesús en la revelación

1. El padre es revelado a quien el Hijo quiere (Mt 11:27)

Jesús se pasaba el día hablando del reino de Dios a las gentes, muchos le oían, pero la mayor parte rechazaba sus enseñanzas. Sólo unos pocos cruzaban la puerta estrecha y seguían el camino estrecho que conducía a la vida (Mt 7:13-14). El Dios que presentaba Jesús y su plan de salvación no era del agrado de los hombres (Jn 6:60). *¿Se vendría abajo la obra salvadora que Dios se había propuesto realizar en su Hijo Jesucristo por la mala acogida que muchos hacían del mensaje de Jesús? ¡En ninguna manera! Todo estaba sucediendo según lo previsto en los planes de Dios: Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar* (Mt 11:27). El conocimiento y adhesión a la revelación que Jesús hacía del Padre y de su voluntad salvífica, no dependía de la voluntad o capacidad de hombre, el hombre no puede de sí mismo conocer a Dios (1 Co 2:14), no puede ver y entrar al reino de Dios a menos que nazca de nuevo por el Espíritu Santo (Jn 3:3-5), nadie puede ir a Jesús *si el padre no le trajere* (Jn 6:44). Por lo tanto, las pocas personas que están entendiendo y aceptando las enseñanzas de Jesús son justas las mismas que él se propuso iluminar para que entendiesen y aceptasen sus enseñanzas: *mis ovejas oyen mi voz ... El que es de Dios, las palabras de Dios oye*⁶³ (Jn 10:27 y 8:47).

⁶³ En cierta ocasión, encontrándose el apóstol Pablo predicando el evangelio de la salvación, se nos dice que la mayor parte de sus oyentes rebatían, contradecían y blasfemaban la palabra de Dios, algunos incluso promovieron que los echasen de la ciudad (Hch 13:45,50), con todo, Dios tenía

2. Jesús revela el reino de Dios a quienes les es dado saber sus misterios (Mr 4:11-12)

En la aceptación y rechazo que las gentes hacían del mensaje de Jesús, es la voluntad de Dios la que se estaba llevando a cabo y no la del hombre porque *no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios* (Ro 9:16). En esta voluntad eterna de salvación, Dios tiene un pueblo escogido por gracia a quien revelará sus misterios⁶⁴ y al resto de los hombres dejará en las tinieblas en que se encuentran como consecuencia de sus pecados.⁶⁵ Jesús dejó siempre bien claro que todo lo que ocurría estaba dentro de la esfera de la voluntad de Dios: *A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados* (Mr 4:11-12)⁶⁶ Según el texto anterior cuando una persona comprende las cosas eternas y trascendentes de Dios es por así lo ha querido Jesús, y cuando alguien no entiende, ni percibe siquiera, esas mismas cosas, y como consecuencia de ellos no se convierte ni le son perdonados los pecados, es también porque así Jesús lo ha querido.

II. La soberanía de Jesús en la salvación

1. Jesús eligió a los suyos.

Jesús siempre actuó de acuerdo con los eternos planes de Dios para la salvación de los hombres. Según estos planes Dios escogió desde antes de la fundación del mundo a un pueblo para salvación.⁶⁷ Estos escogidos fueron entregados por el padre al Hijo para que este los redimiese y llamase a la salvación *Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido* (Lc 19:10). Generalmente el llamado a la salvación fue hecho por Jesús mediante la predicación del evangelio. Mientras oían su palabra el espíritu Santo la iba aplicando a los corazones⁶⁸ siguiendo los propósitos de Dios: *Y muchos de la multitud creyeron en Él* (Jn 7:31). En otras ocasiones, las menos de las veces, Jesús mismo llamaba directamente a alguien a seguirle: *vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió* (Lc 5:27-28). En todos los casos Jesús se

pueblo en aquella ciudad a quien quería revelar el conocimiento de sí: *Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna* (Hch 13:48).

⁶⁴ El Espíritu Santo es quien rebela soberanamente lo profundo de Dios (1 Co 2:6-16).

⁶⁵ El hombre natural está ciego por el pecado y Satanás (Jn 8:12) (2 Co 4:4).

⁶⁶ El pasaje paralelo de Mateo nos ofrece algún aspecto nuevo que es interesante que observemos: Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado... (Mt 13:10-17). No sólo existe una predestinación para ver y entrar en el reino de Dios (salir de la condenación) (Ef 1:5,11), sino también una predestinación para no ver ni entrar en el reino de Dios (permanecer en la condenación) (Ro 9:21-24) (1 P 2:8) (Jud 4).

⁶⁷ (Ro 8:28-33) (1 Co 1:27-29) (Ef 1:4) (Col 3:12) (2 Tes 2:13) (Tit 1:1) (Stg 2:5).

⁶⁸ Este fue el caso de Lidia: *El Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía* (Hch 16:14).

encargaba de dejar bien claro como se había producido el encuentro salvador entre Dios y el hombre: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo de* (Jn 15:16).

2. Jesús rogaba por los suyos.

La oración por los suyos eran una parte muy importante de su ministerio. Aquí también podemos ver la soberanía de Jesús: *He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra ... Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son ... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos* (Jn 17:6,9,20).

III. La soberanía de Jesús en el llamamiento al ministerio

1. Jesús llama al ministerio a los que él quiere.

Los dones ministeriales son dados por el Espíritu Santo de forma soberana: *Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere* (1 Co 12:11). Igualmente, Jesús escogió entre sus discípulos aquellos que él quiso para que le acompañasen en su ministerio: *Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso...* (Mr 3:13), *Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales llamó apóstoles...* (Lc 6:12-13a). No sabemos los criterios por los que se llevó Jesús para escoger sus apóstoles. Éstos no eran personas grandes o sabias según la forma que tienen los hombres de ver las cosas (Hch 4:13). Pero lo importante es que al escogerlos lo hizo de forma libre y soberana, lo hizo siguiendo criterios por los que seguramente jamás nos hubiésemos llevado nosotros.

2. Aquellos que llama Jesús vienen a él.

El llamado externo es rechazable (Mt 22:14),⁶⁹ pero nadie puede rechazar el llamado interno de Dios *y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justifico* (Ro 8:30). Este texto nos muestra todo un plan eficaz que Dios lleva a cabo de forma irrevocable entre sus escogidos. Como dirá el apóstol más adelante: *porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios* (Ro 11:29). Cuando Jesús llamaba directamente a alguien, a la salvación o al ministerio, siempre respondían positivamente *... y vinieron a Él* (Mr 3:13). No importaba lo rebelde que fuera, o lo duro que tuviera el corazón la persona que Jesús había decidido llamar, cuando él llamaba a alguien para la salvación o para el ministerio siempre respondía *¿qué quieres que yo haga?* (Hch 9:6)

⁶⁹ Por llamamiento externo queremos decir el llamado que se hace al oído físico. Es el llamado del predicador, del mensajero humano. El llamamiento interno es el que hace el Señor por el Espíritu Santo. El primero, es rechazable; el segundo, no.

CUESTIONARIO DE LAS LECCIONES SEXTA A LA DÉCIMA

Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las respuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.

Lección sexta:

1. ¿Cómo era el habla de Jesús?
2. ¿Qué lecciones aprendemos los cristianos del habla de Jesús?

Lección séptima:

1. Explique la relación de Jesús con el mundo.
2. ¿Qué lecciones aprendemos los cristianos de la relación de Jesús con el mundo?

Lección octava:

1. Explique la prudencia de Jesús.
2. ¿Qué lecciones aprendemos los cristianos de la prudencia de Jesús?

Lección novena:

1. Explique la libertad de Jesús.
2. ¿Qué lecciones aprendemos los cristianos de la libertad de Jesús?

Lección décima

1. Explique como se manifestaba la soberanía de Jesús.
2. Exponga, si las tiene, sus dudas sobre este tema.

Lección undécima: Jesús y la tentación

TEXTO: (Hebreos 4.15)

I. Jesús padeció tentaciones semejantes a las de que cualquier ser humano

1. La naturaleza humana de Jesús era semejante a la nuestra.

Cuando pensamos en Jesús corremos la tentación de pensar en él como un hombre absolutamente diferente de lo que somos cualquiera de nosotros. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues la Biblia dice que *debía ser en todo semejante a sus hermanos ...* (He 2:17). Esta afirmación debe ser entendida para no caer en extremos, para ello nos haremos dos preguntas: ¿Era Jesús igual a cualquier hombre? ¿En qué sentido era Jesús semejante a nosotros?

En primer lugar tenemos que decir que la humanidad de Jesús era diferente a la nuestra desde su nacimiento, él no nació por el proceso de generación ordinaria⁷⁰ por el que las personas empiezan a existir; de haber nacido así, habría sido un pecador, pues todos los que nacen por generación ordinaria están representados personalmente en el pecado original de Adán. La humanidad que asumió el Hijo de Dios en su nacimiento fue una naturaleza humana sin pecado como la naturaleza humana de Adán antes de su caída. Cristo estaba libre del pecado adámico porque no fue en ninguna manera representado personalmente por Adán.

Por otra parte es conveniente destacar que la naturaleza humana que asumió el Hijo de Dios era auténtica, es decir, semejante a la nuestra. Jesús se cansaba cuando se esforzaba, necesitaba comer a sus horas como nosotros, necesitaba dormir todos los días las mismas horas que nosotros, necesitaba beber para saciar la sed, se entristecía ante algún acontecimiento penoso, se enfadaba ante la injusticia, le gustaba sentir el amor y la amistad de las personas y le desagradaba en éstas los comportamientos de hipocresía y falsedad (Mr 4:38) (Mt 21:18) (Jn 4:7) (Jn 11:35) (Jn 2:15) (Jn 11:5) (Mt 23).

2. Jesús fue tentado de forma semejante a como lo somos nosotros.

Que Jesús padeció tentaciones es esencial en el entendimiento de la doctrina de la encarnación. La Biblia afirma que Jesús *fue tentado en todo según nuestra semejanza...* (He 4:15b), esto debe, sin embargo, entenderse correctamente. En el Nuevo Testamento el término griego *πειρασμος* (*peirasmos*), tentación, no indica necesariamente lo que induce a pecar. Aquellas circunstancias en que los seres humanos somos conducidos hacia el pecado son sólo una clase especial de tentación. Básicamente la palabra griega mencionada

⁷⁰ Por generación ordinaria queremos referirnos al proceso de venir a la existencia a través de la relación matrimonial o acto sexual.

significa literalmente “prueba”. Por lo tanto lo que quiere decir la Biblia es que Jesús fue probado de una manera similar a las tentaciones que nosotros sufrimos.

Esto no quiere decir que tengamos que deducir la forma en que Jesús fue tentado partiendo de nuestras propias experiencias. En el caso del hombre la tentación se produce por causas internas y externas. El hombre es tentado desde dentro de sí mismo *cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte* (Stg 1:14-15). Y también es tentado cuando algo o alguien, desde fuera, le incita a hacer lo malo: *Duerme conmigo*, dijo la mujer de Potifar a José (Gn 39:7). La tentación externa consigue su objetivo cuando activa la tentación interna, que es la que determina la decisión del corazón y el proceder final de la persona.

En el caso de Jesús no había tentación ni concupiscencia de procedencia interna sobre las personas o sobre las cosas. Su corazón santo no codiciaba las cosas que tenía delante de sus ojos (Mt 5:28), ni sentía deseos de ofender a las personas cuando éstas le ofendían (Mt 5:21-22), ni se sentía atraído y seducido por ningún tipo de pasión pecaminosa (Mt 6:22-23). Por tanto, cuando la Biblia dice que Jesús fue tentado en todo según nuestra semejanza, se refiere a que Jesús sufrió las mismas tentaciones externas que nosotros. Es decir sufrió las provocaciones de personas o de situaciones que intentaron incitarle a hacer lo malo de forma semejante a las que corrientemente padecemos nosotros (Jn 6:15). Algunas de las tentaciones externas que padeció Jesús, han quedado registradas en la Biblia para nuestra enseñanza. En (Mt 4:1-11) el diablo intentó que Jesús fuera más allá del horizonte que se había propuesto en la encarnación y que usara los poderes sobrenaturales que poseía para aliviar su propia miseria. En (Mt 16:21-23) de nuevo el diablo, a través de Pedro, intenta disuadirle de que muera en la cruz. En (Mt 26:36-39) tenemos la prueba de Jesús ante el sufrimiento venidero de la vejación, el escarnio y la cruz, y en (Mt 27:46) tenemos posiblemente la prueba más dura de todas las que jamás llegó a padecer Jesús, la prueba de la muerte misma.

3. Jesús venció la tentación y nunca llegó a pecar.

El mismo texto que afirma que Jesús *fue tentado en todo según nuestra semejanza...*, añade a continuación: *... pero sin pecado* (He 4:15b). Con estas palabras la Biblia deja bien claro que en ninguna de las pruebas que Jesús sufrió fue arrastrado a cometer ningún pecado. Nunca las pruebas le llevaron a dar algún paso hacía el pecado o a sentir deseos de hacer lo contrario a la voluntad de Dios. En cierta ocasión Jesús dijo: *Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí* (Jn 14:30), indicando que el diablo jamás consiguió nada de Él.

Es interesante observar la manera en qué Jesús sobrellevó sus pruebas y consiguió salir triunfante de las mismas. En la prueba del desierto Jesús obtuvo la victoria frente al diablo con el poder de la palabra de Dios. En las tres ocasiones que el diablo le tienta, Jesús responde: *escrito está...* (Mt 4:4,7,10), apoyándose y citando la enseñanza de la voluntad de Dios, revelada en su palabra, las Sagradas Escrituras, frente a la voluntad de Satanás que le incitaba a hacer otras cosas. En la prueba ante Pedro Jesús reconoce la obra y presencia del diablo,

sirviéndose del hombre, y le desenmascara y rechaza *¡Quítate de delante de mí, Satanás!* (Mt 16:23). En la prueba de Getsemaní y en la del monte de la Calavera Jesús vence el dolor y la aflicción mediante la obediencia: *pero no sea como yo quiero, sino como tú* (Mt 26:39).

II. Jesús asumió nuestra naturaleza humana y se sujetó a la tentación externa con propósitos salvíficos y santificadores para nosotros.

1. Como hombre sin pecado Jesús es nuestro misericordioso y fiel sumo sacerdote.

Las Escrituras muestran la conexión entre la impecabilidad de Cristo y la obra de la expiación: *Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación* (1 P 1:18-19). Este texto nos habla de Jesús como el cordero sin mancha⁷¹ que había de ser la víctima propiciatoria y redentora que ocupase el lugar de los pecadores para la expiación de sus pecados⁷². El apóstol S. Pablo confirma esta verdad al decir: *Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él* (2 Co 5:21).

Pero, además de víctima propiciatoria, Jesús era también el sumo sacerdote de su propio sacrificio: *Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote ...* (He 2:17). Este texto nos presenta a Jesús como el sumo sacerdote que lleva la sangre del cordero hasta el lugar santísimo para expiación de los pecados del pueblo de Dios (He 9:1-28). Jesús fue, por tanto, ofrenda y oferente al mismo tiempo: *Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre* (Jn 10:17-18)

2. Como hombre Jesús se enfrentó ante la tentación y la venció para ayudar a vencer la tentación a los que son tentados.

⁷¹ El cordero pascual debía ser sin mancha y sin contaminación: *El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomarás de las ovejas o de las cabras* (Ex 12:5). La ofrenda para el holocausto también debía ser sin mancha y sin contaminación: *Si su ofrenda para el holocausto fuere del rebaño, de las ovejas o de las cabras, macho sin defecto lo ofrecerá* (Lv 1:10). Igual ocurría con el resto de las ofrendas (Lv 3:6; 4:3; 5:15).

⁷² *Habló Jehová a Moisés, diciendo: Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová, y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare o calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso; en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre, entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá la quinta parte, en el día de su expiación. Y para expiación de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación, y lo dará al sacerdote para la expiación. Y el sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá perdón de cualquiera de todas las cosas en que suele ofender* (Lv 6:1-7).

Jesús sufrió la tentación hasta el extremo vencéndola para, desde el conocimiento y la experiencia, poder ayudarnos en nuestras debilidades: *Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados* (He 2:18). Jesús nos ayuda de diferentes maneras: con su palabra, con su mediación y con su ejemplo. Como vimos antes, la palabra de Dios nos enseña que nosotros los hombres somos tentados desde el interior de nuestro corazón y desde fuera por agentes que nos incitan a pecar. Es importante que sepamos distinguir ambos frentes de lucha para poder luchar adecuadamente contra la tentación.

En relación con la tentación interna la Biblia nos dice: *Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está pronto, pero la carne es débil* (Mt 26:41). Con estas palabras el Señor nos está indicando que la única forma de tener posibilidades de victoria frente a la tentación interna es reconocer, en primer lugar, que nuestra humana debilidad nos puede llevar a caer en cualquier momento porque *no nos ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana* (1 Co 10:13a). Quienes confían en sus propias posibilidades y se creen fuertes frente a las pruebas caerán de forma estrepitosa en ellas (Mt 26:30-35, 69-75). S. Pablo dice: *Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga* (1 Co 10:12). Jesús nos dice que para superar la debilidad de la carne es necesario que nos vigilemos permanentemente⁷³ y que nos presentemos en oración constante ante Dios demandando el oportuno socorro⁷⁴. Al vigilarnos encontraremos tendencias pecaminosas que presentaremos a Jesús en oración para purificación, y, mientras ésta nos llega por la santidad, controlaremos las situaciones en que esas tendencias puedan inducirnos a hacer lo malo. Vigilancia y oración son, por tanto, el remedio eficaz que Jesús nos ofrece contra la tentación interna.

En cuanto a la tentación externa la palabra de Dios nos advierte: *No deis lugar al diablo* (Ef 4:27). El cristiano puede y debe evitar situaciones en las que el diablo tenga fácil acceso a él. Si sabemos que tenemos la tendencia de criticar de las personas debemos evitar las conversaciones con personas a las que les guste la murmuración. Si somos conscientes de nuestra falta de dominio propio para controlar lo que bebemos debemos evitar beber cualquier cantidad de aquello que pueda llevarnos a la embriaguez. Si no tenemos fuerza de carácter ni personalidad para mantener nuestras convicciones debemos evitar andar con personas que puedan arrastrarnos por sendas de injusticia. En otras palabras, no tengo que ponerle las cosas fáciles al diablo, él sabe que dentro de mí tiene un aliado: mi propia concupiscencia interior. Por lo tanto, no debo hacer nada que pueda provocar situaciones de tentación exterior que seduzcan mi concupiscencia interior, pues pronto, encontrándome entre dos frentes de tentación, me veré pecando con toda probabilidad. ¿Y si la tentación exterior no la provoco yo sino que me viene por otras causas? Entonces la palabra nos exhorta: *Resistid firmes en la fe* (1 P 5:8-9). Esta resistencia debe ser hecha siguiendo el ejemplo del Señor, es decir, desde la fidelidad y obediencia a la enseñanza de la palabra de Dios. Y

⁷³ *Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno* (Sal 139:23-24).

⁷⁴ *Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo, intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos* (Ro 8:26-27).

así como la palabra dice que *el diablo entonces le dejó* a él (Mt 4:11), también nos dejará a nosotros.

Y sobre todas estas cosas no debemos olvidar jamás la obra de mediación a favor de nosotros que Jesús hace permanentemente ante el Padre: *Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar* (1 Co 10:13b).

Lección duodécima: La mansedumbre y humildad de Jesús

TEXTO: (Mateo 11.29)

I. Jesús era manso y humilde.

Jesús dijo de sí mismo: *Soy manso y humilde de corazón* (Mt 11:29).⁷⁵ La importancia de entender bien el significado de esta afirmación está en que va precedida por las palabras *aprended de mí*. Con ello el Señor quiso decir que la mansedumbre y humildad de su carácter debían ser aprendidas y vividas por sus discípulos. Al hacerlo encontraremos descanso para nuestro corazón, algo imprescindible para salir de la situación de carga y trabajo que el pecado, el mundo y Satanás producen en nuestra alma.

1. Definiendo la humildad y la mansedumbre.

El término griego humildad, *ταπεινος*, significa primariamente aquello que es bajo y que no se levanta mucho de la tierra (Ez 17:24),⁷⁶ y se usa metafóricamente para denotar 1) Humilde condición o pertenencia a una condición social baja y pobre (Stg 1:9-10); y, 2) Humildad de corazón (Mt 11:29).⁷⁷ Es decir una actitud de mente, sentimientos y voluntad carente de soberbia (1 P 5:5),⁷⁸ por la que se reconoce la bajeza de nuestra condición humana (Lc 1:48). El término griego mansedumbre, *πραυτης*, tiene que ver con la disposición del espíritu con la que aceptamos todo lo que viene de Dios como bueno sin discutirlo ni resistirlo (Job 1:20-22). Sólo los mansos pueden recibir la palabra de Dios sin actitudes de malicia ni inmundicia (Stg 1:21).

Ambos términos son usados de forma conjunta en la Biblia, el apóstol Pablo dice: *Que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre* (Ef 4:1-2); y agrega también: *Vestios, pues, como escogidos de Dios ... de humildad, de mansedumbre* (Col 3:12). La razón de este uso conjunto de estas palabras está en que la mansedumbre no es más que el comportamiento que adopta aquel que tiene una actitud humilde. Quien reconoce su bajeza (Lc 1:48) (humildad), acepta incondicionalmente todo lo que viene de Dios sin discutirlo (Lc 1:38) (mansedumbre).

⁷⁵ El apóstol San Pablo creía tan firmemente en el carácter manso de Jesús, que lo usaba como algo a lo que apelar cuando necesitaba un compromiso de los demás a algún aspecto de la verdad: *Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo* (2 Co 10:1).

⁷⁶ Dios levanta al árbol bajo (humilde), según la LXX, versión griega del A.T.

⁷⁷ O humilde de espíritu: *La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra* (Pr 29:23).

⁷⁸ La humildad es la antítesis de la soberbia y la altivez (Sal 138:6) (Pr 3:34; 11:2; 29:23) (Dn 4:37).

2. Deshaciendo equívocos.

Ahora bien, no debemos confundirnos, la humildad y mansedumbre no es falsa modestia. Jesús dijo de sí mismo: *Soy manso y humilde de corazón* (Mt 11:29), y el apóstol Pablo, hablando en su segunda carta a los Corintios, dice de sí: *Soy humilde entre vosotros* (2 Co 10:1). Por tanto, ser manso y humilde no significa negar las virtudes o dones que Dios nos ha dado, sino en tener un concepto correcto y ajustado a la verdad tanto de nosotros mismos como de los demás: *Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de otros* (Flp 2:3).

La falsa humildad es descrita en la Biblia como el carácter artificial y teatral adoptado por aquellos que siguen un cristianismo en conformidad a mandamientos de hombres, consistente en cumplir con ritos y costumbres, que dan a las personas apariencia de religiosidad, pero que no pueden cambiar el corazón (Col 2:18-23). La humildad y la mansedumbre verdaderas son parte del vestido o conducta del cristiano, son la actitud y comportamiento diario de los santos escogidos de Dios en relación con sus hermanos y prójimo en general (Col 3:12-13).

II. Jesús se humilló a sí mismo.

1. Toda la vida y ministerio de Jesucristo estaba llena de actos y gestos en los que podemos ver su permanente humildad y mansedumbre.

Debemos recordar que humillarse es ponerse en el lugar más bajo posible porque así conviene hacerlo en honor de la verdad, de la justicia o de alguna causa noble.⁷⁹ El Hijo de Dios se humilló cuando aceptó tomar la forma de siervo y hombre (Flp 2:3-7), se humilló cuando nació en un pesebre (Lc 2:7), se humilló cuando aceptó ser bautizado por Juan (Mt 3:13-15), se humilló cuando lavó los pies a sus discípulos (Jn 13:5-14), se humilló cuando permitió que viles pecadores le juzgasen (Lc 22:63-71), pero sobre todo, se humilló obedeciendo⁸⁰ hasta el límite del sufrimiento y la muerte más indigna para salvarnos de nuestros pecados: *Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Flp 2:8).

⁷⁹ Los humildes no ansían los primeros puestos en la vida, sino que voluntariamente se contentan con aquellos que son inferiores a sus méritos, de modo que cuando son ascendidos a posiciones superiores reciben el honor y la gloria que les corresponde (Lc 14:7-11).

⁸⁰ La obediencia es uno de los signos que evidencian el grado de humildad en una persona, pues por ella se reconoce y acepta de buena gana la posición inferior en la que se encuentra quien debe obediencia, así como la posición superior de aquel que debe ser obedecido. En la desobediencia siempre hay soberbia y altivez ¿Quién es este para que yo le obedezca? ¿Por qué debo obedecer a esta o aquella persona? (Éx 5:2).

2. Según el apóstol Pablo, la humillación de Jesús debe ser el incentivo para la nuestra: *Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo en Cristo Jesús (Flp 2:5).*

Los cristianos debemos ser y parecer mansos y humildes. Debemos humillarnos ante Dios permanentemente (Stg 4.10), reconociendo nuestros pecados para obtener su perdón (2 Cr 7:14), sujetándonos y obedeciendo a aquellos que están puestos por encima de nosotros (1 P 5:5-6), sirviendo al Señor en Su Iglesia (Hch 20:19). Debemos ser humildes en el uso y disfrute de los dones y bienes que Dios nos ha dado, tanto cuando tenemos poco como cuando tenemos mucho (Flp 4:12). Debemos ser mansos y humildes en la relación diaria con los hermanos y prójimo en general (Ef 4.2), para ser capaces de dar fin a las ofensas grandes (Ecs 10:4) o para corregir el pecado (Gá 6:1). Debemos ser mansos y humildes para recibir la palabra de Dios (Stg 1:21) y para presentar defensa de ella ante quien nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros (1 P 3:15).

III. Jesús no encontró justicia humana en su humillación.

1. La humillación no siempre comporta el reconocimiento de todos los demás:

Los hombres confunden la humildad con debilidad de carácter, con falta de autoridad o con cualquier otra cosa y se aprovechan y abusan de aquellos que son verdaderamente humildes y mansos (Gn 26:12-33) (Nm 12:1-16). Un ejemplo de cómo los hombres perciben de forma distorsionada la humildad y se comportan negativamente con ella lo tenemos ante Jesús, nos dice la palabra que *en su humillación no se le hizo justicia* (Hch 8:33). Nunca un derroche de mansedumbre y de humildad genuinas fue tan mal entendido por los hombres. Cuando comía con los marginados, para ayudarles a integrarse en la comunidad de los redimidos, se le acusaba de confraternizar con los pecadores (Lc 5:27-32). Cuando permitía que un alma agradecida por el perdón de sus pecados le mostrara su amor, se le acusaba de no tener el espíritu de discernimiento de los profetas (Lc 7:36-50).

Podríamos poner ejemplos hasta la saciedad que mostrarían lo mal que entendieron los hombres la humillación de Jesús, pero uno de ellos es tan evidente que no podemos dejar de mencionarlo. Nos referimos al mencionado acto de la encarnación, de tomar forma humana, de siervo, con el propósito de redimir a su pueblo de sus pecados (Flp 2:3-11). El pueblo de Israel no sólo no reconoció y apreció la humillación del Hijo de Dios sino que se volvió contra él con violencia (Mt 21:33-46) (Hch 3:13-15; 8:32-33). Las actitudes y comportamientos de aquellos que andan por la senda de la mansedumbre y la humildad no siempre serán entendidos y aceptados por quienes tienen como norma de vida pautas de soberbia y altivez.

2. En general la humillación siempre trae bendición.

Lo dicho anteriormente podría llevarnos a pensar que no vale la pena andar por la senda de la humildad, pero no debemos engañarnos, la única forma de agradar a Dios y obtener su favor es por el camino de la mansedumbre y la

humildad voluntarias: *Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo* (1 P 5:5). La salvación es un privilegio de la Gracia de Dios para aquellos que llegan a ser humildes:⁸¹ *Dios salvará al humilde de ojos* (Job 22:29); *Hermoseará al humilde con la salvación* (Sal 149:4). Dios oye y atiende las oraciones de los humildes: *Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos* (Sal 138:6). Habita con el humilde trayéndoles vida (Isa 57:15), le concede su protectora y atenta mirada (Isa 66:2), le consuela en los momentos difíciles: *Dios consuela a los humildes* (2 Co 7:6).

Aunque es verdad que en el camino de la mansedumbre y humildad podremos encontrarnos algún obstáculo por parte del pecado y la incompreensión del hombre, no obstante, por lo general, la promesa de Dios es que encontraremos en él abundante gracia suya (Pr 3:34) (Stg 4:6). Sería absurdo, por tanto, que escogiéramos el camino del enaltecimiento, de la permanente reivindicación soberbia de los derechos y honores que creemos nos corresponden, a costa de crear en nuestro entorno constantes conflictos con las personas que están a nuestro alrededor, pues sólo encontraríamos la humillación impuesta⁸² por Dios: *El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido* (Mt 23.12) (Sal 147:6). Un carácter y comportamiento manso y humilde mejorarán nuestras relaciones con los demás de forma tal cual no podemos siquiera imaginar, pues en ellos está la sabiduría (Pr 11:2).

En el terreno personal la mansedumbre y humildad también tienen su obra. Con las palabras: *aprended de mí, y hallaréis descanso para vuestras almas* (Mt 11:29), Jesús nos está diciendo que los mansos y humildes obtendrán, además del favor de Dios y una inmejorable relación con los demás, un inmenso bienestar espiritual: el reposo del alma. La soberbia y la altivez producen enfrentamientos, odios, rencores⁸³, y éstos, a su vez, producen amarguras, desasosiegos, falta de paz y armonía en nuestras almas (Gn 4:3-7). La mansedumbre y la humildad nos traen la aprobación de Dios, evitan el conflicto con el prójimo y nos llevan a estar dentro del orden establecido produciéndonos gozo, paz y estabilidad mental, emocional y espiritual (Flp 3:20 al 4:7).

⁸¹ La mansedumbre y humildad están ausentes del hombre natural (Ro 1:28-32) y llegan a estar presentes en el hombre redimido en virtud de la obra regeneradora y santificadora del Espíritu Santo (2 Co 5:17) (Gá 5:22-23).

⁸² La humillación voluntaria siempre nos produce gozo y satisfacción personal y reporta beneficios a nuestra relación con Dios y con el prójimo. Por el contrario la humillación que no es impuesta trae vergüenza y deshonra (Lc 14:7-11).

⁸³ A la altivez que produce conflicto, enfrentamiento y venganza, el apóstol Pablo contrapone la mansedumbre y humildad que espera en Dios y procura la paz con todos los hombres (Ro 12:16-21).

Lección decimotercera: El amor de Jesús

TEXTO: (Juan 15.9-17)

I. El amor de Jesús

Para entender el amor de Jesús, el amor de Dios, debemos despojarnos de nuestros apriorismos sobre el amor⁸⁴ y ceñirnos a lo que las Sagradas Escrituras nos dicen al respecto. Veamos, por tanto, algunas de las características que del amor de Jesús se encuentran en la Biblia.

1. El amor de Jesús es un amor divino

El amor con el que Jesús amó a sus discípulos era semejante al amor con que el Padre le amó a Él: *Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado* (Jn 15:9). Por tanto, el amor de Jesús es un amor divino y no humano, es un amor perfecto no sujeto a los caprichos pasajeros de los sentimientos pecaminosos.⁸⁵ El amor humano, por el contrario, es pendular o extremista, es decir pasa fácilmente de un extremo al otro, del abrazo al tortazo, del te quiero al te odio, de la bondad a la maldad. Un ejemplo de ello lo tenemos en los sentimientos de la mujer de Potifar hacia José, ésta pasó bruscamente del deseo amoroso y apasionado al despecho y a la calumnia vil, pasó del amor al rencor, de querer darle todo a buscarle su ruina (Gn 39:7-20).

2. Es un amor que se sacrifica y se entrega.

El amor de Jesús por los suyos fue un amor hasta el sacrificio: *Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos* (Jn 15:13). Jesús lo dio todo por los suyos, no sólo las cosas que le pertenecían, sino que se dio a sí mismo, dio su vida para nuestra salvación: *En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros* (1 Jn 3:16a); *Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros* (Ef 5:2). Por tanto, es por su sacrificio expiatorio en la cruz, muriendo en lugar de nosotros, que obtenemos el perdón de pecados y la vida eterna (1 P 1:18-20). Este sacrificio redentor es la prueba del gran amor de Dios que entrega y sacrifica lo más preciado por la salvación de los suyos (Jn 3:16) (1

⁸⁴ Generalmente tenemos la tendencia a creer que las cosas son como nosotros las imaginamos. Muchas veces, incluso, intentamos entender lo que nos rodea a la luz de nuestras propias experiencias, sentimientos o percepciones subjetivas. El resultado es que la visión de la realidad a la que llegamos queda distorsionada por nuestros prejuicios, incapacidades o limitaciones. Es por ello que debemos evitar caer en la trampa de establecernos a nosotros mismos como patrón de medir o entender las cosas. En relación con el amor de Jesús debemos aplicar lo que venimos diciendo de forma especial.

⁸⁵ Aunque Amnón decía sentir profundo amor por Tamar, sabemos, por cómo transcurrieron los hechos, que sólo fue una pasión pecaminosa y caprichosa que terminó, como terminan todas, en abuso y en violencia (2 S 13:1-19).

Jn 4:9-10). El amor genuino se sacrifica y se entrega en una actitud voluntaria (Jn 10:18) y sufrida (1 Co 13:7a), y nunca lo hace buscando recompensa o reconocimiento: *Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos* (2 Co 12:15).

3. Es un amor del que nada nos puede separar.

El amor con el que Jesús ama es un amor que se manifiesta en las condiciones más adversas: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?* (Ro 8:35). Por tanto, en cualquier situación o circunstancia por la que estemos pasando, el Señor no deja de amarnos con el mismo amor, y de protegernos y ayudarnos, haciendo que las cosas negativas que nos acontecen redunden para nuestro bien (Ro 8:28). Que distinto al amor de los hombres que está sujeto a los sentimientos engañosos y compromisos estériles (Mt 26:33-35,69-75), a las inclinaciones pecaminosas de la carne (2 S 11:1-27) o a los vaivenes cambiantes del carácter y de las circunstancias (2 Ti 4:10).

4. Es un amor que excede a todo conocimiento

El amor de Cristo ... excede a todo conocimiento, afirma el apóstol San Pablo (Ef 3:19). Esto nos habla de un amor tan inmenso que es difícil que el creyente alcance a vislumbrar siquiera sus enormes dimensiones (Ef 3:17-18). El amor de los hombres es fácil de medir, es fácil de saber, después de conocer a una persona durante un tiempo, hasta donde es capaz de llegar por nosotros. Podemos saber ante qué cosas de nuestra vida será indiferente y ante qué cosas se sensibilizará y en qué medida lo hará. El amor de Jesús es tan inmenso que nunca sabremos absolutamente hasta donde está disponible para nosotros. Es por tanto un amor que nos sorprenderá permanentemente, que nos mantendrá en constante expectativa. Un ejemplo de lo sorprendente del amor de Jesús lo tenemos en la forma en que trató a Pedro después de que éste, habiendo alardeado antes de una firmeza y entrega que no poseía, le hubiera negado en tres ocasiones. En su primer encuentro con Jesús, después de la resurrección, Pedro no recibe, como cabía esperar, la reprensión y el reproche de su maestro,⁸⁶ sino, por el contrario, la renovación de la confianza y la confirmación amorosa en su ministerio (Jn 21:15-19).

5. Es un amor constante y sin límite

El amor de Jesús es un amor que no se deteriora o desgasta con el paso del tiempo o con el roce en las relaciones interpersonales: *Como había amado a los*

⁸⁶ La historia del hijo pródigo nos muestra que generalmente esta es la tendencia del corazón humano a la hora de tratar con el pecado ajeno. Cuando éste volvió arrepentido y confesando sus pecados su padre no le reprochó, ni pretendió sacar de él nuevas confesiones humillantes, sino que con amor y misericordia le restituyó a su anterior posición (Luc 15:17-24). Por el contrario, su hermano mayor fue partidario de un trato justiciero que recordase en el tiempo el pecado que su hermano menor había cometido (Lc 15:25-32).

suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn 13:1). El amor de Jesús no se queda a medio camino, es un amor que llega hasta el final, hasta la meta, y alcanza su objetivo. El amor de los hombres se frustra por cualquier causa. El amor de los hijos de Jacob por su hermano José pereció por la envidia (Gn 37); el amor de María y Aarón por Moisés sucumbió por los celos (Nm 12:1-16); el amor de la mujer de Job a Dios no resistió la prueba de la adversidad (Job 2:9); el amor de aquel que se acercó a Jesús en el camino no soportó la claridad de la verdad (Lc 9:57-62). El verdadero amor, en contraste, *nunca deja de ser* (1 Co 13:8a), y la razón de ello esta en que *el amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo los sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta* (1 Co 13:4-7).

II. Objetos del amor de Jesús

1. Jesús ama al Padre.

Los evangelios son una constante evidencia del amor de Jesús por su Padre celestial, él mismo llegó a decir: *amo al Padre* (Jn 14:31). Pero, lo importante de ese amor, es que no era un amor de palabras meramente, sino un amor de hecho y en verdad que se manifestaba en su obediencia a él: *Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago* (Jn 14:31). El amor debe ser consecuente en su expresión hacia el objeto amado, si no lo hace es porque no hay amor (1 Jn 3:17).⁸⁷

2. Jesús ama a la Iglesia.

Las Escrituras hablan del amor de Jesucristo por la Iglesia como cuerpo comparándolo con el amor que un marido debe tener por su esposa: *Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia* (Ef 5:25a). Este amor se manifestó en su entrega sacrificial por ella (Ef 5:25b); en su interés por su imagen santa y sin mancha (Ef 5:26-27), proporcionándole ministros de la Palabra que la pastoreen y apacienten en su nombre (Ef 4:11-16); y en su amoroso cuidado sustentador de ella (Ef 5:28-29), a través de la obra del Espíritu Santo (Jn 14:16-18).

3. Jesús ama a los discípulos.

⁸⁷ Hay personas que dicen amar pero viven en permanente discordia con las personas presuntamente amadas. Se justifican diciendo que en el fondo ellos las aman con todo su corazón pero que las circunstancias o el carácter de esas personas les impiden mostrar su amor. Evidentemente esto es un engaño del pecado, pues nada puede frenar la manifestación del verdadero amor. El amor siempre se expresará de una forma u otra, el amor no puede hacer otra cosa que amar, porque el genuino amor siempre es consecuente consigo mismo.

Jesús ama a todos aquellos que, siendo amados eternamente por su Padre (Ef 1:3-5), le aman a él: *el que me ama, será amado por mi padre, y yo le amaré* (Jn 14:21). Este amor a Jesús se manifiesta a través de la fe en su persona y obra: *vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios* (Jn 16:27). En los evangelios encontramos que, además de su amor en general por todos y cada uno de sus discípulos, Jesús manifestó un amor especialmente intenso por algunos discípulos en particular. Ejemplo de ello fue su amor por Lázaro y sus hermanas: *...he aquí el que amas está enfermo* (Jn 11:3), *Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro* (Jn 11:5), *Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba* (Jn 11:36), y también el amor por el apóstol Juan, este era *...el discípulo a quien amaba Jesús* (Jn 21:7,20). Este amor especialmente intenso por algunas personas, sólo puede ser entendido tomando en cuenta que hay grados en nuestro amor hacia los demás que dependen del grado de amor que los demás tengan por nosotros (Lc 7:36-50). Generalmente se ama mucho a quien mucho ama, por lo que quien ama mucho al Señor puede esperar también mucho amor de él (2 Co 9:6).

III. El amor de Jesús demanda amor

1. Jesús manda a sus discípulos que amen.

Jesús nos dice en su palabra que desea que le amemos a él, y que desea que este amor se manifieste de una forma específica: *Si me amáis, guardad mis mandamientos* (Jn 14:15); *El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama ... el que me ama, mi palabra guardará... el que no me ama, no guarda mis palabras* (Jn 14:21,23-24). Para el apóstol Juan era tan importante mostrar el amor a Jesús, a través de la obediencia a su palabra y mandamientos, que llega a decir: *El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en Él.* (1 Jn 2:4-5).

Jesús quiere que amemos a nuestros hermanos en la fe: *Un mandamiento nuevo os doy; Que os améis unos a otros .. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.* (Jn 13:34,35) (Jn 15:12,17). Este amor debe ser expresado sinceramente poniendo nuestras vidas por ellos (1 Jn 3:16), ayudando al hermano en su necesidad (1 Jn 3:17), dando ejemplo de firmeza espiritual guardando los mandamientos de Dios y palabra de Dios (1 Jn 5:2).

Jesús nos pide que amemos al prójimo en general: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22:39), dándonos para ello algunas pautas de conducta que nos ayudan a saber la forma en que tiene que ser expresado este amor: *Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos* (Mt 7:12). Jesús nos manda, incluso, que amemos a nuestros enemigos: *Amad a vuestros enemigos* (Mt 22:44), por tanto, nunca hay una excusa para dejar de amar a alguna persona.

2. El amor con el que debemos amar debe ser en imitación del suyo.

Jesús quiere que amemos en los mismos términos que él lo ha hecho con nosotros: *Que os améis unos a otros; como yo os he amado...* (Jn 13:34) (Jn 15:12,17). Por lo tanto, no podemos amar con cualquier amor, con un amor según nuestra forma personal de ver las cosas. ¡Dios exige que amemos con el mismo amor con el que él nos ha amado!

Jesús quiere que amemos con un amor semejante al suyo, que amemos de verdad, que amemos con entrega y sacrificio de lo que somos y tenemos, que amemos en todo tiempo y circunstancia, que amemos con amor que nunca se agote, que amemos siempre. Jesús quiere que amemos a Dios sobre todas las cosas (Mt 22:37-38), quiere que le amemos a él guardando sus mandamientos (Jn 15:7-11), quiere que amemos a nuestros hermanos (Jn 15:12), y quiere que amemos a nuestro prójimo (Mt 22:39).

El amor de Jesús es un amor de iniciativa que se manifiesta a favor de los suyos sin tomar en cuenta sus miserias (2 Co 5:18-19). No nos extrañe, por tanto, que el apóstol San Pablo afirme que *el amor de Cristo nos constriñe* (2 Co 5:14), es decir, el amor de Cristo nos debe apremiar a ser consecuentes y amar cómo si de una necesidad imperiosa se tratase. ¡Quién ha experimentado el amor de Cristo, tiene que amar!

Lección decimocuarta: La paciencia de Jesús

TEXTO: (2 Tesalonicenses 3:5)

I. La paciencia de Jesús.

Hay tres textos en el Nuevo Testamento que nos hablan directamente de la paciencia de Cristo. El primero se encuentra en la segunda epístola de San Pablo a Los Tesalonicenses: *Y el Señor encamine vuestros corazones ... a la paciencia de Cristo* (2 Tes 3:5). La palabra griega traducida aquí por “paciencia” es *υπομονη* y se traduce también por “perseverancia” (Rom 2:7) o “constancia” (1 Tes 1:3) y por “el sufrir” (2 Co 1:6). El segundo texto se encuentra en la primera epístola de San Pablo a Timoteo: *Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia* (1 Ti 1:16). El término griego traducido aquí por “clemencia” es *μακροθυμια* y se traduce también por “longanimidad” (Ro 2:4) (2 Co 6:6) (Col 1:11), y, sobre todo, por “paciencia” (Ro 9:22) (Gá 5:22) (Ef 4:2) (Col 3:12) (2 Ti 4:2) (He 6:12) (Stg 5:10) (1 P 3:20). El tercer texto contiene también el término anteriormente mencionado y se encuentra en la segunda epístola de San Pedro: *Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación* (2 P 3:15).

Una vez vistos los textos que hablan de la paciencia de Jesús, sus términos griegos y sus acepciones principales, estamos en condiciones de definir adecuadamente el concepto de paciencia.⁸⁸ Comencemos explicando el significado de las palabras más importantes por las que se traducen los términos griegos. La longanimidad es la entereza y elevación de ánimo frente a la adversidad. La perseverancia es la firmeza de ánimo o constancia en los propósitos o empresas. La paciencia es la abnegación con la que se soporta el sufrimiento o la espera. De la suma de estas tres actitudes frente a las cosas de la vida resulta la siguiente definición del concepto sobre la paciencia de Jesús: *La paciencia bíblica es una actitud de entereza, de ánimo elevado y de abnegación, que se manifiesta en un comportamiento de firmeza y constancia que nos hace mantener el rumbo del objetivo marcado soportando las adversidades más extremas.*⁸⁹

II. Manifestación de la paciencia de Jesús.

1. En la relación familiar.

⁸⁸ Cotidianamente se dice que alguien tiene paciencia cuando hace las cosas con lentitud, cuando come despacio o trabaja despacio, por ejemplo, pero esto no tiene nada que ver con la virtud de la paciencia sino con la flema o pachorra que es una actitud de tardanza o lentitud en las operaciones.

⁸⁹ Job es un ejemplo de paciencia en la Biblia (Job 5:11). Su paciencia consistió en mantenerse firme frente a la adversidad soportándola sin dejar de confiar en Dios (Job 1:20-22 y 2:9-10).

La Biblia está llena de datos que nos muestran que Jesús tuvo que hacer un permanente derroche de paciencia en la relación cotidiana con sus seres más íntimos y queridos.⁹⁰ Siendo un niño de apenas doce años tuvo que recordar a sus padres que no procedían con él de acuerdo a la naturaleza de su persona y obra (Lc 2:49). Más adelante, ya una vez comenzado su ministerio, tiene que frenar la intromisión de su madre en su ministerio (Jn 2:4). En vida de Jesús, sus hermanos fueron tan hostiles con Él en algunos momentos que Juan dice: *ni aun sus hermanos creían en Él* (Jn 7:5).⁹¹ El propio Jesús llegó a decir de los suyos que *no hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa...*, y el evangelista Marcos añade que Jesús *estaba asombrado de la incredulidad de ellos* (Mr 6:4,6).

La convivencia entre los seres humanos es tan complicada como complicadas son las actitudes y comportamientos humanos. No nos extrañe que, hablando de las relaciones entre los creyentes, el apóstol Pablo diga que debemos soportarnos con paciencia los unos a los otros (Ef 4:2). En todos los casos anteriormente mencionados, y en muchos otros que no mencionamos por razones de espacio, vemos como Jesús procedía con paciencia soportando actitudes de incredulidad, de incomprensión, de rechazo y de prejuicios. En cierta ocasión explicó algo que nos ayuda a comprender como procedía ante las actitudes negativas de los demás: *No resistáis al que es malo; antes a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos* (Mt 5:39-41)

2. En la relación con sus discípulos.

Los discípulos de Jesús fueron para él un permanente reto en la manifestación de su paciencia. En algunas ocasiones se tomaban la libertad de hacer cosas en el nombre de Jesús sin saber cuál era su opinión al respecto: *Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó* (Mr 10:13-16). En otras ocasiones le hacían peticiones en la que se veían sus pretensiones egoístas o se ponían a discutir de forma acalorada entre ellos (Mr 10:35-45). Algunas iniciativas de algunos discípulos ofendían constantemente la naturaleza de la persona y de la obra de Jesús (Mt 26:51-54).

3. En la enseñanza de los suyos o de las gentes.

La paciencia es muy necesaria para aquellos que tienen la responsabilidad de enseñar a otros, sean pastores, maestros o padres: *Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina* (2 Ti 4:2). Jesús, como buen maestro de la palabra que era, tuvo que ejercer la paciencia constantemente con aquellos que le escuchaban.

⁹⁰ La familia debería ser el ámbito de mayor consuelo y apoyo para vivir la vida cristiana, sin embargo, la mayor parte de las veces no será así, antes al contrario, será de tropiezo y de generación de permanentes discordias y conflictos (Mt 10:34-37).

⁹¹ Afortunadamente después de la muerte de Jesús algunos de sus hermanos no sólo creyeron en él, sino que además llegaron a ser destacados líderes en la Iglesia (Jud 1) cf (Mr 6:3)

Unas veces esta paciencia le llevaba a repetir varias veces la lección para que ésta fuera entendida (Mr 10:23-31); otras a hacer notar a sus discípulos que no prestaban la adecuada atención a sus enseñanzas: *¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos?* (Mt 16:9,11); y, en algunos casos, reprendía la falta de fe con la que algunos enfocaban la verdad expuesta (Mt 16:21-28).

4. En el trato de pecado.

Según el apóstol Pablo Dios soportó con mucha paciencia a los vasos de ira (Ro 9:22). Esto nos muestra que el trato con el pecado y los pecadores requiere una paciencia especial. Jesús la tuvo que tener constantemente, tanto con el pecado de los suyos como con el pecado de los fariseos y escribas. En sus discípulos el pecado se manifestaba a veces de forma tan contraria al espíritu del evangelio que Jesús llegó a decirles: *Vosotros no sabéis de qué espíritu sois* (Lc 9:55). Hubo una ocasión límite en la que Jesús tuvo que decir: *¿Hasta cuándo os he de soportar?* (Mt 17:14-20). Es necesario recordar, en este punto, que la paciencia de Dios tiene un límite en su trato con el pecado. Durante un tiempo Dios muestra su paciencia siendo *tardo para la ira y grande en misericordia y verdad* (Ex 34:6), esperando que se produzca el arrepentimiento (2 P 3:9), pero cuando el pecado llega a “su colmo” (Gn 15:16), entonces la justicia de Dios interviene y *en ningún modo tendrá por inocente al malvado* (Ex 34:7). Así no es de extrañar que en alguna ocasión Jesús tuviese que proceder con ira santa para reprender el pecado obstinado (Jn 2:13-17) (Mt 23)

5. En el trato de sus enemigos.

Las personas que no nos quieren bien intentan permanentemente sacarnos de quicio con sus constantes actitudes y comportamientos contra nosotros o contra aquello que apreciamos. Los fariseos y escribas se constituyeron en feroces enemigos de Jesús de modo que buscaban una y otra vez cómo hacerle caer o atraparle en algún fallo para acusarle ante el Sanedrín o ante Roma (Mt 12:38-42; 16:1-4; 22:15-21). En todos estos casos el Señor soportaba con paciencia sin límite sus capciosas preguntas, contestándolas de tal manera que dice el evangelista: *Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron* (Mt 22:22).

6. En el resultado de su ministerio y en la forma de llevar el dolor y el sufrimiento.

Cuando las cosas no salen según deseamos solemos perder la paciencia y nos comportamos nerviosamente o adoptando pautas de conducta pecaminosas. Desde un punto de vista puramente humano las cosas no le salían bien a Jesús en la última parte de su ministerio en la tierra⁹². Muchos de sus discípulos dejaban de seguirle (Jn 6:66). Los fariseos iban estrechando cada vez más el cerco en torno a

⁹² No debemos olvidar que todo lo que ocurrió en la vida de Jesús estaba dentro de la voluntad de Dios (Hch 2:22-23; 4:27-28) y estaba profetizado en sus detalles mínimos (Mt 26:54,56) (Hch 3:18), por tanto, cuando decimos “desde el punto de vista humano” queremos decir según puede verlo alguien que no toma en cuenta la voluntad de Dios.

él (Jn 7:45-52; 12:9-11). Sus discípulos más íntimos no entendían la naturaleza de la obra que había venido a realizar (Mt 16:22-23) o se enzarzaban en disputas necias (Mr 10:41). Judas le traicionaría vilmente (Jn 13:21-30). Pedro le iba a negar de forma vergonzosa (Jn 13:36-38). Consciente de que habría de ser juzgado de forma humillante (Mt 26:65-68) hasta terminar en una muerte atroz (Mt 27:26-31), se encontró en la más absoluta soledad (Mt 26:40-46), angustiado hasta el extremo de sudar gotas de sangre (Lc 22:39-46). En todos estos momentos soportó con enorme paciencia todo lo que se le venía encima afirmando *no sea como yo quiero, sino como tú* (Mt 26:39), consciente de cual era su misión en la tierra (Lc 19:10) y de cómo debía alcanzar ese objetivo (Mt 16:21).

III. Debemos ser pacientes como Cristo.

El texto que veíamos al principio nos enseña que debemos manifestar en nuestra vida la misma paciencia que mostró el Señor Jesucristo: *Y el Señor encamine vuestros corazones ... a la paciencia de Cristo* (2 Tes 3:5). El cristiano debe ser paciente en la relación cotidiana familiar (Ef 4:2), no dejando que ninguna cosa le desvíe del objetivo de amar a su esposa o de sujetarse ésta a su esposo (Ef 5:22,25). Los hijos deben obedecer a sus padres y ser instruidos con paciencia sin adoptar formas mundanas de comportamiento que generan iras (Ef 6:1,4). Debemos ser pacientes en el trato del pecado y la ignorancia (He 5:2), obrando con amor y mansedumbre en la espera de la obra de Dios en el corazón (2 Tim 2:25). Debemos esperar con fe y paciencia el cumplimiento de las muchas promesas de Dios (He 6:12) y no llenarnos de miedo o ansiedad frente a las cosas de esta vida (Mt 6:25-32,34). La paciencia nos debe mantener en el rumbo de la búsqueda prioritaria del reino de Dios en la confianza de que *todas las cosas, básicas para nuestra supervivencia,⁹³ nos serán añadidas* (Mt 6:33). Debemos ser pacientes y perseverar en el cumplimiento de la tarea que Dios nos haya encomendado (Ap 2:2-3), manteniendo encendido el fuego del primer amor (Ap 2:4-5).

La paciencia cristiana consiste en un aferrarse al timón del barco de nuestra vida, en medio de la tempestad que nos azota y amenaza zozobrar, y no permitir que éste se desvíe del rumbo de la voluntad de Dios: *Mi vida está de continuo en peligro, mas no me he olvidado de tu ley. Me pusieron lazo los impíos, pero yo no me desvié de tus mandamientos* (Sal 119:109-110). La paciencia nos lleva a despojarnos de todo aquello que nos puede impedir correr la carrera que conduce a la meta del reino de Dios (He 12:1). ¡Seamos pacientes como Jesús fue paciente!

⁹³ Dios ha prometido que una búsqueda prioritaria de las cosas espirituales, las cosas de arriba, nos hará recibir de él todas las demás cosas (Mat 6:33). Estas cosas abarcan todo aquello que es necesario o vital en todas las esferas de nuestra vida para que se produzca nuestro desarrollo integral como personas. Dios quiere cubrir, por tanto, nuestras necesidades espirituales, biológicas, afectivas, psicológicas, profesionales, sociales, morales, e incluso, lúdicas o recreativas y de esparcimiento.

Lección decimoquinta: El perdón de Jesús

TEXTO: (Lucas 5:17-26)

I. El concepto bíblico de perdón.

En el Nuevo Testamento encontramos cinco palabras que nos pueden ayudar a entender lo que significa el perdón en la Biblia. En primer lugar tenemos el sustantivo *αφεσις* = remisión (Mt 26:28) (He 9:22); libertad (Lc 4:18); perdonar (Hch 10:43), que denota un despido o liberación. En segundo lugar tenemos los verbos siguientes: 1) *απιημι* = dejar (Mt 4:11; 13:30; 19:14; 19:27); despedir (Mt 13:36); perdonar (Mt 6:12-14), primariamente significa enviar afuera, despedir. 2) *χαριζομαι* = dar (Lc 7:21) (Ro 8:32); perdonar (Lc 7:42), expresa la idea de otorgar un favor de forma incondicional. 3) *φειδομαι* = os lo quisiera evitar (1 Cr 7:28); ser indulgente (2 Co 1:23); perdonar (2 P 2:4), ahorrar, evitar el daño decretado. 4) *απολυω* = dejar (Mt 1:19); repudiar (Mt 5:31-32); despedir (Mt 15:23); soltar (Mt 27:15); enviar (Mr 8:3); perdonar (Lc 6:37), dejar a una persona libre como en un acto judicial.

A partir de todas las premisas anteriores llegamos a la conclusión de que perdonar es un acto judicial por el que indulgentemente se libera a alguno de la culpa de sus pecados para evitarle el daño del castigo que éstos merecen.

II. El perdón de Jesús.

1. El perdón es una prerrogativa divina.

La Biblia afirma que: *De Jehová nuestro Dios es... el perdonar* (Dn 9:9). Por lo tanto, el perdón aparece en las Escrituras como una manifestación del carácter clemente y misericordioso de Dios: *Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste.* (Neh 9:17). Dios perdona en su abundante gracia (Ef 1:7), y soberanía (Hch 8:22), a todos aquellos que acuden a él suplicando misericordia *Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; y líbranos, y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre* (Sal 79:9), arrepentidos de sus pecados y confesando ante él que no se merece nada más que su castigo:⁹⁴ *Padre he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo* (Mt 15:21). El arrepentimiento y la fe en Jesús que lo acompaña son dones que Dios concede por la obra de su santo Espíritu (Hch 11:18) (Jn 16:8) (Ef 2:8).

Sólo Dios puede perdonar el pecado (Lc 5:21) porque, siendo éste una ofensa tan grave contra él que hace merecer su castigo (Ro 1:32), solamente él

⁹⁴ Las palabras del ladrón arrepentido: *Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos...* (Lc 23:41), contrastan con las del que no lo estaba, que tan sólo buscaba librarse de las consecuencias temporales del pecado: *Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros* (Lc 23:39-41).

puede decir cuando considera que la ofensa ha dejado de serlo y el ofensor ha pasado a estar en paz con él. En su justicia Dios no puede pasar por alto el pecado sin castigarlo (Ro 1:18) y en su amor y misericordia no quiere la muerte del impío (Ez 18:23). Dios resuelve esto en Jesucristo su Hijo, mediante su entrega en sustitución del pecador culpable *he venido a dar mi vida en rescate por muchos* (Mr 10:45). *Dios... nos reconcilió consigo mismo por Cristo* (2 Co 5:18). Es por esta razón que la única posibilidad de perdón para el pecador está en el sacrificio vicario de Cristo *en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados* (Col 1:14) (Lc 24:47) (Hch 13:38). Como Dios y salvador que es, Jesús perdona los pecados de aquellos que se acogen a su obra redentora: *Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados* (1 Jn 1:9).

2. Sin fe ni arrepentimiento no hay perdón.

El mensaje del evangelio llama al arrepentimiento para perdón de pecados (Lc 24:47 (Hch 5:31), porque sin arrepentimiento Dios no perdona jamás el pecado⁹⁵ (Luc 13:3). Jesús dijo: *No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento* (Lc 5:32) (Lc 3:3). Siempre que hay arrepentimiento verdadero hay que presuponer la obra del Espíritu Santo creando las condiciones para esperar el perdón de Dios⁹⁶.

La fe en Jesús también es imprescindible para el perdón de pecados: *Al ver la fe de ellos, le dijo: Hombre tus pecados te son perdonados* (Lc 5:20-24). Por la fe en Jesús hacemos nuestro su sacrificio, hacemos su muerte nuestra muerte, hacemos sus dolores nuestros dolores (Isa 53:4-6), y nos son aplicados los beneficios que de todo ello se desprende: *Cristo ... murió por todos, luego todos murieron* (2 Co 5:14b), */.../ para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él* (2 Co 5:21b)

3. Consecuencias del perdón divino.

La fe en Jesucristo y el arrepentimiento para con Dios son los requisitos establecidos por Dios para recibir de él el perdón (Hch 20:21). Este perdón supone que nuestros pecados son borrados (Hch 3:19), o emblanquecidos (Isa 1:18). El acta de los decretos contrarios es anulada (Col 2:13). Los injustos son declarados justos *Ni yo te condeno; vete, y no peques más* (Jn 8:11). La relación rota es restaurada y hay gozo en el cielo (Lc 15:7,10,32). La condición de hijo es

⁹⁵ Este fue el caso de Judá, en tiempos de Joacim, que, en su rebeldía y obstinado camino, no se arrepintió a la predicación de los profetas enviados, *Jehová, por tanto, no quiso perdonar* (2 R 24:4).

⁹⁶ Esto no quiere decir que Dios perdone todos los pecados, o que perdone en todo tiempo de igual manera. Hay pecados que Dios no perdona jamás, como la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mt 12:31). Están los pecados que merecen la muerte física como castigo temporal pero que no conlleva el perder la salvación (1 Jn 5:16-17), y están los pecados que son perdonados en sus consecuencias eternas y temporales en el día del llamado al arrepentimiento (Isa 1:16-19) (Hch 2:38; 5:31; 26:18). Pero cuando este tiempo pasa Dios envía su juicio (Isa 1:20), y aunque al ser quebrantados por el castigo nos arrepintamos, sólo podremos esperar el perdón de las consecuencias eternas del pecado, no de las temporales, y tendremos que padecer el castigo enviado hasta sus últimas consecuencias (Mt 5:25).

recuperada (Lc 15:22-24), y, en definitiva, se llega a poseer la salvación (Lc 1:77).

III. Los cristianos debemos perdonar:

1. Es un mandato del Señor.

Las palabras de Jesús: *Perdonad, si tenéis algo contra alguno* (Mar 11:25a). Nos muestran que el perdón no es una opción, sino un deber del cristiano, cuando alguien viene ante nosotros suplicándolo *¿No debía tener tu misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?* (Mat 18:33). Debemos perdonar, por tanto, y al hacerlo debemos saber que nuestro perdón no tiene el mismo valor que el del Señor. Es decir cuando nosotros perdonamos un pecado a alguien no le estamos justificando de sus pecados ante Dios, de modo que éstos quedan perdonados también por él librándose de las consecuencias eternas y temporales de los mismos. Cuando perdonamos a alguno de una ofensa cometida contra nosotros no cambiamos su situación delante de Dios, sólo le dejamos en condiciones para buscar en Dios el verdadero perdón, a través de Jesucristo, el perdón que borra el pecado y nos libra de las consecuencias eternas. Por tanto, el perdón humano es un trámite que Dios exige de nosotros antes de que podamos presentarnos para buscar nuestro propio perdón de aquel que es el único que puede perdonar con el auténtico perdón (Mt 5:23-25 y 6:14-15).

2. De la misma forma en que Jesús nos perdonó a nosotros.

En nuestro trato y perdón del pecado ajeno debemos imitar a Jesús, a Dios: *De la manera que Cristo os perdonó, así...* (Col 3:13) (Ef 4:32). No debemos confundir el perdón del pecado con la actitud que debemos tener ante quien nos ha ofendido o defraudado. Nunca podemos tener una mala actitud con nadie, no importa la gravedad de la ofensa, nunca podemos odiar o tener rencor a alguien, nunca podemos dejar de ayudar o prestar socorro a alguien (Mt 5:38-48). El perdón no tiene que ver con la actitud, se puede tener la mejor actitud del mundo hacia una persona y no haberle perdonado su pecado porque no se ha arrepentido ni nos ha pedido perdón. En la Biblia el perdón siempre está condicionado al arrepentimiento: *Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale* (Luc 17:3). Quien pide perdón sincero al prójimo puede acercarse a Dios libremente independientemente de cómo haya sido tratado. Quien no pide perdón al prójimo no podrá acceder al favor y misericordia de Dios, no ha cumplido el trámite exigido por Dios.

¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? (Mt 18:21). Estas palabras nos sugieren dos cuestiones: Primera, identificar al ofensor y al ofendido: *¿Ha pecado realmente mi hermano contra mí? ¿No habré pecado solamente yo y le estoy atribuyendo la culpa a él? ¿No habremos pecado los dos?* Segunda, discernir sobre la realidad o falsedad del arrepentimiento⁹⁷: *¿Ha pecado*

⁹⁷ Por lo general, y en primera instancia, no somos llamados a juzgar las intenciones de las personas. Si alguien dice que está arrepentido y nos pide perdón, debemos creerle y perdonarle. Si

mi hermano diferentes veces con diferentes pecados o diferentes veces con el mismo pecado? ¿Puede quién está arrepentido genuinamente volver a pecar en el mismo pecado una y otra vez?

Es muy importante obtener respuestas adecuadas en los anteriores interrogantes pues de ello dependerá que acertemos en nuestro proceder ante Dios. No es lo mismo que yo crea que me han ofendido a mí que yo sea el ofensor. Si me han ofendido a mí me tendrán que pedir perdón, si he ofendido yo tendré que pedir perdón. Si hemos pecado los dos tendremos que pedirnos perdón los dos. Por otra parte siempre debo perdonar a mi hermano que cometiendo diferentes pecados contra mí me pide perdón *setenta veces siete* (Mt 18:22). Pero no debo perdonar a la ligera a quien reincide permanentemente en su pecado, no debo perdonar setenta veces siete la misma ofensa sin antes esperar a que se produzcan frutos dignos de arrepentimiento (Mt 3:8). No debo perdonar a quien sólo busca librarse de las consecuencias temporales de su pecado⁹⁸. Como administradores de los misterios de Dios debo ser hallado fiel (1 Co 4:1-2).

3. El perdón al prójimo es una condición para nuestro propio perdón.

El perdonar a quienes arrepentidos nos piden perdón es muy importante para nosotros mismos, de ello dependerán muchas cosas en nuestra relación diaria con Dios: *Si no perdonamos... tampoco Dios nos perdona...* (Mt 6:12-14). La parábola de los dos deudores plantea una cuestión vital, una persona que es rencorosa, justiciera y vindicativa en el trato del pecado ajeno, puede estar en la condenación de sus pecados: *Entonces su Señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a sus hermano sus ofensas.* (Mt 18:34-35).

vuelve a cometer el mismo pecado por segunda vez será legítima la duda, y si lo hace una tercera tenemos la obligación de administrar adecuadamente el perdón asegurándonos que no se trata de un engaño.

⁹⁸ El que de verdad está arrepentido se duele por su pecado, por haber ofendido a Dios y su prójimo; se duele por las consecuencias eternas de su pecado; se duele por el daño que ha podido causar y desea confesar su pecado y reparar en lo posible el perjuicio que ha podido ocasionar a otros, al tiempo que acepta sin reparos y sin queja el castigo temporal que le pueda sobrevenir. A estos Dios les muestra su misericordia y bondad (Lam 3:22-27), porque el Señor no desecha para siempre (Lam 3:31), antes se aflige, compadece y perdona según la multitud de su misericordia (Lam 3:32-33). El que no está arrepentido se duele sólo por las consecuencias temporales del pecado que le afectan a él. No le importa lo que Dios o su prójimo piensen de su pecado, ni el daño u ofensa producido, sólo le importa padecer el castigo que su pecado ha merecido y sólo quiere librarse de él. A éstos últimos Dios les dice que no se lamenten por el castigo sino por su pecado (Lam 3:39), que no se puede pecar de balde sin que la ira de Dios venga sobre nosotros (Lam 3:42-45), que escudriñen sus caminos y se vuelvan a Jehová (Lam 3:40), que levanten sus corazones y manos a Dios en los cielos (Lam 3:41).

PREGUNTAS DE LAS LECCIONES UNDÉCIMA A LA DECIMOQUINTA

Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las repuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.

Lección undécima.

1. ¿Qué semejanzas y diferencias existen entre la tentación de Jesús y la nuestra?
2. ¿Cuál fue el propósito por el cual Jesús se sujetó a la tentación externa?

Lección duodécima.

1. Defina la humildad y mansedumbre bíblicas.
2. ¿Cómo se humilló Jesús y qué respuesta encontró por parte del hombre?

Lección decimotercera

1. ¿Cómo era el amor de Jesús?
2. ¿Cómo debe ser el amor de los cristianos?

Lección decimocuarta.

1. Defina el concepto bíblico de paciencia.
2. ¿Cómo se manifestó la paciencia de Jesús?

Lección decimoquinta.

1. Defina el concepto bíblico de perdón.
2. ¿Cómo era el perdón de Jesús y cómo debe ser el nuestro?

Lección decimosexta: La bondad de Jesús

TEXTO: (Tito 2:7-8)

I. El concepto bíblico de lo que es “bueno” y de “bondad”.

Los dos términos más importantes en el griego para explicar el concepto de lo que es “bueno” son: 1) *αγαθος* que describe aquello que, siendo bueno en su carácter o constitución, es beneficioso en sus efectos: el árbol bueno tiene que dar frutos buenos (Mt 7:17); la tierra buena tiene que producir abundante fruto (Lc 8:8); y 2) *καλος* que denota aquello que es intrínsecamente bueno, y, así hermoso y honroso: El reino de los cielos es comparado con buenas perlas (Mt 13:45); el templo estaba adornado de hermosas piedras (Lc 21:5); Jesús convirtió el agua en buen vino (Jn 2:10).

Para el concepto “bondad” los términos que más aparecen en el Nuevo Testamento también son dos, siendo el primero de ellos *χρηστοτης* que significa “benignidad” o “bondad” en el sentido de aquello que es recto y justo en sí mismo: Dios es bueno o benigno para con nosotros (Ef 2:7) (Tit 3:4); entre los hombres no hay ni uno solo que sea bueno (Ro 3:12). El segundo término es *αγαθωσυνη* que tiene que ver con la bondad como cualidad: forma parte del fruto del Espíritu (Gá 5:22); los cristianos verdaderos están llenos de bondad (Ro 15:14).

De todo lo anterior se desprende que “bueno” es aquello que en su naturaleza, carácter o constitución, y en sus efectos, fruto o comportamiento, es beneficioso, agradable y bello. Asimismo, entendemos por bondad la manifestación externa de aquello que es bueno. Es decir, lo bueno se manifiesta siempre de forma benigna, justa y recta.

II. La bondad de Jesús.

1. Dios es bueno.

La Biblia repite una y otra vez que la bondad es una de las manifestaciones del carácter de Dios: *Bueno y recto es Jehová* (Sal 25:8); *Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia* (Sal 100:5); *Bueno eres tú y bienhechor* (Sal 119:68a); *Bueno es Jehová a los que en él esperan* (Lam 3:25); *Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia* (Nah 1:7). Como consecuencia de ello Dios procede siempre con bondad en todas las cosas que hace: *Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera* (Gn 1:31). Incluso cuando nos quebranta y aflige por nuestro pecado está procurando nuestro bien, como dice Pablo: *Su benignidad te guía al arrepentimiento* (Ro 2:4b).

2. Jesús era bueno.

Como Dios Jesús participa de la bondad divina en toda su plenitud⁹⁹. Todas las afirmaciones bíblicas de la bondad de Dios son afirmaciones, por tanto, de la bondad de cada una de las personas de la divinidad: El padre es bueno, el Hijo es bueno, el Espíritu Santo es bueno. Un texto interesante, en el cual podemos ver a toda la trinidad manifestando su bondad en la salvación del hombre, es (Tit 3:4-7): *Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.* La bondad del trino Dios se manifestó en el amor y la misericordia del Padre que da al Hijo, en la entrega sacrificial y salvadora del Hijo para justificación y vida eterna, y en la obra regeneradora y purificadora del Espíritu Santo que hace posible todo lo anterior.

La bondad de Jesús se manifestó ampliamente a lo largo de toda su vida, el apóstol Pedro, testigo de primera mano de los hechos de Jesús, afirmó inspirado por el Espíritu Santo que *Jesús de Nazaret ... anduvo haciendo bienes* (Hch 10:38). Ante la miseria y desgracia humana Jesús no se mostraba distante e indiferente, sino compasivo y misericordioso. Donde quiera que había una necesidad Jesús procuraba subsanarla con prontitud para traer la felicidad a las personas. Unas veces proveía vino para una fiesta de bodas (Jn 2:1-11), otras sanaba enfermos de todo tipo o endemoniados (Lc 4:40-41), otras daba de comer a una multitud de personas (Jn 6:1-15), otras resucitaba a un muerto (Jn 11:38-44). Lo importante en todo esto era la sensibilidad que Jesús tenía en percibir la miseria humana y los sentimientos que ésta le producían: *al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió* (Jn 11:33). Los actos de bondad de Jesús no eran meras acciones justas, hechas con el propósito de impresionar a las gentes,¹⁰⁰ sino la consecuencia de un

⁹⁹ Un texto que necesita una aclaración es aquel del evangelio en el que un joven rico se acerca a Jesús llamándole bueno: *Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?* La respuesta de Jesús es sorprendente para muchos: *Jesús le dijo ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno Dios* (Mr 10:18). ¿Qué está diciendo Jesús? ¿Qué él no es Dios y por tanto no es bueno? En primer lugar tenemos que decir que Jesús no está negando su naturaleza divina, subrayada constantemente por él en los evangelios (Jn 10:30; 14:8-11; 17:5), y también por sus apóstoles (Mt 1:23) (Jn 1:1-2) (Ro 9:5) (Tit 2:13), y, como consecuencia de ello, tampoco está negando su bondad. Para entender lo que quiso decir Jesús, es necesario tomar en cuenta el concepto tan liviano que los hombres tienen de la bondad, por el que se cree que hay hombres buenos de sí mismos: *Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad, pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?* (Pr 20:6). Frente a esto Dios dice en su palabra: *No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno* (Ro 3:12). El joven rico no sabía que Jesús era Dios, por lo tanto no podía ver en él más que a un hombre, a un maestro de Israel. Al llamarle “maestro bueno” está siguiendo la costumbre de tantos de atribuir al hombre una bondad que no se corresponde con la realidad de la universalidad del pecado (Ro 3:23), está mostrando su pobre concepto de la bondad, está ignorando que bueno, en sentido absoluto, sólo es Dios. Por lo tanto, con su respuesta, Jesús no pretende negar ninguna cosa en relación con su naturaleza sino reprender la idea equivocada de que la bondad genuina está presente en algunos hombres.

¹⁰⁰ En contraste los fariseos hacían buenas obras con el propósito de mostrarse a sí mismos como buenos y justos y obtener la alabanza de los hombres. En este exhibicionismo de bondad no había

corazón conmovido que se compadece y busca aliviar el dolor, acallar el llanto desconsolado, calmar el hambre o la sed, traer la paz al afligido, en definitiva, remediar las necesidades acuciantes del ser humano: *Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el fétetro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre.* (Lc 7:13-15) (Mt 9:36; 14:14; 15:32).

Pero la máxima expresión de bondad en Jesús estuvo en su obra redentora, él mismo dijo: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas* (Jn 10:11). Cualquiera puede dar o hacer cosas por los demás, sobre todo si hace o da de lo que le sobra (Mr 12:41-44). Pero cuando uno da o hace algo por los demás dándolo todo, dando aún la misma vida, entonces está manifestando una bondad y amor sin igual: *Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos* (Jn 15:13). Jesús mostró su bondad y amor para con el hombre en que *siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Flp 2:6-8). Es precisamente por esta entrega que Jesús consigue remediar la mayor y más acuciante necesidad que tiene el hombre, la necesidad de salvación. La muerte ya no es un feroz enemigo que nos enfrenta al terrible juicio de Dios, la eternidad no debe asustarnos ni inquietarnos con un destino incierto, en Jesús los creemos en él tenemos perdón de pecados y vida eterna (1 Co 15:55-57) (Jn 5:24).

Tristemente hay que decir que la ingratitud e impiedad del ser humano no le permite percibir siempre la manifestación de la bondad de Dios o de la bondad en general (Isa 5:20) (Miq 3:2). En el caso de Jesús, algunos de aquellos que oían sus palabras de esperanza y eran testigos de sus misericordiosas obras decían de él: *es bueno*; mientras que otros, ante las mismas cosas, decían: *no, sino que engaña al pueblo* (Jn 7:12). Esta diferencia de actitudes no debe sorprendernos, la misma Biblia nos muestra que un sentimiento tan maravilloso como la bondad puede despertar en el hombre sentimientos negativos como la envidia *¿... tienes tú envidia, porque yo soy bueno?* (Mt 20:15). Esto nos enseña algo muy importante: la virtud debe manifestarse independientemente del reconocimiento que los hombres puedan hacer de ella.

III. La bondad en el cristiano.

1. El cristiano debe ser bueno.

El hombre regenerado ve cambiada su mala naturaleza por otra nueva (2 Co 5:17), en la que el fruto del Espíritu Santo se manifiesta en una naturaleza benigna (Gá 5:22) (Ef 5:9). Un hijo de Dios es, como nos dicen las Escrituras de Bernabé, una persona buena: *era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe* (Hech 11:24); o, en palabras de Jesús, el cristiano es un *buen árbol* (Mt 7:17), o

sinceridad de corazón ante la miseria humana sino un uso de ella para conseguir el prestigio personal (Mt 6:1-18).

árboles de justicia, plantío de Jehová (Isa 61:3). Esto nos muestra que las disposiciones dominantes en la vida de un cristiano, como los pensamientos y sentimientos, deben ser buenas en sí mismas. Los sentimientos de un cristiano deben ser puros y limpios de toda maldad, no deben albergar actitudes de amargura, ira, rencor, orgullo, codicia, malicia, etc., sino benignas y misericordiosas (Ef 4:22-32). Los pensamientos de un cristiano deben ser puros y limpios de malas obras y de actitudes de mala conciencia, y deben estar llenos de todo lo que es bueno (Flp 4:8). Como consecuencia de esto, el móvil por el cual debemos hacer todas las cosas siempre tendrá que ser el adecuado. Nunca debemos hacer nada por envidia y contienda sino por buena voluntad (Flp 1:15); nunca pensando añadir aflicción a los demás sino por amor (Flp 1:16-17); nunca buscando lo propio sino lo que es de Cristo Jesús (Flp 2:20-21); nunca por interés esperando sacar provecho sino por generosidad (Jud 16) (2 Co 8:1-5). Las palabras del apóstol Pablo nos resumen cuál debe ser la disposición dominante en la vida de un hombre bueno: *El amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida* (1 Ti 1:5).

2. El cristiano ha de parecer bueno.

Quien es bueno ha de parecer bueno, quien es bueno tendrá que mostrar la bondad en todas sus obras, pues para esto nos ha salvado el Señor (Ef 2:8-10). Los creyentes de la Biblia eran personas buenas que vivían en buenas obras: *Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido quiere decir Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía* (Hch 9:36). Estas buenas obras son la consecuencia directa tanto de una tendencia del corazón, recibida en el nuevo nacimiento,¹⁰¹ como de una voluntad dispuesta siempre a *procurad lo bueno delante de todos los hombres* (Ro 12:17). Un cristiano siempre procura hacer lo bueno porque es consciente de que *al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado* (Stg 4:17).

La bondad de un hijo de Dios se debe manifestar en todas las esferas de la vida cristiana. Se debe manifestar en aborrecer lo malo y en seguir lo bueno (Ro 12:9), según lo cual, cada vez que un creyente rechaza el pecado actúa con bondad (Ap 2:2,6), cada vez que sigue algo que está dentro de la voluntad de Dios evidencia la bondad de su corazón (2 Cr 34:2). Por tanto, un buen creyente será alguien que busque la compañía fraternal de los hermanos en la fe¹⁰² (Sal 133:1), y que al abrir su boca para hablar con ellos, o con otros, hable cosas buenas y edificantes (Lc 6:45). Un buen creyente seguirá el consejo del apóstol Pablo a Tito, en el que primero se le pide algo: *... presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras...* a partir de ahí el apóstol explica las áreas donde tiene que manifestarse el ejemplo de buenas obras: *... en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable...* (esta lista no pretende ser exhaustiva), y concluye dándole una razón del por qué tiene que dar ese ejemplo de buenas obras: *... de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros* (Tit 2:7-8).

¹⁰¹ La Biblia dice que el árbol malo, el hombre no regenerado, no puede dar buen fruto, es decir no puede hacer buenas obras. El buen fruto, las buenas obras, sólo es posible darlo por el buen árbol, es decir por la persona que Dios ha llevado a nacer de nuevo (Mt 7:17-20).

¹⁰² Cuando Dios dice que algo es bueno un creyente lo busca y lo persigue mostrando con ello la bondad de su corazón y su total adhesión a la voluntad de Dios.

Lección decimoséptima: Jesús y la fe

TEXTO: (Hebreos 12:2)

Todo en la vida de un cristiano es por la fe, así nos lo enseña el apóstol Pablo cuando dice que *por fe andamos, no por vista* (2 Co 5:7). No es de extrañar que esto sea así, si nuestra vida cristiana comenzó con la fe es lógico pensar que se mantenga también por la fe. Fue por la fe que recibimos la salvación (Mt 9:22) (Mr 5:34; 10:52) (Lc 18:42). Es por la fe que recibimos la justificación de nuestros pecados (Ro 5:1). Es por la fe que recibimos las promesas de Dios (Gál 3:14). Es por la fe que Cristo habita en nuestros corazones (Ef 3:17). Para un cristiano la fe es tan importante que el apóstol Pablo llega a decir que *todo lo que no proviene de fe es pecado* (Ro 14:23). En este estudio veremos la relación que la fe tiene con Jesús y sus consecuencias para nosotros.

I. Jesús es el autor y consumidor de la fe

1. Jesús es el autor de la fe.

En la palabra se nos dice nos despojemos de todo para correr con paciencia la carrera de la vida cristiana. Esto será posible en la medida que tengamos *puestos los ojos en Jesús el autor y consumidor de la fe* (He 12:2). La palabra griega traducida aquí por “autor” es *αρχηγος*, cuyo significado es “principio”, por tanto, Jesús es el principio u origen de la fe cristiana. ¿Qué significa esto? Dos cosas:

En primer lugar, que Jesús es el autor de la fe o contenido de la esperanza de la Iglesia, es decir, aquello en lo que está basada nuestra fe, aquel conocimiento que hemos percibido de la salvación y que se puede expresar y formular mediante un credo o confesión de fe (Jud 3) (Gá 1:23) (Ef 4:13) (Flp 1:27) (1 Tes 3:10) (1 Ti 3:9; 4:1,6; 6:10,12,21). Cristo es el autor de esta “fe” en el sentido de que es su protagonista y su tema principal: El evangelio o buena nueva de salvación no es otra cosa que el evangelio de Jesucristo (Mr 1:1) (Ro 15:19) (1 Co 9:12) fe en su sangre (Ro 3:25).

En segundo lugar, que Jesús es el autor de la fe o capacidad espiritual necesaria para que un ser humano, limitado por sus sentidos y limitaciones carnales: *nadie puede venir a mí...* (Jn 6:44a), pueda percibir y apropiarse de ese contenido espiritual y trascendente *...sino le fuere dado del padre* (Jn 6:44b). Esta capacidad de ver y entrar en el reino de Dios es un don (Ef 2:8) que nos es dado

por el nuevo nacimiento (Jn 3:3-5).¹⁰³ Por la fe llegamos a conocer quien es Jesús (Jn 6:69); por la fe llegamos a creer en el evangelio (Mr 1:15); por la fe llegamos a entender las cosas profundas (He 11:3).

2. Jesús es el consumidor de la fe.

En el mismo texto de Hebreos 12:2 se dice que Jesús es el consumidor de nuestra fe. El término griego empleado es *τελειωτης* (He 12:2), que significa “acabar”, “perfeccionar”, “cumplir”. Con estas palabras se nos está diciendo que en Cristo se encuentra todo aquello que debemos creer para nuestra salvación, nada hay que añadir ni quitar (Ap 22:18). Él es el *Alfa y la Omega, principio y fin ... el que es y que era y que ha de venir* (Ap 1:8). No nos hace falta una obra aparte de la suya: *pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios ... con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados* (He 10:12,14); ni una revelación aparte de él: *Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema* (Gá 1:9); pues todo en Él nos ha sido dado. No nos extrañe que Jesús exclamase en la cruz: *Consumado es* (Jn 19:30).

II. Jesús es el objeto de la fe

1. La fe es en la persona de Jesús.

Jesús enseñó una y otra vez que el objeto de la fe era él mismo: *Por la fe que es en mí* (Hch 26:28). Los apóstoles repitieron lo mismo: *La fe que es en Jesucristo* (Hechos 24:24) (2 Ti 3:15). Sólo la fe en Jesús produce salvación: *Cree en el Señor Jesucristo y será salvo* (Hch 16:31); Vida eterna: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna* (Jn 3:36) (Jn 3:16); Justificación de nuestros pecados: *Justificados por la fe de Cristo* (Gá 2:16); *Para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados* (Hch 26:18). Sólo la fe en Jesús no constituye en Hijos de Dios: *Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús* (Gá 3:26).

No podemos creer en ninguna otra persona para salvación que no sea en Jesús.¹⁰⁴ *Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el*

¹⁰³ La fe como don de Dios es una de las consecuencias del nuevo nacimiento: *Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos* (1 P 1:3). Nótese en el texto anterior la relación causa-efecto entre el nuevo nacimiento y la esperanza “*nos hizo renacer para una esperanza viva*”. Que esta es la enseñanza general de las Escrituras puede verse en textos como (Ef 1:17-20) en el que la fe aparece como la obra del Espíritu Santo en el creyente alumbrando los ojos del entendimiento, según la operación del poder de su fuerza, para saber cuál es la esperanza a que Dios nos ha llamado en Jesucristo. El instrumento que usa el poder del Espíritu Santo para producir el nuevo nacimiento (Jn 3:3-5) es la palabra de Dios: *La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma* (Sal 19:7) (1 P 1:23); la fe también es producida en el hombre por la palabra de Dios: *Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios* (Ro 10:14-17) (Jn 4:41).

¹⁰⁴ Creer en otra persona, entidad o cosa, aparte de Jesús, como lo hace el catolicismo, es no confiar plenamente en Jesús, es tener el corazón dividido. Dios no quiere que las personas se

cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos. (Hch 4:12). No podemos adorar ni honrar a nadie que no sea Dios (Mt 4:8-10), no podemos tener ningún mediador para con Dios que no sea Jesús:¹⁰⁵ *Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1 Ti 2:5). No hay otra forma de llegar a Dios sino por Jesucristo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí* (Jn 14:6).

2. La fe es en la palabra de Jesús.

Creer en Jesús es creer en su palabra tal y como encontramos en las palabras de aquel creyente que dijo: *Di la palabra, y mi siervo será sano* (Lc 7:1-10). Para aquel hombre la palabra de Jesús tenía el poder de devolver la salud y la vida. Un creyente en Jesús debe creer que de su palabra mana el poder y la gracia.¹⁰⁶ Esto le lleva a escucharla, considerarla y obedecerla.¹⁰⁷ En cierta ocasión otro creyente en Jesús acudió a él demandando una gracia y Jesús le dijo: *Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue* (Jn 4:50). Creer en Cristo es fácil, hasta los demonios creen de alguna manera en él,¹⁰⁸ lo que les lleva a arrodillarse ante Jesús y creer que es el Hijo de Dios (Mr 5:6-7). Pero creer a la palabra de Cristo y ser consecuente con ella obedeciéndola¹⁰⁹ es una demostración enorme de verdadera fe. Si no veamos las palabras de Jesús en el caso mencionado más arriba: *Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía. Os digo que ni aún en Israel he hallado tanta fe* (Lc 7:9).

Jesús es el autor y consumidor de la “fe” que debemos creer, es decir de aquello que debe ser el contenido de nuestra esperanza. Para salvación y vida eterna no debemos creer otra cosa que no sea en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Jesucristo es el autor de la capacidad espiritual o “fe” con la que nos apropiamos de ese contenido o esperanza salvífica. ¡Jamás nos ensoberbecamos por lo que somos, pues todo es por gracia!¹¹⁰ Jesús es el único en quien debemos

acerquen a él con una fe compartida (1 R 18:21) (Mt 6:24), Dios quiere todo nuestro corazón (Mt 22:37), quiere ser el primero (Mt 10:37). Sólo es posible tener la salvación mediante la confianza en Cristo (Jn 3:14-15, 16, 18, 36; 4:14, 42; 8:12; 10:9, 11; 11:25; 14:6).

¹⁰⁵ No podemos dar culto y adorar a los ángeles (Ap 22:8-9); no podemos adorar ni honrar a los “santos” (Hch 14:11-15). Tampoco pueden los ángeles o las santos creyentes que están en el cielo mediar por nosotros ante Dios porque Dios mismo ha querido que nuestro acceso a él sea directo por el sacrificio y obra permanente de Jesucristo (He 10:19-21). Cuando un creyente necesita algo de Dios sólo tiene que acercarse a él por los méritos de Jesucristo y en santidad y pureza de vida (He 10:22)

¹⁰⁶ El poder de Dios se manifiesta a través de su palabra: Dios creó el mundo con el poder de su palabra: *Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios* (He 11:3); Dios sustenta su creación con el poder de la palabra: *Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder* (He 1:3); Jesús resucitó a Lázaro y a la hija de Jairo con el poder de su palabra (Jn 11:43-44) (Lc 8:54-55); Jesús calmó el viento y la tempestad con el poder de su palabra (Mat 8:26); Jesús sanaba a los enfermos con el poder de su palabra (Mr 1:40-42; 9:25-26).

¹⁰⁷ Toda la Biblia nos muestra la relación de fe y obediencia que existe entre un hijo de Dios y su palabra (Jos 1:7-8) (Sal 119:1-16) (Jn 8:47; 12:47-50; 14:21-24) (Stg 1:22-25) (1 Jn 2:4-5) (Ap 1:3).

¹⁰⁸ *Tu crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan* (Stg 2:19).

¹⁰⁹ La fe en Cristo sin una obediencia consecuente con la voluntad y palabra de Dios no sirve para nada: *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt 7:21).

¹¹⁰ (1 Co 4:7; 15:10) (Lc 18:9-14).

creer, sólo en él debemos poner nuestra mirada espiritual, nuestra confianza. ¡Sólo en su palabra debemos creer y vivir!¹¹¹

¹¹¹ (1 Ti 6:3-5)

Lección decimoctava: La ira de Jesús

TEXTO: (Juan 2:13-17)

I. La ira de Jesús

1. Descrita sin complejos por los apóstoles.

Los apóstoles nos muestran, si rodeos y sin tapujos, como Jesús se enojaba en ciertas situaciones y circunstancias, muestra de ello es aquella que cita del evangelista Marcos: *Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Entiende tu mano...* (Mr 3:5a). Pero quizás el pasaje más conocido de todos, sobre la ira de Jesús, es aquel en el que, ante el asombro de propios y extraños, hace un azote de cuerdas y echa fuera del templo de Jerusalén a los cambistas de monedas y a los que vendían animales para los sacrificios (Jn 2:13-17).

2. Actitudes erróneas ante la ira de Jesús

Las manifestaciones de ira por parte de Dios no siempre han sido bien entendidas por parte de los cristianos (Ro 9:20-24). Por una parte está quienes, interpretando las cosas a su manera, usan esos pasajes como apoyo y justificación para cualquier forma de enfado o de ira humana: *“Jesús también se enfadaba”*, dicen., *“incluso cogía el látigo”*, añaden. Por otra parte está quienes consideran la ira de Jesús como algo que necesita excusas y justificación. Para ellos es como una especie de mancha o punto débil en su carácter y no les agrada pensar demasiado en ello, o, sencillamente, destierran el asunto del pensamiento creyendo que éste no es compatible con el amor y la bondad de Dios.

3. Entendiendo correctamente la ira de Jesús

Nunca debemos rechazar algo que la Biblia diga sobre cualquier asunto porque nuestra mente no sea capaz de entenderlo. La verdad de Dios no necesita nuestra aprobación para ser verdad. La Biblia afirma categórica y rotundamente que la ira es una de las perfecciones divinas que Dios quiere mostrar al hombre: *¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción...?* (Ro 9:22). Por tanto la ira forma parte de los atributos o cosas invisibles de Dios que se revelan a través de la creación (Ro 1:18-20). Según el texto anterior la ira de Dios es la forma en que él tiene de manifestarse *contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.* v.18. Un texto que describe de forma muy viva la ira de Dios como reacción vengadora frente al pecado se encuentra en (Dt 32:39-43).

La ira de Dios no es producto de un enfado rápido en afectación negativa de sentimientos y en discernimiento dudoso de las circunstancias, sino una actitud reflexiva y santa ante una situación que demanda de su parte una intervención justa (Sal 95:8-11). Este texto es muy interesante porque en él Dios asegura que, frente a una situación de recalcitrante pecado por su pueblo, en la estuvo esperando pacientemente durante cuarenta años que se produjera un cambio, llegó el día en que decidió dar el pago a semejante rebeldía privándoles del reposo prometido, lo cual jura por su furor: *Por tanto juré en mi furor que no entrarían en mi reposo* v.11. De esta manera equipara así su ira a las otras perfecciones suyas por las que él suele hacer juramento: *Jehová el Señor juró por su santidad: He aquí, vienen sobre vosotros días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador* (Am 4:2). Por tanto la ira es una perfección divina, igual que lo es la santidad, por la que Dios muestra que no es indiferente ante el pecado y el mal, sino que lo aborrece y juzga severamente (Pr 6:16-19) (Ro 2:5,8) (Col 3:5-6). La indiferencia ante el pecado sí es una grave falta moral que produce tolerancia y participación del mal: *Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos* (Ap 2:20). Otro texto interesante es (1 S 2:29b-30; 3:13), en el cual vemos como la tolerancia del pecado trae trágicas consecuencias en el ámbito familiar, social y religioso.

Si analizamos los textos citados al principio veremos como la ira de Jesús era una ira santa y justa que se manifiesta también santa y justamente en situaciones que hacían necesaria la desaprobación divina del pecado del hombre. En ambos textos se están produciendo situaciones de injusticia que clamaban al cielo. En el primero de ellos (Mr 3:1-6) los fariseos estaban una vez más acechando a Jesús para ver si hacía o decía algo con qué poder acusarle. La ocasión se les presenta un sábado, al encontrarse un hombre enfermo en la sinagoga: *y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle* v.2. Jesús dándose cuenta de las actitudes de éstos les pregunta si creen que los mandamientos de Dios nos impiden hacer el bien o salvar la vida a una persona en algún momento, ante lo que ellos, no pudiendo responder, callan. Estaban tan endurecidos en sus corazones que no discernían entre la verdad y sus prejuicios. Habían llegado a tener una visión de la religión tan retorcida que eran indiferentes a las necesidades del prójimo. Se tenían por fieles, santos y obedientes a la Ley de Dios, pero no mostraban misericordia alguna ante el dolor y miseria ajena. En cierta otra ocasión Jesús les dijo: *Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio...* (Mt 9:13a). Es en este contexto que Marcos nos dice que Jesús estaba enojado y entristecido. ¿Cómo podía el Señor ser indiferente ante semejante perversión de sus cosas? No sólo no se compadecían ni tenían misericordia del hombre enfermo sino que estaban acechando con malicia para acusar a quien pudiera compadecerse de él. ¡Era el colmo de la maldad! En este caso la reacción del enojo de Jesús fue contrastarles con la verdad, hacer lo que era justo por su parte y dejarles en su ceguera y visión retorcidas de las cosas.

El segundo texto (Jn 2:13-17) nos habla de una situación semejante. El templo o casa de Dios había sido convertida en un mercado. Las autoridades del templo y algunos mercaderes obtenían beneficio de las cosas sagradas,

aprovechándose de la fe y devoción de las gentes.¹¹² Era un espectáculo lamentable ver la casa de Dios, que debía ser “morada de Dios” y “casa de oración” (1 R 8:12-66), convertida en una cueva de ladrones. Ante esta situación indignante Jesús se enojó y: *haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado.* (Jn 2:15-16a). En esta ocasión la reacción de Jesús fue manifestar su ira mediante la condena de lo sucedido con duras palabras de reprensión y quitando el mal mediante la fuerza y la violencia del “látigo”. La ira de Dios expresada en castigo procede siempre de su santidad que no tolera el pecado, de su justicia que hace necesario el castigo y de su amor que intenta corregir a la criatura (Pr 3:11-12). Por tanto en este caso hemos de ver en Jesús un comportamiento frente al pecado de santidad que aborrecía el mal que había en la casa de Dios; de justicia que hacía necesaria su intervención para reprender ese mal; y de amor que le llevaba a mostrar una salida para el pecado y la recta forma de proceder en la casa del Padre. El castigo con vara no es muy popular, hay cristianos incluso que se jactan de no haber castigado nunca físicamente a sus hijos, y así son éstos; sin embargo la Biblia dice lo contrario (Pr 13:24-25; 20:30; 22:15; 23:13-14). Esto no quiere decir, por otra parte, que se recurra a la vara por cualquier causa o que se haga desde la saña y la brutalidad, cuando así se hace se provoca a ira a los hijos (Ef 6:4). En Dios está la medida justa de las cosas: se debe ser lento para la ira (el castigo) y grande en misericordia (disposición a perdonar y a dar oportunidades) (Sal 145:8).

II. Aprendiendo de la ira de Jesús

De la ira de Jesús aprendemos muchas cosas para aplicar en las distintas áreas de nuestra vida. En primer lugar que debemos aborrecer el pecado (Apoc 2:6), sin participar jamás de él mostrando indiferencia o tolerancia (Ef 5:11). Debemos enfadarnos con los pecadores con ira santa (Ef 4:26-27)¹¹³, mostrándoles nuestro desacuerdo por sus acciones (Gá 2:11), sin que esto nos

¹¹² Mediante un entramado astuto y retorcido se había montado un lucrativo negocio en el mismo templo de Jerusalén que mostraba la corrupción espiritual en que se encontraban las altas jerarquías de Israel. La cosa comenzó con una norma establecida por las autoridades del templo por la que las ofrendas animales para los sacrificios no podían comprarse con moneda gentil o romana sino con la moneda hebrea. Esto hacía necesario el cambio de la moneda de uso común, la romana, por la hebrea usada, solamente para comprar las ofrendas. Esto favoreció el que los cambistas y vendedores de animales se fuesen acercando cada vez más al templo, consiguiendo al fin, mediante el pago de la correspondiente comisión, instalarse dentro de él. Entre los dirigentes se había sustituido la fe por el interés y el fervor por el ánimo de lucro, y entre el pueblo había un malestar generalizado porque eran conscientes de que se estaban aprovechando abusivamente de ellos.

¹¹³ El texto nos está permitiendo enfadarnos frente a cualquier forma de mentira o injusticia, pues dice “*airaos*”, pero esto no es una licencia que nos permita airarnos de cualquier forma. La clave de cómo debemos entender estas palabras están en las palabras que siguen: “*pero no pequéis, no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo*”. Por tanto el texto está prohibiendo cualquier forma de enfado en la que se comete pecado: Juicio, odio, rencor, violencia, etc. En otras palabras está prohibiendo que el enfado sea de la noche o de las tinieblas, es decir en el ámbito del mal, porque entonces daremos lugar al diablo. Caín se enojó con Abel en pecado (Gn 4:8), Esaú se airó pecaminosamente contra Jacob (Gn 41), Simeón y Leví se enfadaron en la carne contra Amor (Gn 34), en todos estos casos, y en otros muchos que podríamos poner, el enfado sólo sirvió para producir daño, muerte, dolor, separación, odios, etc.

lleve a afectarnos negativamente con ellos y entremos en discordias o rencores infructuosos (Ef 4:29-32). Debemos ser lentos en aplicar la justicia del castigo (Gál 6:1) y ser prontos para perdonar y conceder oportunidades (Mt 5:38-41). En algunos casos tendremos que hablar con palabras de amor y comprensión (Jn 8:10-11) (2 Co 2:1-11); en otros tendremos que reprender con severidad y dureza (Mt 23) (Hch 8:18-23) (1 Tim 5:20); y en otros casos tendremos que recurrir a la disciplina para frenar el mal (Jn 2:13-17) (1 Co 5:13). En cualquier caso debemos vencer el mal con el bien (Ro 12:20-21), debemos corregir esperando arrepentimiento (2 Ti 2:25), y jamás vengarnos nosotros mismos sino dejar lugar a la ira de Dios (Ro 12:17-21).¹¹⁴

¹¹⁴ Debemos tener cuidado con las venganzas encubiertas. Imaginemos a una persona que odia a su vecino y aprovecha que éste se hace una casa sin solicitar el correspondiente permiso de obras y le denuncia consiguiendo con ello que la autoridad le aplique la ley y le sancione parándole la obra. Aunque el vecino estuviera cometiendo un delito, y aunque sea justo lo que ha hecho la autoridad, por parte del denunciante sólo ha habido un acto de venganza que Dios tomará en cuenta.

Lección decimonovena: Jesús el “yo soy”

TEXTO: (Juan 8:21-30)

I. Yo soy el que soy

1. El nombre de Dios.

El nombre¹¹⁵ de Dios en hebreo es YHWH¹¹⁶ y es un simple indicativo, o un indicativo causativo del verbo “ser/estar”, con el significado de “el está vivo, presente, activo” o hace “existir”, y la fórmula en que se da a conocer el nombre: *Yo soy el que soy* (Ex 3:14) significa ya sea “yo revelo mi presencia activa como y cuando quiero”, o “hago acontecer lo que elijo que acontezca”. En el marco de (Ex 3:20) esto se refiere tanto a los acontecimientos del éxodo como aquellos en los que Yahvé está presente activamente (y que deliberadamente ha hecho que acontezcan), como también a la interpretación que precede (Ex 3:1-4,17; 5:22 a 6:8) de aquellos acontecimientos garantizados a Moisés. Yahvé es, así, el Dios de la revelación y de la historia y en particular se revela como el Dios que salva a su pueblo (de conformidad con la promesa del pacto) y que derriba a los que se oponen a su palabra.

2. Un nombre que expresa soberanía.

Por abundante que sea este conocimiento revelado de Dios, con todo, en el nombre divino hay un claro elemento de reserva. La fórmula *Yo soy el que soy* en sí misma no expresa más que el hecho de que Dios conoce su propia naturaleza:

¹¹⁵ En la actualidad el criterio por el que se pone nombre a una persona es el gusto de los padres. Este gusto está influido por modas (poner el nombre de algún famoso, de personajes de la antigüedad local, etc.) o por costumbres populares o religiosas (poner el nombre de algún ascendiente, de algún santo siguiendo el calendario del santoral, poner un nombre bíblico, etc.). En la Biblia las cosas eran bien diferentes, el nombre de una persona no es algo estático, una especie de rótulo diferenciador, sino algo dinámico que moldeará a su recipiente de modo que su vida expresará lo que el significado del nombre declaraba. En las Escrituras encontramos siete causas de asignación del nombre a una persona: 1) La posición: Adán pone a su mujer el nombre de varona (Gn 2:23) que indica una posición frente a él de igualdad y complemento. 2) La ocasión: Eva pone a su primogénito el nombre de Caín, porque interpreta que éste le fue dado por la voluntad de Dios (Gn 4:1). 3) El acontecimiento: Dios confundió la lenguas de aquellos que soberbiamente construían una torre en la llanura de Sinar, por ello a la torre se le llamó Babel: confusión. 4) La circunstancia: Isaac recibió su nombre como consecuencia de la risa de sus padres (Gn 17:17; 18:12; 21:3). Al niño salvado de las aguas se le puso por nombre Moisés (Ex 2:10). 5) La transformación: Después de la caída la posición de la mujer cambia por la maldición de Dios (Gn 3:16) y el hombre cambia el nombre de la mujer por el de Eva que expresa el destino a que él la sometería (Gn 3:20). La conversión hace que Saulo cambie su nombre por el de Pablo (Hch 13:9). 6) Lo predictivo y admonitorio: Los hijos del profeta Isaías reciben nombres que profecías (Is 7:3; 8:1-4,18). 7) Lo precatatorio y teofórico: (1 S 25:25).

¹¹⁶ Aunque el hebreo no tiene vocales, la forma más correcta de pronunciar el nombre de Dios es Yahvé y no Jehová.

es una fórmula que habla de la soberanía de Dios en la revelación de sí mismo. Si hay algo que deba darse a conocer, es él quien tiene que hacerlo; Dios dará a conocer únicamente aquello que le plazca dar a conocer (Gn 32:29) (Jue 13:17). Este conocimiento de su nombre no confiere ningún poder mágico a quien lo posee¹¹⁷, pero coloca a las personas en una relación enteramente nueva con Dios por la que se entra en una relación de intimidad o proximidad con él que conlleva el ser receptores de su gracia y misericordia (Ex 33:12,18-19) (Jn 17:6).

3. Consecuencias de la revelación del nombre de Dios .

La relación entre Dios y aquellos a los que él se ha revelado, colectiva o individualmente, se describe como una “invocación de su nombre” (2 Cr 7:14) (Isa 43:7) (Jer 14:9; 15:16) (Am 9:12), y Dios les responde o actúa “por amor” o “a causa” de su nombre” (Ez 20:9,14,22,24), por medio de las obras con las cuales se hizo “nombre grande” (2 S 7:23) (Neh 9:10). El nombre resulta ser de esta manera un modo sumario de declarar lo que Dios es para otros, permitiéndoles conocer su nombre (dándoles acceso a su comunión). Frecuentemente Dios emplea expresiones en las que relaciona su nombre *Yo soy el que soy*, con alguno de sus atributos o de sus obras: *Yo soy vuestro Dios* (Lv 18:12), el único Dios (Dt 32:39) (Is 44:6) (Isa 45:22). *Yo soy tu salvador* (Is 43:3), el que borro tus rebeliones (Isa 43:25). *Yo soy tu consolador* (Isa 51:12).

4. Un nombre que no puede tomarse en vano:

El tercer mandamiento de la Ley de Dios prohíbe tomar el nombre de Dios en vano (Éx 20:7). Si tomamos en cuenta que el nombre de Dios nos habla de Dios mismo (Sal 20:1-5) (Joel 2:32) (Miq 4:5), tomar en vano el nombre de Dios es tomar en vano o en falso a Dios. Por tanto el tercer mandamiento de la Ley de Dios prohíbe jurar¹¹⁸ en falso por el nombre de Dios (Lv 19:12); hacer votos y no cumplirlos (Ec 5:1-6) (Sal 66:13-14; 61:8); usar el nombre de Dios de forma vana o inútil mediante blasfemias (Sal 139:20), repeticiones absurdas en el hablar o en las oraciones (Mt 6:7); decir que se es cristiano y mostrar lo contrario en la vida (Mr 7:6-7); decir: “Dios me ha mostrado” o “el Señor me guía”, para legitimar opiniones, deseos o criterios personales (Jn 16:13) (Dt 18:20).

II. Jesús y el “yo soy”

1. Los “yo soy” de Jesús que nos hablan de la naturaleza de su obra.

Frecuentemente Jesús empleó las palabras “yo soy” para hablar de la naturaleza de su obra redentora: *Yo soy el pan de vida... yo soy el pan vivo que*

¹¹⁷ Los antiguos paganos creían que el conocimiento del nombre de un dios confería algún poder sobre dicho dios a quien lo poseía (Hch 19:13ss).

¹¹⁸ En cuestiones de controversia personal no debemos jurar nunca (Mt 5:34-37). El juramento legítimo es aquel que no es solicitado por una autoridad (Nm 5:19) (Éx 22:10-11), en el nombre de Dios (Dt 6:13) (Jer 12:16) (Isa 65:16).

descendió del cielo (Jn 6:48,51); *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8:12); *Yo soy la puerta de las ovejas* (Jn 10:7); *Yo soy el buen pastor* (Jn 10:11); *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11:25); *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida* (Jn 14:6); *Yo soy la vid verdadera* (Jn 15:1); *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin* (Ap 1:8,17; 21:6; 22:13,16); de ellos hablaremos en los capítulos siguientes. Pero hubo algunos “yo soy” empleados por Jesús que eran muy significativos por no ir acompañados de ninguna palabra o frase a continuación, tenían que ver con la naturaleza de su persona:

2. Los “yo soy” que nos hablan de la naturaleza de su persona.

El más importante de estos textos se encuentra en unas palabras de Jesús a sus discípulos: *Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis* (Jn 8:24). Según este texto, es vital que los discípulos crean que Jesús es “yo soy”, si no lo creen no serán salvos sino que morirán en sus pecados. Esto nos muestra que lo que encierra esta expresión, acerca de Jesús, no es cualquier cosa, es algo en lo cual descansa nuestra salvación o nuestra condenación. Es la afirmación de quien fue realmente el Jesús histórico, el Jesús de la Biblia, es la afirmación de su divinidad. No podemos creer cualquier cosa de Jesús, debemos creer que el es “yo soy”, que es Yahvé Dios. Toda la Biblia nos dice que la salvación está en creer en Jesús (Jn 3:16, 36), pero debemos creer que Jesús es Dios manifestado en carne, si no creemos esto, si no creemos que es “yo soy” o Yahvé, moriremos en nuestros pecados. Lo más grande que puede ocurrirle a una persona es conocer y entender a Dios (Jer 9:24).¹¹⁹ Jesús es Dios, por tanto creer en Jesús es algo que tiene que ver con el conocimiento y entendimiento de que él es Dios. Quien no cree en la divinidad de Jesús no cree en el verdadero Jesús, y quien no cree en el verdadero Jesús no tiene la salvación.¹²⁰

3. Los “yo soy” que nos caracterizan su divinidad.

Los demás textos donde aparece esta expresión se enfatiza algún aspecto de la divinidad de Jesús: Su poder: No hay nada que temer a la muerte estando con Jesús porque él es Dios: *Más él les dijo: Yo soy; no temáis* (Jn 6:20); Su real sacerdocio: La entrega sacrificial y obediente del Hijo para expiación de los pecados es la entrega de aquel que puede satisfacer la justicia divina: *Cuando*

¹¹⁹ El conocimiento de Dios es una gracia que Dios da al hombre: *Y les daré corazón para que me conozcan que soy Yahvé; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón* (Jer 24:7)

¹²⁰ Un cristianismo que no da importancia al contenido de la fe es un cristianismo relativista. En las Escrituras encontramos que no da lo mismo creer cualquier cosa, existe una verdad en la que hay que creer al tiempo que se rechaza y condena el error. Para el apóstol Juan quien no creía en la naturaleza humana de Jesús era del espíritu del anticristo (1 Jn 4:1-3), quien tenía una doctrina diferente a la enseñada por Jesús o sus apóstoles era un engañador, no debía ser recibido en casa y decirle bienvenido, pues quien lo hacía participaba de sus malas obras (2 Jn 7-11). Para Pablo era muy importante la sujeción a la enseñanza de Jesucristo sin enseñar otra cosa, quien lo hacía mostraba que estaba envanecido, que nada sabía y que deliraba (1 Ti 6:3-5). Una y otra vez reiteraba que se debía seguir la sana doctrina (Tit 2:1), y evitar el error que provenía de hombres mentirosos, corrompidos, que profesaban conocer a Dios, pero que le negaban con los hechos (Tit 1:12-16). Profetizó que en los postreros tiempos las gentes no podrían soportar la sana doctrina, antes al contrario, desearían seguir el error y las historias humanas (2 Ti 4:2-4).

hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hago (Jn 8:28); Su eternidad hace que él pueda ser la misma esperanza para todos los que han de ser salvos: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy (Jn 8:58); Su presciencia le lleva a anticipar su gracia de modo que nada pueda sorprender a los suyos: Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy (Jn 13:19); Su majestad y santidad debe ser temida por aquellos que se enfrentan a él desde el pecado: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno, Jesús les dijo: Yo soy ... cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra (Jn 18:4-6). Todos estos textos no hacen más que corroborar la verdad que venimos afirmando: Jesús es Dios, es Dios todopoderoso, soberano y eterno, debemos creer en él como tal, como el “yo soy”, y creyendo tendremos el perdón de pecados y la vida eterna.

Lección vigésima: Yo soy el Cristo

TEXTO: (Juan 4:7-42)

I. La expectativa mesiánica

1. El Mesías en la profecía.

La profecía hablaba del Mesías como alguien que vendría de parte de Dios para traer justicia: *He aquí mi siervo ... él traerá justicia* (Is 42:1-6), y salvación: *En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé* (Is 42:7-9; 49:8-11), tanto al pueblo de Dios, los judíos (Is 49:12-22), como al resto de las naciones (Is 42:1; 54:1-14). La salvación que obtendría mediante su entrega en sacrificio expiatorio ... *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros ...* (Is 52:13 al 53:1-7), daría fruto alcanzando a una muchedumbre incontable de gentes: *su generación ¿quién la contará?* (Is 53:8-12).

La profecía sólo incluía datos sobre las grandes líneas de actuación del Mesías, sino que abundaba en detalles sobre diferentes aspectos de tipo menor. En ella se decía que nacería de una virgen (Is 7:14), en Belén de Judea (Mi 5:2). Se decía que tendría que marchar a Egipto (Os 11:1), para eludir la matanza de los niños en Belén por mano de Herodes (Jer 31:15), para luego marcharse a Nazaret y residir allí (Is 11:1). Se hablaba de su carácter noble y fuerte (Is 42:2-4; 53:7), de cómo abriría los ojos a los ciegos y libertaría a los cautivos de las tinieblas (Is 42:7), del rechazo que encontraría en muchos del pueblo de Israel (Is 6:9-10; 29:13), de su entrada en Jerusalén montado sobre un pollino (Zac 9:9), siendo aclamado por las gentes (Sal 118:25-26), etc. Los datos proféticos sobre detalles concretos y puntuales sobre el Mesías tenían el propósito de servir de referente identificador para las gentes: cuando vieran cumplirse todas estas cosas en una persona, podrían estar seguros de que esa persona era el Mesías (Jn 3:1-2).

2. El Mesías que esperaban las gentes.

La mayor parte del pueblo de Israel era conocedor de la profecía sobre el advenimiento del Mesías, de modo que igual que la mujer samaritana tenían la esperanza de su venida: *Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo* (Jn 4:25). Sin embargo, a pesar de la abundante y descriptiva profecía sobre el Mesías, no todos tenían la misma visión de la naturaleza de la obra que éste vendría a realizar. Muchos tenían una expectativa en concordancia con expuesto en el punto primero. La profecía de (Isa 42:6; 49:6) era entendida de igual manera por

Simeón, Pablo y Bernabé (Lc 2:32) (Hch 13:47), es decir, todos ellos pensaban que el Mesías vendría a dar salvación del pecado a todos los hombres sin distinción. En esta misma línea estaba también María y Zacarías, ambos interpretan que el Mesías vendría en cumplimiento de las promesas del pacto de gracia establecido por Dios con Abraham (Lc 1:54-55; 68-55). El apóstol Pablo sabía por las Escrituras que el Cristo había de padecer la muerte y resucitar después para ser luz salvadora tanto para judíos como para gentiles (Hch 26:22-23).

Pero también estaban los celotes¹²¹ que interpretaban la profecía entendiéndolo que el Mesías sería una especie de líder militar que les libraría de la opresión romana y establecería un reino terreno poderoso. Aún los discípulos, seguramente por la influencia de los celotes (Hch 1:13), participaban en parte de esa forma de entender la venida del Mesías (Hch 1:6). Esta era la razón por la que Pedro y algunos de los discípulos llevaban espadas (Lc 22:49-50) (Mt 26:51-52), creían que en algún momento Jesús les mandaría luchar contra los romanos, y esta era la razón también por la que al principio no entendieron la muerte y padecimientos de Jesús como parte de la obra salvífica que había venido a realizar el Mesías (Mt 16:21-23). Esto nos muestra que el principal obstáculo a la entrada de la Verdad con mayúscula en un corazón es que este esté ocupado por una verdad con minúscula o prejuicio.¹²²

II. El Mesías

1. Jesús el Cristo.

Que Jesús era el Mesías o el Cristo de Dios es algo que está fuera de toda duda. Así quedó demostrado una y otra vez por el cumplimiento de todas y cada una de las profecías en él. Es frecuente leer en los evangelios frases como estas: *Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta ...* (Mt 1:22; 2:5,17; 3:3; 4:14) etc. El ángel dio testimonio de que Jesús era el Cristo: *Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor* (Lc 2:11). En cierta ocasión Jesús preguntó sus discípulos sobre lo que pensaban de él las gentes, una vez que estos les respondieron le dijo: *Y vosotros ¿quién decís que soy yo?* Fue rotunda y categórica la respuesta de uno de ellos: *Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (Mat 16:15-16). El propio Jesús hablando con la mujer samaritana oyó de ella palabras que indicaban su fe en la venida del Mesías (Jn 4:25), a lo que él respondió: *Yo soy, el que habla contigo* (Jn 4:26). En sus primeras predicaciones los apóstoles se

¹²¹ El nombre celote viene de una palabra griega que significa celoso. Los celotes formaban un partido religioso-político que comenzó con la sublevación de Judas el galileo contra los romanos en el 6 d.C. (Hch 5:37), quien se consideraba el sucesor espiritual de los macabeos. Al ser aplastada la sublevación, los celotes quedaron como el ala extremista de los fariseos, dispuestos a recurrir a las armas antes que pagar tributo. Los celotes tomaron parte activa en la gran rebelión de 66-73 d.C. en contra de los romanos, siendo los últimos en ser reducidos en su fortaleza de Masada, cerca del mar Muerto, recientemente investigada por los arqueólogos. Simón debe haber sido miembro del partido antes de acudir a Jesús (Lc 6:15) (Hch 1:13).

¹²² La Verdad con mayúscula es la Verdad absoluta e indiscutible y la verdad con minúscula es la verdad de cada uno, subjetiva y tan variada como puede ser la opinión de cada uno.

dedicaron a demostrar con la Palabra de Dios que Jesús era el Cristo (Hch 18:5,28).

La seguridad absoluta de que Jesús era el Cristo o Mesías de Dios, llevó a los discípulos y apóstoles a emplear el nombre de “Cristo” para designar a Jesús: (Hch 9:20) (Ro 5:8) (1 Co 1:23) (Gá 2.20); o la forma combinada de “Cristo Jesús” (Ro 6:3) (1 Co 1:30) (Gá 3:28) o “Jesucristo” (Mt 1:1) (Jn 1:17) (Hch 3:6) (Ro 1:3).

2. Jesús el Salvador.

Lo importante para nosotros es tener conciencia de la mesianidad de Jesús por sus consecuencias salvadoras. Que Jesús es el Cristo o el Mesías, quiere decir que él es el Salvador. Como dijeron aquellos hombres a la mujer samaritana: *Sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo* (Jn 4:42). Así lo anunció el ángel: *Y llamará su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados* (Mat 1:21); o en palabras de Juan el Bautista: *He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1:29). Según veíamos antes en la profecía de (Isa 53:1-12) el Mesías había de ocupar el lugar que Dios en su justicia demandaba de nosotros, había de llevar sobre sí el castigo que merecíamos nosotros, para de esta manera saldar la cuenta pendiente. El apóstol Pedro lo dirá de forma clara al afirmar: *Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu* (1 P 3:18).

III. Aceptación y rechazo del Mesías

1. Jesús fue rechazado por muchos como Cristo.

La abundante evidencia de la mesianidad de Jesús no siempre ha sido suficiente para muchos creyendo cualquier cosa de él menos que era el Cristo de Dios. En los tiempos de su estancia en la tierra muchos pensaban que Jesús era Juan el Bautista, Elías, Jeremías, o algún otro profeta, que había regresado de la otra vida para predicar el reino de Dios (Mt 16:13-14). El sumo sacerdote, no contento con los portentosos hechos obrados por Jesús durante su ministerio, le pregunta, en el simulacro de juicio que le estaban haciendo, si él era el Cristo (Mt 26:63). Cuando Jesús le responde: *Tú lo has dicho*, se rasga las vestiduras como expresión de rechazo extremo a tal afirmación (Mt 26:64-65). También hoy mucha gente cree en Jesús como un buen hombre, como un profeta, que dio un ejemplo maravilloso, digno de ser seguido e imitado, pero no creen que él sea el Cristo de Dios, el Salvador, poniendo de manifiesto con ello la situación espiritual en que se encuentran.

2. Aceptar o rechazar a Jesús como Cristo indica nuestras salvación o condenación.

Creer en Jesús como el Cristo de Dios es tan importante que la Biblia dice que esto es la confirmación de que una persona tiene la salvación: *Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios* (1 Jn 5:1). Ser nacido de Dios, de lo alto o de arriba, es a su vez tener acceso al reino de los cielos, es tener el perdón de los pecados y la vida eterna (Jn 3:3-5,16). Por el contrario quien no cree que Jesús sea el Cristo, aunque crea muchas otras cosas buenas de él, permanece en la condenación de sus pecados: *¿Quién es mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo* (1 Jn 2:22).

**PREGUNTAS DE LAS LECCIONES
DECIMOSEXTA A LA VIGÉSIMA**

Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las repuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.

Lección decimosexta.

1. Hable de la bondad de Jesús y su manifestación.
2. Explique cómo el hombre pecador puede llegar a ser bueno

Lección decimoséptima.

1. Explique la frase bíblica: *Puestos los ojos en Jesús el autor y consumidor de la fe.*
2. ¿En qué sentido es Jesús el objeto de la fe?

Lección decimoctava.

1. ¿Las manifestaciones de ira en Jesús eran una virtud o un defecto?
2. ¿De la forma en qué se manifestaba la ira de Jesús qué aprendemos?

Lección decimonovena.

1. ¿Qué es lo que se expresa en el nombre de Dios?
2. ¿Qué relación existe entre el nombre de Dios y Jesús?

Lección vigésima.

1. ¿Había mucha diferencia entre el Cristo de la profecía y el Cristo que esperaban las gentes en los tiempos de Jesús?
2. ¿Demuestre que Jesús es el Cristo y explique lo que ello supone?

Lección vigésimo primera: Yo soy el pan de vida

TEXTO: (Juan 6:25-59)

I. *Yo soy el pan vivo que descendió del cielo*

A través de una metáfora Jesús se presenta a sí mismo como pan vivo que descendió del cielo. Para entender lo que quiso decir es necesario recordar algo que sucedió muchísimos años atrás en el tiempo del Antiguo Testamento. Mes y medio después de salir de Egipto, yendo por el desierto de Sin, el pueblo de Israel había agotado sus provisiones alimenticias. Sin fe y hambrientos murmuraron contra Moisés y Aarón¹²³ lamentándose de haber dejado la seguridad de la comida en Egipto por una esperanza que al presente se les tornaba llena de complicaciones y de inseguridad. Ante esto, Dios mismo interviene respondiéndoles: *He aquí yo os haré llover pan del cielo* (Éx 16:4). A la mañana siguiente descendió una cosa menuda del cielo, redonda, como semilla de culantro blanco, y su sabor como hojuelas con miel.¹²⁴ Al verlo el pueblo dijo: ¿qué es esto? porque no sabían que era, Entonces Moisés les dijo: Es el pan que Jehová os da para comer. El Maná, que así lo llamaron,¹²⁵ descendía todos los días menos el sábado y cada familia recogía lo que podía comer, el viernes había que recoger el doble para tener para el día siguiente. Jamás faltó el Maná durante los cuarenta años que duró la peregrinación por el desierto hasta que llegaron a los límites de la tierra prometida (Ex 16:1-26).

El Maná era un tipo simbólico de Cristo (Jn 6:32-33), nos hablaba de que así como Dios dio vida física a su pueblo, salvándoles de perecer de hambre, hasta hacerles entrar en la tierra prometida, también les libraría de la muerte eterna dándoles vida por su Hijo el pan vivo que descendió del cielo (Jn 6:35). Evidentemente para entender esto último es necesario hacer algunas consideraciones importantes:

1. El hombre natural está muerto y le espera una muerte aún peor.

El hombre natural es el hombre en el que no hay ninguna obra espiritual de Dios en su vida. Por no haber experimentado el nuevo nacimiento no se ha producido en él el arrepentimiento para perdón de pecados y la fe en Jesucristo para vida eterna. Por tanto, el hombre natural es aquel que teniendo sólo la naturaleza pecaminosa heredada de sus padres tiene una disposición contraria a Dios y sus cosas, a lo trascendente, y favorable a las cosas temporales de esta

¹²³ Realmente estas murmuraciones eran contra Dios, pues cuando se murmura de un siervo de Dios se murmura de Dios mismo (Ex 16:7-9).

¹²⁴ Combinando lo que sabemos por el Éxodo con lo que dice el (Sal 78:23-25) que el Maná podía ser un producto de alta calidad (pan de nobles) a base de trigo y miel. Por tanto era un alimento de gran valor energético y de alto contenido alimenticio.

¹²⁵ El significado del nombre puesto al Maná: “¿qué es esto?”, no es otro que la expresión de sorpresa del pueblo cuando lo vio por primera vez (Ex 16:15).

vida, a lo intrascendente. Como consecuencia de esto último se agrava el problema del hombre, muerto espiritualmente (Ef 2:1) a causa de la caída (Gn 2:17) y el pecado universal (Ro 5:12), no tiene esperanza de volver a la vida a menos que comprenda que en él hay necesidades espirituales que sólo pueden satisfacerse en Dios: *No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4:4); *El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo* (Jn 6:33). Estas necesidades deben ser satisfechas ya que de no hacerlo el hombre añadirá a la muerte en que se encuentra otra muerte aún peor, la muerte eterna (Jn 3:18-21).

2. Jesús es el alimento espiritual que necesita el hombre.

Jesús no es un gurú o guía espiritual, al modo de aquellos que lideran las religiones de los hombres, que teoriza sobre cuestiones trascendentes; de serlo no sería más que un “pan terreno” más, es decir una forma humana, como cualquier otra, de llenar temporalmente el vacío que de Dios tienen los hombres. Quienes acuden a la religión o a sus líderes buscando algo que responda a los interrogantes del alma quedan satisfechos durante un tiempo, pero después volverán a sentirse insatisfechos (Jn 4:13). Sólo Cristo satisface plenamente (Jn 4:14), porque sólo Jesús dijo: *Yo soy el pan vivo que descendió del cielo* (Jn 6:51a). Jesús es el Hijo de Dios manifestado en carne (Jn 1:18), él es la vida misma y el autor de la vida (Jn 1:4). Por tanto la diferencia entre Jesús y los líderes o autores de religiones es que la persona misma de Cristo es la solución al problema espiritual del hombre.

II. *Yo soy el pan de vida*

1. Jesús da vida a quien come de Él

Es importante saber que Jesús es el Salvador del mundo (Jn 1:29) y que es el pan vivo que descendió del cielo (Jn 6:51a), pero para muy poco sirve saber estas cosas si no llegan a arraigar en nuestro corazón. En otras palabras para que Cristo, pan de vida, sea alimento para nuestra alma debemos comer de él: *...si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo* (Jn 6:51b). Así como la comida entra en nuestro cuerpo y es masticada, tragada, digerida y asimilada por nuestro organismo para vida física de nuestro cuerpo; también Cristo debe ser comido, es decir, debe entrar en nuestro corazón y ser entendido, discernido, obedecido y creído para vida de nuestra alma. La relación de salvación con Jesús, no es por tanto, una relación superficial en la que el discípulo no sabe a quién sigue y por qué se le sigue, sino al contrario una relación consciente llena de conocimiento y contenido (Jn 6:60-69) (2 Ti 1:12).

Cuando Cristo mora en el corazón de una persona esto supone un cambio radical a todos los niveles: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gá 2:20). Según las palabras anteriores la presencia de Cristo en el interior de una persona supone dos

cosas La primera: la crucifixión de nuestro yo pecaminoso carnal juntamente con Cristo; y la segunda: vivir la vida terrena a través de la fe en Cristo. Ambas cosas son muy importantes para que la vida de Dios se manifieste en nosotros. Si nuestro yo o viejo hombre no muere es imposible avanzar en el camino de la santidad, y si no vemos todas las cosas como las veía Cristo tampoco, pues ser santos es llegar a ser como Él (Ef 4:12-13).

2. Se come de Jesús a través de la fe

Cuando Jesús dijo que había que comer de Él para llegar a tener vida (Jn 6:51-59), los fariseos no lo entendieron (Jn 6:52). Esto nos recuerda a lo que pasó con Nicodemo que tampoco entendió a Jesús cuando le dijo que tenía nacer de nuevo para poder entrar en el reino de los cielos (Jn 3:4). En ambos casos se interpretaron las palabras de Jesús de forma literal y no de forma figurada y espiritual. Esto ocurre con frecuencia y hace que la palabra de Dios sea malinterpretada por muchas personas (2 P 3:16). Para entender las palabras de Cristo es necesario tomar en cuenta que hablaba de realidades espirituales a través de símbolos y figuras tomadas de la vida cotidiana. Él mismo dejó claro que sus palabras debían ser entendidas de forma espiritual cuando dijo: *El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida* (Jn 6:63).¹²⁶

Es el contexto, como siempre, el que nos ayuda a entender lo que quiso decir Jesús acerca de comer su carne y beber su sangre como medio de obtener la vida eterna. Comparemos dos versículos en los que se nos habla de la vida eterna. Primero: *El que cree en mí, tiene vida eterna* (Jn 6:47), y segundo: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna* (Jn 6:54). ¿Están hablando estos versículos de dos formas de obtener la vida eterna? Una por la fe en Cristo y otra comiendo literalmente la carne de Cristo y bebiendo su sangre. Está claro que no hay dos formas de obtener la vida eterna, sino que creer en Cristo es lo mismo que comer y beber de él. Así lo confirma el propio Jesús cuando dijo: *Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás* (Jn 6:35). Por tanto lo que hace Jesús es caracterizar a la verdadera fe en Él, a la fe que obtiene la vida eterna. En sintonía con las palabras anteriores, para Pablo la verdadera fe introduce a Jesús en el corazón: *para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones* (Ef 3:17), y allí habita para hacer una obra en la totalidad de sus facultades: mente (Ef 3:18), sentimientos (Ef 3:19) y voluntad (Ef 3:20).

¹²⁶ Palabras semejantes recibió Nicodemo (Jn 3:3-6).

Lección vigésimo segunda: Yo soy la luz del mundo

TEXTO: (Juan 8:12)

I. El mundo está en tinieblas

1. Un mundo ciego por el pecado.

Dos palabras que aparecen en el texto de (Jn 8:12), “*mundo*” y “*tinieblas*”, nos hablan de la situación pasada y presente de todos los hombres sin distinción en su pecado y enajenación de la vida de Dios: El mundo está en tinieblas. Estas tinieblas no son físicas sino espirituales, no son en la esfera de la visión de los ojos sino en la del alma. Por el pecado el hombre está ciego en su capacidad de entendimiento de las cosas trascendentes y eternas: *Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios* (2 Co 4:3-4).

2. Una ceguera que impide conocer la salvación.

La ceguera espiritual producida por el Diablo lleva al hombre a no discernir adecuadamente a la persona y obra de Cristo el Salvador (Jn 8:14-15,25-59). El apóstol Pablo nos explica con más detalle esta situación: *El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente* (1 Cor 2:14). Según esto las cosas del Espíritu, las cosas que él enseña sobre la situación del hombre, sus terribles consecuencias y el remedio provisto por la justicia y amor de Dios (El evangelio) no son percibidas por el hombre por dos razones: Primera, al hombre le parece “locura” el mensaje de la cruz: *La palabra de la cruz es locura a los que se pierden* (2 Co 1:18). Por tanto, cuando pensamos en el hombre sin salvación no debemos caer en el error de pensar en alguien que no está conforme con su situación. El hombre natural es un “incrédulo” (2 Co 4:4), es decir rechaza voluntariamente las cosas de Dios porque le parecen absurdas y para gente sin sentido o capacidad. Sólo él, y los que como él rechazan las cosas de Dios se comportan con cordura, y quienes aceptan y creen en el evangelio en los términos revelados en la Biblia están locos de remate: *Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco* (Hch 26:24) (2 Co 5:13). Segunda, el hombre natural no puede entender las cosas del Espíritu, es decir está incapacitado por su pecado para ver en la esfera de las cosas de Dios: *El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios* (Jn 3:3). Esta incapacidad le lleva a intentar entender las cosas de Dios desde el raciocinio de la mente humana, finita y limitada para cuestiones trascendentes (Jn 2:20; 3:4), llevándole al no-entendimiento de la palabra de Cristo (Jn 8:27) y a no creer en la verdad que de ella emana (Jn 8:45). La consecuencia de esto es una visión caricaturesca de las

cosas de Dios y su posterior rechazo (Jn 6:51-52,66; 8:57-59). Por tanto la ceguera del hombre es al mismo tiempo un “no querer ir a Cristo” (Jn 5:40), como “un no poder ir a Cristo” (Jn 6:44).

3. Una ceguera que produce falsa seguridad.

Lo malo de la situación del hombre natural es que ésta es compartida por la mayor parte de las personas que forman el mundo (Isa 6:5). La Biblia habla de la humanidad sin Dios como de una *generación maligna y perversa* (Flp 2:15) (Ro 3:10-18). Ante esto el hombre natural cree que su situación es lo “normal”, cree que hacer lo contrario a la Ley de Dios y comportarse como un escéptico es ser “normal”. Para el hombre natural lo importante es seguir la opinión y práctica de la mayoría, hacer *lo mismo que los demás* (Ef 2:2-3), como si la razón o la verdad estuviera en la mayoría, cuando, paradójicamente, se encuentra con los pocos que de verdad aman y siguen al Señor (Mt 7:13-14).¹²⁷

II. Jesús es la luz del mundo

1. Una luz que da vista al ciego.

Jesús dijo: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8:12), y aunque está claro que esta afirmación deja fuera de duda que toda luz, física o espiritual, procede de él (Jn 9:1-41); y que en Dios todo es luminosamente santo, bueno y justo: *Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él* (1 Jn 1:5); con todo Jesús quiso hablar de él como la fuente de gracia que ilumina al ciego pecador: *Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados* (Jn 9:39). Por tanto la obra de Cristo, como luz del mundo, consiste en dar vista a los ciegos por el pecado para que vean el reino de Dios. Un texto hermoso es el de la conversión de Saulo de Tarso: *Fue entonces Ananás y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista...* (Hch 9:17-18a). Aunque en este texto Saulo recibió la vista física, perdida temporalmente en el encuentro con el Señor en el camino hacia Damasco, no debemos olvidar que también recibió la espiritual. Él mismo escribiría más tarde: *Dios que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.* (2 Co 4:6)

2. Una luz que produce conocimiento y fe.

¹²⁷ Muchos cristianos, sobre todo jóvenes, tienen problemas de identidad en un mundo que mide las cosas por criterios de “mayorías”. Esto les hace vivir el cristianismo en clandestinidad, sin confesarlo ni exhibirlo en público. Cuando rechazan algo del mundo no lo hacen por fe ni obediencia a la palabra de Dios, dando razón de la esperanza que hay en ellos, sino mediante excusas que ocultan las razones que no se dan por vergüenza.

Por esta luz el hombre pecador es trasladado del reino de las tinieblas al reino de la luz o de Dios (Col 1:13). Allí experimenta toda una serie de bendiciones salvíficas como gustar el don celestial, ser participante del Espíritu Santo, gustar la buena palabra de Dios y ser renovado para arrepentimiento (He 6:4-6). En definitiva llega a ser un hijo de Dios, un creyente, un súbdito del reino de Dios, alguien en quien está la obra del Espíritu Santo, la cual ilumina el entendimiento para que *sepamos lo que Dios nos ha concedido* (1 Co 2:12). Las palabras de San Pablo a los Efesios son muy descriptivas de los efectos que la luz de Cristo produce en el pecador a través de la obra del Espíritu Santo: *No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuales las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cual la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza* (Ef 1:16-18). Según el texto anterior la luz de Cristo produce conocimiento de la esperanza de Salvación y fe en él y esa esperanza.

III. Saliendo de las tinieblas del mundo a la vida de Cristo

1. Un seguimiento que nos aleja de las tinieblas.

Cuando una persona es alcanzada por la luz de Cristo deja de militar en el reino de las tinieblas y pasa a ser un militante del reino de Dios (Col 1:13). Esta militancia es un discipulado en el que el rumbo de la vida del cristiano es un constante seguimiento de Jesús: *El que me sigue no andará en tinieblas*, dijo él (Jn 8:12). Por tanto ser cristiano, estar en la luz de Cristo, es una dinámica de vida, una constante permanente. Mediante esta luz el cristiano reconoce permanentemente su pecado y se refugia en Cristo como permanente abogado y ayudador (1 Jn 2:9-11). Por esta luz el cristiano toma conciencia del pecado que le asedia para reprenderlo y rechazarlo y no participar de él (Ef 5:8-11). Por esta luz el cristiano se aleja del pecado y se acerca más al modelo de carácter y vida que Dios quiere para sus santos (Ef 5:13-20).

2. Un seguimiento que nos hace andar en luz de vida.

Las palabras de Jesús terminan diciendo: *Sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8:12). La Luz de Dios manifestada en lo más profundo de nuestra alma despejando las tinieblas profundas del corazón y la conciencia, alejando el pecado de los pensamientos, sentimientos y voluntad, y produciendo un modo de vida agradable a Dios es luz de vida. Luz de vida porque el cristiano deja de ser un muerto que anda en obras muertas, porque lo que emana de él hacia los demás, tanto por lo que dice como por lo que hace, es para vida de otros. ¡El cristiano tiene vida y es un instrumento de vida para otros!

Lección vigésimo tercera: Yo soy la puerta

TEXTO: (Juan 10:1-9)

I. *Yo soy la puerta* (Jn 10:9)

1. El hombre se encuentra en el lado equivocado de la puerta.

Para entender lo que quiso decir Jesús al hablar de sí mismo como “puerta” es necesario recordar cuáles fueron algunas de las consecuencias de la desobediencia de nuestros primeros padres. Una de ellas fue el quedar *destituidos de la gloria de Dios* (Ro 3:23). La “gloria de Dios” es la imagen y semejanza de sí mismo que Dios tomó como modelo para hacer al hombre (Gn 1:26-27). De esta manera aquellos atributos divinos o perfecciones gloriosas que Dios plasmó en el hombre hacían que este fuera un reflejo de su gloria: *Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; Todo lo sujetaste bajo sus pies* (He 2:7-8). Sin embargo, fue por la introducción del pecado que la imagen y semejanza de Dios quedó pervertida en el hombre (Ec 7:29). El hombre dejó de ser santo y sin mancha, libre y justo, bueno y puro, para convertirse en codicioso, mentiroso, desleal y esclavo de sí mismo (Ro 3:10-18).

Otra consecuencia de la caída, y derivada de lo expuesto anteriormente, fue la pérdida de la comunión con Dios. El pecado produce separación entre el hombre y Dios: *vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír* (Isa 59:2). Esta separación es de ambas partes: Por un lado, Dios es muy santo para estar en contacto con el mal (Hab 1:13), y por otro, el hombre no desea la comunión con un Dios santo que pone en evidencia su pecado (Jn 3:19-21). No nos extrañe, por tanto, que las Escrituras nos digan que el hombre fuese apartado y expulsado del paraíso: *Dios echó fuera al hombre* (Gn 3:24). Con esta expulsión el hombre quedó al otro lado de la puerta; quedó en el lado equivocado, en el lado del pecado, de la muerte y de la condenación eterna.

2. Jesús es la puerta que conduce al hombre a recuperar la imagen y comunión perdida.

La recuperación de la imagen y comunión perdida es fundamental para el pecador porque en ella se encuentra la única posibilidad que tiene de vivir la vida terrena en conformidad con el propósito para el que fue creado, y, sobre todo, la única esperanza de esperar compartir su destino eterno con Dios (1 Co 15:49-52). Para que esto sea así, necesita salir de la situación en que se encuentra y entrar en contacto con los medios que le lleven a ser justo como era antes de la caída.

Como puerta, Jesús el único medio provisto por Dios para que el hombre pecador pueda recuperar lo que perdió en Adán (Hch 4:12) (Ro 5:18). Todos

sabemos que una puerta sirve para entrar y salir al mismo tiempo: *entrará y saldrá* (Jn 10:9),¹²⁸ por tanto por Cristo se entra a la salvación: *El que por mí entrare será salvo* (Jn 10:9; 1:29), al tiempo que se sale del pecado y del mundo *Después de estas cosas salió, y vio a un publicano sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó, y le siguió.* (Lc 5:27-28). La verdadera salvación es, por tanto, al mismo tiempo, “un estar en la cosas de Dios” y “un dejar las cosas del mundo” (Flp 3:7-9) (Col 1:13) (1 Tes 1:9).

II. *El que por mí entrare será salvo* (Jn 10:9)

1. Sólo cruzando la puerta se obtiene salvación.

No basta con saber que existe una puerta entre nuestro actual estado de pecado y condenación y la salvación que nos lleva a la vida eterna (Stg 2:19) (Mat 7:13-14). ¡Esa puerta sólo tendrá un valor real para quienes la cruzan! (Jn 10:9). En la Biblia, cuando alguien cruza la puerta de salvación se dice de él que “está en Cristo” (2 Co 5:17). “Estar en Cristo” o “no estar en Cristo”, he aquí la cuestión. Quien sabe que Cristo es el camino a la salvación y la salida a la condenación, y no “está en Cristo”, es como aquel que está enfermo, y sabe que medicina le puede curar, pero no la toma. En ambos casos el mero conocimiento no sirve para nada porque no va acompañado de una actitud consecuente de aplicación del remedio: *y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace le es pecado* (Stg 4:17; 1:22-25).

El cruce de la puerta que es Jesucristo se produce mediante la fe en su nombre, él dijo: *El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida* (Jn 5:24). Está fe en Cristo, como el salvador, nos libra de la condenación y nos da la vida eterna: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre Él* (Jn 3:36) cf (Jn 3:16).

2. La fe que viene de Dios no hace cruzar la puerta de Cristo.

Cuando hablamos de fe en Cristo podemos pensar en cualquier tipo de fe, pero esto no es así. La fe en Cristo que salva no es la que se produce en el corazón del hombre como consecuencia de una afectación emocional momentánea o por algún tipo de interés bastardo. Sabemos por la Biblia que el pecado del hombre puede imitar una falsa fe en Cristo (Jn 6:66; 12:42-43) (Hch 8:13,21) (Mt 7:21) (2 Ti 3:1-8).

La fe que nos hace cruzar la puerta que es Cristo, para salvación y vida eterna, es aquella que viene de Dios: *y esto no de vosotros, pues es don de Dios* (Ef 2:8); por la obra del Espíritu Santo: *los que creemos, según la operación del poder de su fuerza* (Ef 1:17-19); a través de la palabra de Dios: *Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios* (Ro 10:17). Cuando alguien ejerce esta fe, cruza la puerta, cuando alguien manifiesta una fe humana, se queda en el

¹²⁸ Siempre se entra y se sale al mismo tiempo por una puerta. Si estamos en la cocina y en ella hay una puerta al salón, al cruzarla entramos en el salón, al tiempo salimos de la cocina.

umbral; con una parte dentro y otra fuera. La fe verdadera produce un corazón entregado, un corazón que sabe en quien ha creído, mientras que la fe humana y falsa sólo asoma a las personas a las cosas de Dios, sin producir ningún tipo de cambio.

3. La salvación en Cristo nos trae libertad.

Jesús dijo que el pecado es y produce esclavitud: *todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado* (Jn 8:34). También el apóstol Pablo enseñó al respecto diciendo que antes de ser salvos los creyentes eran: *esclavos del pecado* (Rom 6:17). Esta esclavitud hace que el pecado reine en la vida del hombre tiranizándole a su antojo (Ro 6:12; 7:15), llevándole a presentar sus miembros como instrumentos de iniquidad (Ro 6:13), y liberándole en su conciencia de tener algún compromiso con la justicia de Dios (Ro 6:20).

Cuando una persona está en Cristo obtiene la verdadera libertad: *Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres* (Jn 8:36); *Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres* (Gál 5:1). La libertad, es por tanto, una de las consecuencias de haber cruzado la puerta que es Cristo. Antes de cruzarla sólo había esclavitud y pecado, después de cruzarla hay libertad y justicia: *y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia* (Rom 6:18). Esta libertad debe conducir a los cristianos a la búsqueda de la santidad: *Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.* (Ro 6:22).

III. Y hallará pastos (Jn 10:9)

1. Con Dios hay "pastos" para esta vida.

Dios ha prometido dar a los suyos, a quienes le buscan a él y sus cosas de forma prioritaria, todas las cosas necesarias para poder vivir la vida en esta tierra (Mat 6:33). Estas "cosas" abarcan todo lo que el hombre necesita en todas las esferas de la vida terrena: Afectos (personas que nos quieran y a quienes podamos querer), trabajo / vocación (un medio por el cual obtener el sustento al tiempo que sirvamos a Dios en el mundo), sustento (todo lo necesario para mantenernos y a quienes dependen de nosotros), etc., (Gn 2:22,24; 2:8; 1:29).

2. Pero sobre todo hay "pastos" para la otra vida.

Dios ha dejado su palabra a los suyos como alimento espiritual del alma: *No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4:4). Por ella los creyentes podemos crecer para salvación (1 P 2:2) y ser enseñados, convencidos de pecado, corregidos e instruidos en los caminos de la justicia de Dios de modo que seamos enteramente preparados para toda buena obra (2 Ti 3:16-17) (Sal 119). La palabra de Dios, juntamente con los demás

medios de gracia, es el pasto que lleva a las ovejas a crecer en santidad y novedad de vida.¹²⁹

¹²⁹ Los medios de gracia son aquellos medios por los que la gracia de Dios se materializa en el hombre. Estos medios son la palabra de Dios (2 Ti 3:15-17), la oración (Mt 26:41), la comunión de los santos (Salmo 133), los sacramentos (el bautismo y la santa cena) (Gá 3:27) (1 Co 11:24,26), el servicio (Mt 25:14-30) y la disciplina (He 12:5-11).

Lección vigésimo cuarta: Yo soy el buen pastor

TEXTO: (Juan 10:11-18)

I. Cristo es el buen pastor

1. Sólo Dios puede ser pastor del hombre.

En la Biblia Dios es considerado siempre como el pastor de su pueblo, un testimonio precioso de ello es el (Sal 23): *Jehová es mi pastor; nada me faltará; En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; Tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida. Y en la casa de Jehová moraré por largos días.* Ningún hombre puede ser, en sentido absoluto, “pastor” o “guía” de otro hombre, pues todos nos encontramos por el pecado en la misma situación de descarrío y perdición (Isa 53:6) (Mt 15:14). Sólo Dios es el pastor del hombre, y, por tanto, como Dios que es, Cristo es el pastor de su pueblo: *Yo soy el buen pastor* (Jn 10:11). Las palabras del apóstol Pedro son muy descriptivas al presentarnos a Jesús como el pastor de los suyos: *Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas* (1 P 2:25).

2. Jesús entregó su vida para rescatarnos de la perdición.

Pero Jesús no es meramente el pastor de los suyos, es el **buen pastor** (Jn 10:11). Esto hace que su función pastoral cobre unas características muy importantes dada la situación del hombre. Como hemos visto antes el hombre está descarriado y perdido en su pecado, pero lo peor es que además está rodeado por los lobos de la muerte que han de dar buena cuenta de él. La necedad del hombre hace que merezca cualquier cosa que le pueda suceder; el salario del pecado es la muerte y la condenación eterna: *La paga del pecado es muerte* (Ro 6:23). La única forma de volver al hombre a la senda de la vida es mediante la esforzada entrega del pastor, incluso exponiendo su vida con los lobos de la muerte: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas* (Jn 10:11). En otras palabras la única forma de volver las ovejas al redil es mediante la entrega sacrificial del pastor que lucha con los lobos de la muerte. Como buen pastor Jesús se enfrenta a la muerte por los suyos y mediante su muerte consigue que los suyos vuelvan al redil de Dios con vida: *Pongo mi vida por las ovejas ... Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar ... Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano* (Jn 10:15b,18,28).

II. Cristo apacienta y pastorea a sus ovejas

1. Jesús cuida a los suyos.

Pablo dice de Jesús: *Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia* (Ef 5:29). Según esto, y en sintonía con el (Sal 23), como buen pastor Cristo sustenta y cuida de sus ovejas, de su Iglesia. La forma en que lo hace es triple:

1.1. Intercediendo él mismo desde la diestra de Dios Padre.

El autor de la epístola a los Hebreos nos dice de Jesús que *por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos* (He 7:24-25). Mediante esta obra mediadora Jesús presenta las oraciones de los suyos al Padre (Jn 14:13-14); socorre a los que los tentados (He 2:18); aboga por los suyos que han pecado y están arrepentidos (1 Jn 1:9 a 2:2); recibe a los creyentes que mueren en la esperanza de la vida eterna (Hch 7:59)

1.2. A través de la obra del Espíritu Santo.

Sabiendo que pronto había de marcharse con el Padre Jesús dijo a sus discípulos: *No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros ... yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad* (Jn 14:18,16). A través del Espíritu Jesús añade a la Iglesia a los que han de ser salvos (Hch 2:47 comparado con (1 Co 12:13); y da testimonio a nuestro espíritu que somos de Cristo (Ro 8:9b,16). A través de él, morando en y con los creyentes (Jn 14:16-17), enseña y recuerda a los suyos sus palabras (Jn 14:26); da testimonio acerca de sí mismo (Jn 15:26): convence de pecado y de juicio (Jn 16:7-8); guía a toda la verdad (Jn 16:13); y ayuda a los creyentes en sus debilidades e intercede por ellos ante Dios (Ro 8:26-27).

1.3. Mediante pastores humanos que ministran sobre la Iglesia.

Dios había dicho mediante profecía en el Antiguo Testamento: *Os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia* (Jer 3:15). Aunque antes hemos dicho que en sentido absoluto ningún hombre puede ser jamás pastor de otro hombre, en sentido relativo sí puede serlo en virtud de la obra del Espíritu Santo en y a través del hombre: *Y Él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros* (Ef 4:11). Estos hombre no son infalibles ni exentos de error, antes al contrario son: *con pasiones semejantes a las nuestras* (Stg 5:17). Este fue el caso del apóstol Pedro que después de negar al Señor tres veces, con todo, recibió de Jesús la comisión de pastorear a su Iglesia (Jn 21:15-17). Según el apóstol Pablo lo que hace que un hombre común pueda ser un instrumento eficaz en la manos del Señor para guiar a su pueblo es la gracia de Dios (1 Co 3:5-10).

Dios da el alimento a su pueblo a través del ministerio de la Palabra de Dios (Jn 21:15,17) (1 P 5:1-2). Para que la Palabra de Dios sea alimento para el alma (1 Ped 2:2), debe ser predicada por el ministro de forma fiel (2 Ti 4:2; 2:15), tal y como ha sido enseñada (Tit 1:9), no atendiendo a fábulas o cuentos de hombres (Tit 1:14), sino siguiendo la sana doctrina (Tit 2:1). El apóstol Pablo nos muestra como debe ser predicada la Palabra de Dios en (1 Co 2:1-4) y la razón por la que debe ser predicada así: *Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios* (1 Co 2:5).

La Iglesia debe reconocer entre sus miembros (1 Tes 5:12-13) a aquellos a los que Dios ha escogido para el ministerio (Hch 1:24-26),¹³⁰ dotándoles de los dones y requisitos necesarios para ejercer tal labor (1 Ti 3:1-7). Estos deben ser ordenados y encomendados a la obra del Señor por un presbiterio de ancianos y/o pastores (1 Ti 4:14) (Hch 13:3; 14:23). Los creyentes deben imitar a sus pastores, obedecerles y sujetarse a ellos en todo lo relacionado con la vida cristiana: *Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe... Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso* (He 13:7,17). Rechazar el ministerio y la autoridad de quienes ministran en el nombre de Dios es rechazar a Dios mismo (Ro 13:1-2) y puede traer graves consecuencias temporales y eternas (Lc 10:1-12).

II. Las ovejas deben seguir a Cristo su buen pastor

1. Deben distinguirle del extraño.

Desde el principio mismo, desde muy poco después de la marcha de Jesús al cielo, existieron, existen y existirán, un sin fin de falsos cristos (1 Jn 2:18-19), que, según la propia profecía de Jesús, intentarían engañar a los cristianos y apartarles de Él: *Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán... Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.* (Mt 24:4-5,23-24). Los creyentes no deben dejarse engañar por estos falsos cristos ni creerles. El apóstol Juan nos dice: *"Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el*

¹³⁰ La Iglesia debe rechazar a todos aquellos que, aun teniendo apariencia de piedad, son falsos ministros del Evangelio (2 Ti 3:1-5) *Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne...* (2 Jn 7). La Iglesia no debe tener comunión con ellos ni escuchar sus errores y extravíos: *Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! Participa en sus malas obras.* (2 Jn 8-11) (2 Ti 2:16-19) (1 Ti 6:3-5).

mundo." (1 Jn 4:1). La clave para conocer a quien está con el Señor y a quien está en contra del Señor está en la Palabra de Dios. Quien confiesa su fe de acuerdo con el testimonio de ella, es de Dios; y quien la contradice o la niega, no es de Dios (1 Jn 4:2-3) (1 Ti 6:3-4) (2 Ti 2:15-19). La razón está en que los instrumentos de Satanás no pueden soportar la verdad de la sana doctrina (2 Ti 4:3-4).

2. Deben seguirle y sujetarse sólo a Él.

Seguimos a Cristo, y sólo a Cristo, en la medida que tenemos sus mandamientos y guardamos su palabra: *El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará ... el que no me ama, no guarda mis palabras...* (Jn 14:21,23,24). Seguimos a Cristo, y sólo a Cristo, cuando llenos del Espíritu Santo somos llevados a dar el fruto de una nueva vida (Gál 4:17 a 5:20).¹³¹ Seguimos a Cristo, y sólo a Cristo, en la medida en que nos sujetamos a las personas que en su nombre nos apacientan y pastorean: *"... el que a vosotros recibe, a mí me recibe..."* (Mt 10:40) (Ro 13:1-5).

En relación con las personas a las que debemos sujetarnos en el nombre del Señor, debemos decir que los cristianos no podemos ni debemos sujetarnos a nadie que, pretextando representar al Señor, nos mande negarle o rechazarle a él o a su palabra: *"Y llamándoles, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Más Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído."* (Hch 4:18-20). San Pablo nos recuerda que nadie debe seguir un evangelio diferente¹³² del recibido a través de Jesucristo y de sus apóstoles. Nadie, sea apóstol o ángel, puede enseñar un evangelio diferente, si lo hiciere, debe ser considerado anatema (Gá 1:6-10).

¹³¹ Leamos y meditemos todo el texto mencionado sin perder de vista los versículos 4.20,30 y 5.9,18, pues nos ayudan a ver la obra del Espíritu Santo guiándonos a vivir la nueva vida en Cristo.

¹³² El evangelio verdadero nos habla de Cristo, de su carácter y obra. El falso evangelio nos presenta un falso carácter una falsa obra de Cristo, por eso debemos rechazarlo.

Lección vigésimo quinta: Yo soy la resurrección y la vida

TEXTO: (Juan 11:1-44)

El hombre está muerto y le espera otra muerte aún peor

1. El hombre está muerto espiritualmente.

Cuando Dios estableció el pacto de obras con Adán le dio la posibilidad de vivir eternamente si permanecía en obediencia. El hombre no debía comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, pues, le dijo Dios: *El día que de él comieres, ciertamente morirás* (Gn 2:17). ¡En el mismo instante que el hombre desobedeció entró la muerte, tal y como Dios había dicho! ¿Cómo es que afirmamos semejante cosa si sabemos que Adán siguió viviendo hasta llegar a la edad de 930 años (Gn 5:5)? Adán murió espiritualmente el día que pecó: *Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató* (Ro 7:11), y con él todos los hombres que habían de nacer después: *Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron* (Ro 5:12). El apóstol Pablo confirma otra vez la muerte espiritual de todo hombre cuando dice a los Efesios: *Estabais muertos en vuestros delitos y pecados* (Ef 2:1), y repite más adelante: *Estando nosotros muertos en pecado* (Ef 2:5).

La muerte espiritual no nos impide vivir la vida terrena, pero sí determina el estilo de vida que el hombre vive, ya que estar muertos espiritualmente es estar muertos para Dios (muerte en el plano vertical) y vivos para el mundo y el pecado (vida en el plano horizontal). Al estar muerto espiritualmente el hombre no puede ni quiere sujetarse a la Ley de Dios, siendo todos los designios de su naturaleza pecaminosa enemistad contra Dios (Ro 8:7). Esto hace que el pecado reine en la vida del hombre (Ro 6:12), llevándole a una vida inmoral y corrupta (Ro 1:24-32). Al mismo tiempo el muerto para con Dios está vivo para el mundo, por lo que el hombre siempre está activo y ocupado en todo aquello que tenga que ver con los sentidos físicos, está muy activo y ocupado en el plano horizontal de la vida: trabajo, estudios, ciencia, filosofía, diversión, ocio, etc. (Ec 1:12 a 2:26).

La muerte espiritual impide al hombre trascender de esta vida a la otra que está por venir. Esto es debido a que la muerte espiritual es incapacidad para ver y entrar en las cosas del reino de Dios: *El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3:3-5). Esta incapacidad hace que el pecador no pueda arrepentirse de sí mismo de sus pecados y crea que Jesús es el único salvador (Ro 9:16). Esta incapacidad lleva al hombre a tener por locura la obra de salvación por Jesucristo que podría sacarle de la situación en que se encuentra: *Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente* (1 Co 2:14; 1:18a), y, por tanto a despreciarla y enfrentarse a ella (Hch 4:17-18; 5:40; 26:24-28).

2. El hombre tiene que morir físicamente.

Después de la caída Dios dijo también al hombre: *"Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás"* (Gn 3.19). Con estas palabras Dios le estaba diciendo al hombre que su vida en la tierra acabaría un día con la muerte de su cuerpo físico. Con la excepción de la muerte prematura y violenta de Abel, que no rompe la regla, la primera vez que se cumplió el decreto de Dios, de forma natural, fue cuando las Escrituras dicen de Adán que después de haber vivido muchos años: *"murió"* (Gn 5.5). Desde entonces la muerte es el compañero inseparable del hombre durante toda su vida (feto, niño, joven, adulto o anciano). Le recuerda permanentemente a través de las circunstancias adversas, de la enfermedad, del dolor, que un día le segará, como quien siega la hierba del campo, para así triunfar la muerte sobre la vida mediante el sepulcro (1 Co 15.55).

Nadie puede eludir la muerte física pues *"... está establecido para los hombres que mueran una sola vez"* (He 9.27). Ni siquiera los creyentes dejarán de morir, no importa lo santo que seamos, o lo importante que sea nuestro ministerio para la causa del reino de Dios, todos tendremos que morir el día que Dios lo tenga previsto. Abraham murió, Moisés murió, los profetas murieron, Juan el Bautista, Pedro, Pablo y el resto de los apóstoles también murieron. Es más no sólo moriremos, sino que, en una actitud de desarraigo de este mundo, debemos anhelar *"partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor"* (Flp 1.23). Esto no significa que busquemos la muerte, sino que tengamos una actitud correcta ante ella: *"Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces que escoger"* (Flp 1.21-22).

3. Quien parte de esta vida sin Cristo ha de morir también eternamente.

Cuando una persona cree en Cristo tiene la vida eterna (Jn 3.16,36). Como consecuencia de ello, y a pesar de que ha de morir físicamente, le espera un destino glorioso con el Señor en sus moradas eternas: *"La vida eterna"* (Mt 25.31-46). Aquellos que mueren en sus pecados, sin haberlos emblanquecido por la sangre de Cristo y sin el perdón de pecados; y, por tanto, encontrándose en muerte espiritual por no haber nacido de nuevo, cuando mueren físicamente tendrán que enfrentarse al castigo eterno: La muerte eterna o *"muerte segunda"* (Ap 20.11-15). La muerte eterna no es cesar en la existencia, sino que es existir lejos de la presencia de Dios, en un lugar de tormento eterno (Lc 16.19-31) (Ro 2.5-16).

Jesús es el único que puede traer vida donde hay muerte

1. Jesús puede dar vida espiritual al hombre muerto en delitos y pecados.

De esta vida espiritual que lleva al pecador a ser una nueva criatura habla S. Pablo cuando dice a los efesios: *"Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais*

muertos en vuestros delitos y pecados... Estando nosotros muertos en pecado, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)" (Ef 2.1,5). Según Jesucristo esta vida espiritual es como un nuevo nacimiento, un nacimiento de lo alto por el Espíritu Santo (Jn 3.3-5), y según S. Pablo es como una resurrección, semejante a la de Cristo, pero espiritual (Col 3:1). Cuando la vida espiritual está en el hombre todo son cambios: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co 5.17). Estos cambios son en todas las esferas de la naturaleza o carácter del hombre y en el modo o hábitos de vida. Una persona que ha nacido de nuevo tiene capacidad para ver el reino de Dios, para comprender las cosas de Dios, sus misterios (Jn 3.3-5) (1 Co 1.18b). Estas capacidades le vienen dadas por la presencia y obra del Espíritu Santo (Jn 3.6-13). Una persona que tiene vida espiritual ha muerto al pecado y vive para Dios: "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Ro 6.11). De esta manera ha cambiado la disposición dominante en su vida, el pecado no es ya un tirano que gobierna su vida, sino que ahora, en la libertad de la nueva vida en Cristo, se es un siervo de la justicia (Ro 6.12-14,18).

2. Jesús puede dar vida física.

De forma soberana el Señor resucitó a algunas personas que padecieron una muerte prematura dándoles una nueva oportunidad de vivir la vida terrena. Este fue el caso de Lázaro, de quien Jesús dijo a su hermana: *"Tu hermano resucitará"* (Jn 11.23), y así lo hizo seguidamente (Jn 11.38-44); o el de la hija de Jairo (Mr 5.21-43). Pero, por lo general, la voluntad de Dios para con la inmensa mayoría de los hombres es bien distinta. Cuando un creyente muere, su espíritu va con Cristo (Hch 7.59) (Flp 1.23), allí está en un lugar y estado maravilloso (Lc 16.25), hasta el día de la resurrección postrera, como dijo Jesús: *"El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá"* (Jn 11.25). En ese día los creyentes resucitarán con un cuerpo celestial, incorruptible, de poder y espiritual (1 Co 15.39-53), triunfando así sobre la muerte y el sepulcro *"por medio de nuestro Señor Jesucristo"* (1 Co 15.54-58). ¡Esa es la esperanza de los cristianos de verdad!

3. Jesús puede dar vida eterna

La vida eterna no es la mera existencia por siempre jamás. La vida eterna es la vida en su plenitud en todos los sentidos. Por supuesto que incluye la existencia después de la muerte por los siglos de los siglos: *"Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente"* (Jn 11.26). Pero no debemos olvidar las palabras de Jesús cuando dijo: *"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn 10.10). Según esto, la vida abundante o eterna, es importante cuantitativamente y cualitativamente. La clave del entendimiento de lo que significa la vida eterna está en las palabras, también de Jesús, en su oración al Padre: *"Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado"* (Jn 17.1-3). Según esto ya estamos en condiciones de saber lo que es la vida eterna: Es vivir en el conocimiento de Dios por la eternidad.

PREGUNTAS DE LAS LECCIONES VIGÉSIMO PRIMERA A LA VIGÉSIMO QUINTA

Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las respuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.

Lección vigésima primera

1. Explique el significado de Jesús como pan.
2. ¿Qué beneficios encuentra el hombre en Cristo como pan?

Lección vigésima segunda

1. Explique el significado de Jesús como luz.
2. ¿Qué beneficios encuentra el hombre en Cristo como luz?

Lección vigésima tercera

1. Explique el significado de Jesús como puerta.
2. ¿Cómo se puede acceder por la puerta que es Cristo y qué beneficios supone?

Lección vigésima cuarta

1. Explique el significado de Jesús como buen pastor.
2. ¿Cómo apacienta y pastorea Cristo a sus ovejas?

Lección vigésima quinta

1. Explique el significado de Jesús como resurrección y vida.
2. ¿Qué beneficios encuentra el hombre en Cristo como resurrección y vida?

Lección vigésimo sexta: Yo soy la vid verdadera

TEXTO: (Juan 15.1-17)

I. Jesús es la vid verdadera

1. La Vid.

Con las palabras: *"Yo soy la vid verdadera"* (Jn 15.1), Jesús se presenta a sí mismo a través de una de las metáforas más hermosas, pues nos habla de cómo la vida puede surgir de entre la aridez, de cómo la vida puede brotar donde parece que hay solo muerte y desolación. Pero, para poder entender las palabras de Jesús, debemos recordar antes de nada, la inmensidad de beneficios que producen las viñas para las gentes: delante de las casas forman en verano excelentes sombras que protegen del calor; sus jugosos frutos, la uva, es un alimento rico en calorías, y que se puede consumir tanto fresca como adecuadamente desecada (la uva pasa). Sin embargo, de todos los productos que se derivan de la uva el más apreciado siempre por los pueblos ha sido el vino:¹³³ *"Y la vid les respondió: ¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?"* (Jue 9.13). No nos extrañe, por tanto, que Dios hable metafóricamente de su pueblo como de una viña (Is 5.1-7) (Jer 2.21) (Mt 20.1-16).

2. La vid nos habla de algo que no tiene gran atractivo externo.

Sabemos que la vid cuando no tiene hojas ni fruto es una planta de aspecto horrendo y sin ningún tipo de atractivo. En el A.T. se habla del Mesías comparándolo con una planta seca y sin apariencia de vida al decir: *"Subirá cual renuevo delante de Él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, más sin atractivo para que le deseemos"* (Is 53.2). Con estas palabras se nos está diciendo que aquellos referentes por los que las personas nos parecen "atractivas" o "interesantes" no estaban en Cristo. Ahora bien, esto necesita una aclaración, pues no quiere decir que físicamente Jesús fuera un hombre feo o deforme, sino que era normal y corriente. No era precisamente por su físico que Él debía impresionar a las gentes. Por otra parte, el texto bíblico también quiere indicar que en Jesús tampoco estaban las otras cosas por las que las gentes valoran a las personas, como sabiduría terrena, bienes o dinero,

¹³³ Los autores sagrados, convencidos de que el vino es un don de Dios, describen la prosperidad en términos de abundancia de *"trigo y mosto"* (Gn 27.28), requieren el diezmo del vino (Dt 12.17), prescriben para ciertas ofrendas una libación de vino (Nm 15.7), y afirman que entre las bendiciones de Dios está el vino (Sal 104.15). Jesús suministró vino en las bodas de Caná (Jn 2.1-10), y usó vino en su última cena para simbolizar su sangre (Lc 22.17-18). El apóstol Pablo recomienda a Timoteo el uso del vino para su estómago (1 Ti 5.23). Por tanto, la Biblia no condena en ninguna manera el uso del vino, lo que sí condena es su abuso: (Pr 20.1; 23.29-35) (1 Ti 3.3,8), *"No os embriaguéis con vino"* (Ef 5.18), pues *"los borrachos... no heredarán el reino de Dios"* (1 Co 6.10).

posición social, etc. Jesús era como la vid, su belleza y su valor estaba en el interior y afloraba al exterior justo en su momento, en su tiempo.

Vivimos en un mundo acostumbrado a llevarse por las apariencias, por lo externo, por lo grande, según el criterio humano de las cosas. Precisamente por esta razón muchas personas menospreciaron y menosprecian a Cristo. Él es como un tesoro envuelto en papel corriente, es como un gran regalo envuelto en un papel normal. Quien ve este paquete no puede saber realmente lo que tiene delante a menos que lo abra. Es necesaria entonces la fe para creer que es posible que un tesoro se encuentre bajo un envoltorio tan pobre. La mayor parte de las personas rechazan a Cristo, y con él el regalo de la salvación, porque cuando se les habla del regalo de Dios para el mundo, no pueden ver otra cosa que lo corriente del papel con el que va envuelto ese regalo, entiéndase por ello su naturaleza humana semejante a la nuestra, su humildad y pobreza, su estilo de vida sobrio y prudente. Las palabras del profeta Isaías: "*¿Quién ha creído ha nuestro anuncio?*" (Is 53.1), nos enseñan como generalmente las gentes rechazan al salvador Jesucristo y a su mensaje porque les parece nada o poca cosa.

3. Pero internamente tiene vida y puede producir vida.

Como en la vid, la virtud de Jesús no se ve a simple vista, sino que emana de su interior, en su justo momento, produciendo vida: "*En Él estaba la vida*" (Jn 1.4) La vida que Jesús tiene y puede dar al hombre es una vida a todos los niveles: espiritual, física y eterna: "*Yo he venido para que tengan vida; y para que la tengan en abundancia*" (Jn 10.10b). Esta vida se recibe en el nuevo nacimiento y nos lleva a entrar en la esfera del reino de Dios y sus cosas (Jn 3.3-5). Es una vida espiritual (Ef 2.1) y eterna (Jn 3.36), y conduce a la salvación de la condenación eterna (Jn 5.24).

Cuando una persona que no entiende de agricultura ve la vid en invierno percibe de su aspecto que allí no hay otra cosa que una planta muerta y seca de la cual nada se puede esperar. Seguramente piense que lo mejor que podría hacerse es arrancarla para que no inutilice la tierra y en su lugar plantar otra cosa. Sin embargo, cuando esa misma vid es vista por un agricultor percibe algo bien distinto. Él sabe que en su tiempo reverdecerá y dará abundante fruto y con él momentos de abundancia y felicidad. El agricultor "ve" cosas que no están a la vista, pero de las cuales está plenamente convencido, y por tanto contempla un espectáculo hermoso. Así ocurre con Jesús, sólo quienes tienen el don de la fe pueden ver en Él su capacidad de dar vida y salvación a todos aquellos que confían en su vida, muerte, resurrección y mediación eterna por los pecados del hombre.

4. Su fruto está en torno a ella formando racimos.

Así como el fruto de la vid, la uva, se produce en racimos, los creyentes formamos racimos (agrupaciones de creyentes = la iglesia) en torno a Jesús. La Biblia emplea diferentes metáforas para hablar de la iglesia como una unidad formada de partes: La Iglesia es un rebaño (Hch 20.28). La Iglesia es un cuerpo (1 Co 12.27). La Iglesia es un edificio formado por piedras vivas (1 P 2.5). En todos

los casos se habla de muchas partes, que sin perder sus características individuales y personales, forman una unidad con característica y personalidad propias.

La Iglesia es el racimo donde nacen y crecen las uvas de Dios: *"Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos"* (Hch 2.47). Generalmente nadie puede ser salvo sin la obra de la Iglesia: A través de su ministerio de predicación es que son llamados a la salvación los escogidos de Dios (Jn 17.20), esto es tan importante, como medio ordinario de llamamiento a la salvación e incorporación a la Iglesia, que Pablo afirma: *"¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? ..."* (Ro 10.14-15). Del pasaje anterior se desprende que la Iglesia es el instrumento generalmente utilizado por el Espíritu Santo para llevar a las personas a la fe de Cristo y por ella a ser constituidos hijos de Dios (Gá 3.26) ¡Nadie puede tener a Dios por padre si no tiene a la iglesia por madre!

II. Los creyentes son los pámpanos

1. Los pámpanos

Los creyentes en Cristo (la vid) somos su fruto (los pámpanos): *"Yo soy la vid, vosotros los pámpanos"* (Jn 15.5). Esto nos habla de que en la vida del creyente todo tiene su causa en Cristo. Somos lo que somos por la obra y gracia de Jesucristo (1 Co 15:10). Jamás deberíamos pensar, como hacen algunos,¹³⁴ que el creyente ha llegado a serlo debido a algo que él ha hecho de sí mismo en su condición de incrédulo: *"Porque ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?"* (2 Co 4.7). Es San Pablo quien, una vez más, deja claro el asunto al decir: *"Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor."* (1 Co 1.30-31).

2. Los pámpanos deben permanecer en la vid.

El pámpano que ha nacido de y en la vid debe continuar allí hasta que se culmine el proceso para el cual ha nacido: *Permaneced en mí, y yo en vosotros* (Jn 15:4). Esta permanencia en Cristo se produce en la medida que permanezcamos en tres cosas: 1) En la fe y esperanza constante de la Palabra de Dios que nos conducen a Cristo como salvador: *"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros"* (Jn 15.7). 2) En el reconocimiento de su amor que le llevó a dar su vida por nosotros: *"Permaneced en mi amor"* (Jn 15.9) . Y 3) en el conocimiento y obediencia de sus mandamientos: *"Si guardareis mis*

¹³⁴ El fariseo creía que era un buen creyente, y que esto quedaba demostrado por sus maravillosos hechos, de los cuales se sentía tan orgulloso que no tiene ningún inconveniente en recordar y enumerar a Dios. Al mismo tiempo menospreciaba a los demás porque no eran como él, porque no se esforzaban como él en hacer las cosas de forma tan adecuada y puntual. ¡Desde luego Dios tendría que sentirse orgulloso de contar entre sus hijos a una persona como él! (Lc 18.9-14).

mandamientos permaneceréis en mi amor" (Jn 15.10). Por tanto, permanecer en Cristo no tiene que ver con una práctica religiosa cualquiera del cristianismo, va mucho más allá de eso. Es un acto permanente de fe y esperanza en la Palabra de Dios que nos lleva a apreciar el don de Dios en Cristo; que nos lleva a amarle por ello con todo nuestro corazón, alma y mente, de tal manera que voluntariamente obedezcamos con temor todos sus mandamientos.

Ahora bien, es importante recordar que las tres cosas antes mencionadas: la fe, el amor y la obediencia han de expresarse en la Iglesia del Señor,¹³⁵ la comunidad de los santos, de los redimidos. Es en la Iglesia donde la Palabra de Vida se proclama y enseña a través de los instrumentos que Dios mismo provee (Ef 4.11-16); es en la Iglesia donde debemos amar a Dios y guardar sus mandamientos amando también a los hermanos (1 Jn 2.4-5,7-11; 3.14-24; 4.7-21). Por tanto se permanece en Cristo en la medida que todas las uvas juntas, el racimo o Iglesia, permanece en Cristo en fe, amor y obediencia.

3. Separados de Él nada pueden hacer.

Los pámpanos no sólo deben su existencia a la vid, sino que es también gracias a ella que se puede producir su desarrollo y crecimiento hasta llegar a dar el fruto, fin último del proceso de la vida misma. Es por eso que Jesús dijo: *"el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid..."* (Jn 15.4). Y así como nadie debe su origen cristiano a nada que haya hecho de sí mismo, tampoco nadie puede de sí mismo dar el fruto de la vida cristiana. Es Cristo quien nos llevó a ser cristianos y es Cristo quien nos lleva a vivir como cristianos dando el fruto de la santidad. Si alguien pretende que es cristiano y al tiempo intenta vivir separado de Cristo, al estar separado de su cuerpo, la Iglesia, el tal se engaña a sí mismo, nada podrá conseguir jamás. Sólo en la Iglesia, en el racimo, crecen juntas las uvas hasta madurar y estar en la condición óptima de desarrollo y calidad: *"separados de mí nada podéis hacer"* (Jn 15.5b).

4. El que permanece en Jesús lleva mucho fruto.

Que un cristiano de fruto no es una opción que pueda tomar o dejar. Este es el fin para el cual Dios le ha escogido para salvación: *"no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca..."* (Jn 15.16). Por tanto cuando un cristiano permanece en Cristo -en su Iglesia, en fe, amor y obediencia- y como consecuencia de ello da abundante fruto, se cumple en propósito de Dios, de manera que, como dijo Jesús: *"en esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto..."* (Jn 15.8). Dar fruto es de esta manera una manera de evidenciar la obra de Dios en nosotros, es una manera de conocer nuestra salvación: *"... y seáis así mis discípulos"* (Jn 15.8b). Dar fruto no sólo glorifica a Dios, sino que nos

¹³⁵ Es también por otra metáfora que el Señor nos ayuda a entender lo que significa permanecer en Cristo. Esta metáfora es la de la Iglesia como un cuerpo cuya cabeza es Cristo. Nadie puede estar unido a la cabeza si previamente no está formando parte del cuerpo. No basta con estar en el cuerpo, hay que formar parte de él. La ropa está en el cuerpo pero no forma parte de él. Por tanto sólo quienes han nacido por el Espíritu Santo "a través del cuerpo" y "en el cuerpo" pertenecerán al cuerpo formando un todo con él (1 Co 12).

hace ser unos cristianos que pueden obtener de Dios abundante gracia a través de la oración: "*Pedid todo lo que queráis, y os será hecho*" (Jn 15.7b).

Lección vigésimo séptima: Yo soy el camino, la verdad y la vida

TEXTO: (Juan 14.1-14)

I. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida

Durante tres años los discípulos estuvieron oyendo palabras de esperanza y consuelo, ahora Jesús les había declarado algunas cosas que les tenían perplejos. Jesús les había hablado de su inminente muerte: *"Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir"* (Jn 12.27-36) (Mt 16.21-28). Les había revelado que sería entregado a ella mediante el acto traidor de uno de sus discípulos: *"De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar"* (Jn 13.21s). Les había dicho que después de su muerte había de partir con el Padre y ya no estaría físicamente con ellos: *"Aun estaré con vosotros un poco... A donde yo voy, vosotros no podéis ir"* (Jn 13.33,36; 14.1-3). Para colmo, además de todo lo anterior, Jesús les había revelado también que Pedro le negaría tres veces: *"De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces"* (Jn 13.38).

Los discípulos no habían previsto un desenlace tan trágico para los momentos gloriosos que estaban viviendo junto a Jesús. Después de abandonar todas las cosas para seguirle, después de tres años junto a Él compartiendo momentos sublimes, no podían imaginarse que les dejase de repente. Tampoco podían pensar que el hombre que había tomado la iniciativa tantas veces en demostrar su fe en el Hijo de Dios ahora fuera a negar a Jesús. Ante todo este cúmulo de cosas adversas que no esperaban estaban tristes, preocupados y temerosos: *"No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo"* (Jn 14:1,27b). Estaban confundidos y desorientados: *"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros... Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?"* (Jn 14.2,4-5). Se sentían como si fueran a quedarse abandonados a su suerte: *"No os dejaré huérfanos"* (Jn 14.18).

Es en este contexto de cosas que Jesús dijo: *"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14.6a). Con estas palabras Cristo se presenta a sí mismo como el camino¹³⁶ al Padre y a las eternas moradas celestiales, a la casa del Padre. Con estas palabras Jesús está diciéndonos dos cosas: Primera él es el camino de Dios al hombre. Es decir, a través de Él el Dios misericordioso se acerca al hombre pecador y se da a conocer para salvación y vida eterna: *"Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo... A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer"* (Jn 1.9,18). *"El que me ha visto a mí, ha visto al*

¹³⁶ Es necesario recordar aquí que aunque Jesús nos enseña el "camino de Dios" (Mr 12.14), entendido éste como el estilo o forma de vida que agrada a Dios, que es transitado por sus hijos, o cuantos tienen la salvación, con todo, cuando Jesús dice en Juan 14.6 que Él es el camino se está refiriendo a sí mismo.

Padre... yo soy en el Padre y el Padre en mí" (Jn 14.9,10). Segunda Él es el camino del hombre a Dios. Por Jesús se va al Padre (Jn 14.6) mediante la fe en Él y en su obra salvífica: "Así que hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (He 10.19-22).

Jesús es el camino al Padre porque Él es la Verdad (Jn 14.6). Es la Verdad porque es Dios con el Padre: "*¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? ... Yo y el Padre uno somos" (Jn 14.10a; 10.30); por tanto, como Dios, habla la palabra de Dios, la palabra del Padre: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras" (Jn 14.10b; 12.49-50) "... santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Jn 17.17). Esto quiere decir que Jesús no es un profeta más, alguien que habla de las cosas sagradas al mismo nivel que Buda, Confucio, Mahoma. Jesús es la Verdad porque es Dios, y por tanto, lo que dice sobre las cuestiones trascendentes no es una opción religiosa más donde los hombres podemos escoger. La Palabra de Jesús es la verdad misma, la verdad sobre todas las cosas, la verdad sobre la vida y la muerte, la verdad sobre el destino eterno de los hombres. Cuando Jesús hablaba, lo hacía de tal manera que quería dejar claro que no estaba dando una opinión de hombre, sino que estaba declarando la verdad absoluta: "De cierto, de cierto os digo..." (Jn 8.34,51; 10.1) etc.*

Jesús es el camino porque él es la Vida (Jn 14.6b). La vida está en Él, por cuanto es, como Dios, el creador de todas las cosas, el creador de la vida física: "*Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Jn 1.3-4). Pero también Él es el dador de la vida espiritual: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí aunque esté muerto, vivirá" (Jn 11.25), o vida abundante (Jn 10.10), a través de la cual se entra en el reino de los cielos (Jn 3.3-5). Esta vida espiritual nos hace salir de la esfera del pecado y la corrupción del mundo (Ef 2.1ss), y nos constituye en criaturas nuevas para Dios (2 Co 5.17). Jesús da también otro tipo de vida, la vida eterna, que se recibe en el "ahora" de nuestra vida mediante la fe en Él (Jn 3.36), y que nos hace trascender a la muerte en una relación con él para siempre jamás, una relación gloriosa en la que no habrá nada que tenga que ver con la muerte, el pecado y la condenación: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn 5.24).*

II. Nadie viene al padre, sino por mí

Entre muchos caminos posibles, Jesús no es un camino más a Dios. Jesús es "El Camino", el único camino para acceder al Padre y a las moradas eternas; Él dijo: "*Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14.6b). Esto nos enseña que no hay otro camino que lleve al hombre a Dios, no hay otro camino de salvación: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch 4.12). En contraste con otras*

religiones, que mezclan conceptos de aquí y de allá (sincretismo), o que creen que a Dios se llega a través de cualquier religión observada con sinceridad y honradez, más o menos en la línea del dicho que dice: "Todos los caminos llevan a Roma", el verdadero evangelio, el de Cristo y su palabra, es exclusivista y excluyente: *"Nadie va al Padre sino por mí"*, dijo Jesús. Exclusivista porque presenta a Cristo como el único salvador, como el único acceso y vía a la presencia de Dios. Excluyente por que rechaza cualquier otro camino, sea persona o institución, como medio de encontrarse el pecador con Dios: *"Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre"* (1 Ti 2.5).

La forma de andar por Cristo, como camino, verdad y vida, es a través de la fe en su persona y obra.¹³⁷ Y así como él es el único camino al Padre, también la fe en él debe ser nada más que en él. No basta con creer en Jesús como salvador, hay que creer en Jesús como único salvador. El que cree en Cristo, al tiempo que cree en cualquier otra persona o cosa, no cree realmente en Cristo: *"Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro..."* (Mt 6.24). El Señor reclama toda nuestra fe y amor, Él no se conforma con una parte cualquiera, él quiere todo nuestro corazón:¹³⁸ *"El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí..."* (Mt 10.37); *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente"* (Mt 22.37). Nada, ni nadie, debe usurpar el lugar de Cristo en el corazón de una persona, si de verdad queremos llegar al Padre, a las moradas eternas, debemos asegurarnos que nuestra fe está en Él, y nada más que en Él.

Debemos tener cuidado, pues aún los verdaderos creyentes ponen temporalmente su fe en otra cosa que no es Cristo: *"¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres"* (Mt 16.23). Cuando esto ocurre toda suerte de calamidades rodean al cristiano. Se puede ser un instrumento de Satanás para hacer tropezar a otros. Se puede dejar de creer en alguna enseñanza vital de la Palabra de Dios y rechazarla, condenarla o perseguirla. Podemos hundirnos en el agua de nuestros miedos y dudas (Mt 14:30). Por tanto la fe debe estar en Jesús, y nada más que en Jesús, de forma permanente y en toda circunstancia: *"Se vivir humildemente, y se tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"*. (Flp 4.12-13).

¹³⁷ (Jn 3.15-16,18; 3.36)

¹³⁸ La Iglesia de Roma enseña a los suyos a creer en Jesús, pero también enseña a creer en María y en los santos. Un creyente católico romano, por tanto, tiene una fe en Jesús compartida con otras personas. Dependiendo del lugar esta fe en Jesús puede ser muy pequeña, o casi inexistente, en relación con la que se tenga en María o en los santos (al ser ésta o alguno de ellos los patrones del lugar). Semejante situación no tiene nada que ver con las enseñanzas del propio Jesús y de sus apóstoles.

Lección vigésimo octava: Aprendiendo de Jesús

TEXTO: (Mateo 11.29-30)

I. Jesús es el modelo de ser humano escogido por Dios para el cristiano.

1. Llamados a ser como Jesús.

Según el apóstol Pablo el propósito por el cual Dios ha salvado a los suyos es llevarles a ser semejantes a Jesucristo. Los distintos ministerios de la Palabra son instrumentos en las manos de Dios para "... perfeccionar a los santos... hasta que todos lleguen a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Ef 4.11-13). Con esto la imagen y semejanza de Dios, perdida y distorsionada en el hombre desde la caída, es recuperada a medida que el carácter de Cristo se va plasmando en sus discípulos.

Jesús dijo: "*Aprended de mí*" (Mt 11.29), dejando claro con ello que Él es el modelo moral y ético al que tenemos que aspirar los cristianos. Él es tanto el maestro o profesor a quien debemos encomendarnos para que modele nuestra alma y carácter, como la el conocimiento o asignatura que ese profesor imparte para conseguir ese fin. En el contexto del versículo mencionado, Jesús dijo: "*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón...*" Debemos aprender de Jesús, el maestro: "*Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; decís bien, porque lo soy*" (Jn 13.13), a ser como Jesús, la asignatura: "*Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*" (Jn 13.14).

2. Llamados a desaparecer en nuestra vieja naturaleza

Ningún cristiano de verdad puede, por tanto, aferrarse al carácter que posee a través de la herencia y del medio ambiente. Este es pecaminoso y contrario a la voluntad de Dios en sus tendencias y manifestaciones (Gn 8.21) (Ro 3.10-18). Aferrarse al carácter propio es no entender el propósito de la salvación que es llegar a ser como Jesucristo. Imaginemos a una persona que ha sufrido terribles quemaduras en todo su cuerpo, quedando del todo desfigurado, e ingresa en un hospital para ser operado. El cirujano toma una foto de la persona de antes del incendio y tiene el propósito de conseguir dos cosas: Primera: Hacer desaparecer el horror y fealdad de esa persona. Segunda: Restaurarle lo máximo posible según el modelo que tiene ante sí por medio de la foto. Si la persona se niega a ser operado ¿qué demuestra?. Primero: que está conforme con su actual estado. Segundo: que no tiene interés en recuperar la imagen perdida.

El carácter viejo y pecaminoso ha de desaparecer en el cristiano para dar paso al carácter perfecto y santo de Cristo. El apóstol Pablo lo dice de forma

inequívoca con las siguientes palabras: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios..."* (Gá 2.20). Según esto nuestro yo pecaminoso y carnal, es decir nuestro carácter natural, ha de morir, desaparecer, para que en su lugar viva el carácter de Cristo, de modo que podamos decir: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Flp 1.21). Un texto que resume todo lo que venimos diciendo es (Col 3.5-17). En él Pablo nos habla de hacer morir lo terrenal de nosotros v.5-9, y de manifestar el carácter del nuevo hombre, conforme a la imagen del que lo creó, de Cristo v.10-17).

II. Llegando a ser como Jesús

1. Jesús nos dejó su ejemplo.

Durante toda su vida Jesús hizo lo recto en todas las cosas para dejarnos un modelo ejemplar de conducta que pudiera ser seguido por sus discípulos. Antes de enseñar algo Jesús procuraba que sus discípulos vieran en él cómo debían hacerse las cosas. En cierta ocasión Jesús quiso enseñar a los suyos que debían servirse en humildad los unos a los otros. Antes de hacerlo, Él mismo en persona, les lavó los pies a todos y cada uno de ellos. Después les dijo: *"Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis"* (Jn 13.15). En todo momento Jesús estuvo dando ejemplo, aún en los momentos difíciles de su vida, en los momentos de extrema adversidad: *"Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo..."* (1 P 2.21a). Este texto es interesante porque hay personas que creen que la dificultad les exime de dar ejemplo, de comportarse adecuadamente. Pero Jesús nos muestra que aún en esos momentos tenemos la responsabilidad de tener una conducta que pueda ser de sana influencia sobre los demás.

El ejemplo de Jesús quedó registrado en la Biblia, la Palabra de Dios, para que todas las generaciones de cristianos dispusieran de él. Evidentemente los cuatro evangelios tienen el más alto contenido de enseñanza sobre el carácter, vida y obra de Jesús: (Jn 20.30-31; 21.25) (Lc 1.1-4). La Biblia nos dirige constantemente a seguir el ejemplo de Cristo: *"De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros"* (Col 3.13b). Es interesante el texto de Pedro que nos llama a seguir las huellas o pasos de Jesús: *"Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas"* (1 P 2.21).

2. El ejemplo de Jesús debe ser seguido por los suyos.

El ejemplo y la imitación forma parte del proceso de enseñanza y aprendizaje. Dios nos llama a ser como Cristo y tenemos en la imitación de él el camino a seguir para llegar a conseguir el objetivo: *Sed pues imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó...* (Jn 5.1). Imitamos a Cristo cuando imitamos a otros que están imitando a Cristo: *"Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo"* (1 Co 11.1). Otros textos interesantes

son: (Flp 3.17) (1 Tes 2.14) (He 6.12) (1 Co 4.16) (2 Tes 3.7) (He 13.7) (3 Jn 11). En esto último debemos tener cuidado, pues no todos los que dicen ser cristianos son imitadores de Cristo (2 Ti 3.1-5). Aún los buenos cristianos pueden cometer errores (Gá 2.11-21). Debemos huir de los extremos: No debemos caer en el error de pensar que no podemos imitar a los buenos cristianos, y tampoco debemos caer en el error de imitar sin más a todo el que se nos ponga por delante.

Al seguir el ejemplo de Jesús no sólo debemos pensar en nosotros mismos, en nuestro bien, sino en el de los que nos rodean. No debemos olvidar la ley del proceso de enseñanza y aprendizaje por la que todos somos maestros y alumnos en la escuela de la vida. Es decir todo ejemplo que se da, bueno o malo, influye en otros positiva o negativamente. Si imitamos a Cristo nos beneficiamos moral y espiritualmente al tiempo que proveemos a otros de un ejemplo que podrá ayudarles a alcanzar el mismo objetivo: *"Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor... de tal manera que habéis sido ejemplos a todos..."* (1 Tes 1.6a,7a) (2 Tes 3.7-9). Si no imitamos a Cristo, sino que seguimos cualquier otro modelo de carácter y conducta, nos perjudicamos a nosotros y proveemos un mal ejemplo a los demás que les hará tropezar y errar en el alcance del objetivo (Mt 18.6-9) (Ap 2.20).

3. El Espíritu Santo aplica la Palabra con poder para que el carácter de Cristo se manifieste en el creyente.

Jesús dijo del Espíritu Santo: *"Él me glorificará; porque tomará de los míos, y os lo hará saber"* (Jn 16.14). El Espíritu Santo es la persona divina que lleva a los cristianos a ser semejantes a Cristo. Para ello aplica con poder la Palabra de Dios, que contiene el ejemplo de Cristo, a la vida de los creyentes, llevándoles a manifestar el "fruto del Espíritu", que no es otra cosa que el carácter de Cristo (Gá 5.22-25). Al tiempo el Espíritu contiene con nuestra "carne" para que no hagamos según sus deseos pecaminosos (Gá 5.16-17). Un texto interesante es (Ef 3.16-17), en él Pablo ora para que Dios de a los creyentes de Éfeso: *"... el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones..."* Este texto nos muestra la forma y el lugar en que el Espíritu Santo trabaja para producir el carácter de Cristo en el creyente. La forma: fortaleciendo al hombre interior con su poder. El lugar: Llevando a Cristo a habitar en el corazón, es decir, cambiando y moldeando las conciencias de manera que sean semejantes a la de Cristo.

Cuando la obra del Espíritu se manifiesta en la vida de un cristiano, éste aparece recubierto de vestiduras blancas de santidad (Ap 3.5). Estas vestiduras no son otra cosa que el carácter de Cristo: *"... vestíos del Señor Jesucristo"* (Ro 13.14). Así el carácter de Cristo llega a formar parte de nosotros de forma natural. No se trata de una conducta hipócrita, religiosa y artificial, sino de un carácter santo, vivo y espontáneo. La primera no anula el pecado (Col 2.20-23), lo segundo es Cristo manifestándose en nuestra vida después de dar muerte al pecado: *"Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria"* (Col 3.3-4).

Lección vigésimo novena: Los milagros de Jesús

TEXTO: (Deuteronomio 34.10-11)

I. ¿Qué es un milagro?

Cuando hablamos de “milagro” queremos referirnos a aquella operación de Dios en el ámbito físico que resulta nada común para la experiencia humana e inexplicable en términos de agentes físicos secundarios. La acción usual de Dios en este mundo es efecto del poder de Dios tanto como en los milagros, pero para ser exactos, resulta necesario referirse a su actividad normal como *providencia* en vez de milagro. Por tanto los milagros son obras no usuales de Dios con el fin de maravillar a los pecadores, demandando su atención y promoviendo el reconocimiento de su grandeza. Un milagro marca una interrupción del modelo normal de la operación divina mediante su acción extraordinaria

II. ¿Cuál es el propósito de los milagros?

1. Los milagros en el Antiguo Testamento.

Los milagros en el Antiguo Testamento tenían el propósito de servir de “credencial” o “certificado de autenticidad” para los verdaderos profetas de Dios. A través de los milagros los profetas podían demostrar que realmente eran enviados por Dios con un mensaje divinamente revelado: (Dt 34.10-11). Unos textos interesantes de la Biblia, porque nos muestra la razón de ser de los milagros, son aquellos que tienen que ver con Moisés, el primer obrador de milagros mencionado. Cuando Dios da un mensaje a Moisés para su pueblo Moisés responde: “*No me creerán...*” (Ex 3.13; 4.1). Entonces Dios le capacita para hacer ciertas señales milagrosas y le ordena que vaya a su pueblo y las exhiba ante ellos con un claro propósito: “*Esto es para que crean que se te ha aparecido Jehová...*” (Ex 4.2-5).

En otra ocasión el pueblo de Israel no sabía quien hablaba en nombre del verdadero Dios, sí Elías o los profetas de Baal. Elías propone a los profetas de Baal una prueba o demostración milagrosa que evidencie quien es profeta del verdadero Dios. La prueba consiste en que cada parte, Elías por un lado, y los cuatrocientos profetas de Baal por otro, supliquen a su respectivo Dios que consuma un animal ofrecido en sacrificio y colocado sobre un altar de piedras. Los innumerables esfuerzos de aquellos profetas de Baal no consiguieron que éste interviniese para demostrar su existencia y poder. En contraste el Dios de Elías consumió con fuego caído del cielo el animal y las piedras del holocausto. El Dios verdadero era Jehová y Elías era su profeta (1 R 18.36-37). Esto no es más que otro ejemplo de los muchos que podríamos poner que nos muestran la relación existente entre la profecía y las señales. Concluyendo pues, los milagros son la

evidencia de que quien los hace es un instrumento para la revelación-comunicación de la palabra de Dios (Sal 74.9).

3. Los milagros en el Nuevo Testamento.

Los milagros más importantes mencionados en el Nuevo Testamento y en la Biblia en general son los obrados por Jesucristo. Estos eran las credenciales que demostraban su procedencia y misión divinas: *“Nadie puede hacer estas señales que Tú haces si no está Dios con Él”* (Jn 3.2). Ya desde el Antiguo Testamento la profecía decía que habría de venir un gran profeta de parte de Dios: *“Profeta de en medio de Ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Yahvé tu Dios; a Él oiréis”* (Dt 18.15). Este profeta prometido no era otro que Jesucristo, como bien afirmaban las gentes que veían las señales que hacía: *“Este es verdaderamente el profeta que había de venir”* (Jn 6.14). Según los apóstoles las señales-milagros que hizo Jesús eran la evidencia de que él era el Cristo, el Hijo de Dios (Jn 20.30-31) (Hch 2.22). El propio Señor Jesucristo dijo *“Creedme por las obras”* (Jn 10.37-38).

Los milagros obrados por los apóstoles eran también las credenciales de su apostolado: *“Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros”* (2 Co 12.12) (Gá 3.5) (Ro 15.18,19) (He 2.4). De igual modo los instrumentos de la falsa revelación, es decir los falsos profetas, cristos o apóstoles, también recurren a los milagros con el fin acreditarse como siervos e instrumentos de Dios (2 Tes 2.9-10) (Mt 24.24). Una vez más concluimos que las señales-milagros no eran más que las credenciales de aquellos que eran la revelación misma -Jesús- o los instrumentos para la transmisión de esa revelación -los apóstoles-.

III. ¿Se producen hoy en día milagros al modo de los hechos antaño por los profetas o los apóstoles?

1. Los milagros hoy.

No nos estamos preguntando si Dios tiene poder en nuestros días para hacer milagros o si actualmente los está haciendo de alguna manera y por alguna razón. Si esta fuera la pregunta responderíamos con firmeza: ¡Hoy Dios puede hacer y hace milagros! ¡Muchos somos testigos de ello!¹³⁹ Los milagros de hoy se producen por la acción directa de Dios para proteger o proveer a sus hijos. Otras veces son la respuesta de Dios a las oraciones de los suyos que claman a él en situaciones adversas o en circunstancias límites. Por tanto, la cuestión no es si Dios hace milagros hoy en día, sino si los está haciendo al modo de los realizados

¹³⁹ Muy pocas personas perciben la realización de milagros hoy en día. Estos son aquellos hombres o mujeres de fe que son capaces de ver en la esfera de lo invisible. Son personas que presentan en oración a Dios las situaciones más adversas o difíciles buscando que la voluntad de Dios sea hecha sobre ellas. Cuando Dios contesta concediendo las peticiones hechas se produce el milagro, y así lo perciben ellos. Los demás creen que es la casualidad, la buena suerte, o, sencillamente, “algo inexplicable”.

en el pasado por los profetas y los apóstoles, es decir como un medio para acreditar a sus instrumentos de la revelación.

2. Los milagros implican nueva revelación.

Si hoy se estuvieran produciendo milagros, realizados al modo de los tiempos bíblicos, tendríamos que esperar que también hoy Dios estuviera dando nueva revelación, nueva “palabra de Dios”, siendo estos milagros la señal o credencial de que sus obradores son también instrumentos divinos de revelación que hablan de parte de Dios. Si podemos creer que hoy Dios está dando nueva revelación, también podemos creer que está haciendo milagros al modo de los realizados por los profetas y apóstoles. Ambas cosas van unidas, no hay milagros sin revelación, ni revelación sin milagros. Sobre la necesidad de nueva revelación y la posibilidad de que esta nos sea dada dice la Biblia lo siguiente:

La Iglesia está cimentada sobre los escritos de los apóstoles y profetas (la Biblia), siendo Jesucristo la principal piedra del ángulo (Ef 2.20). ¡No hay otro fundamento para la Iglesia!

La Palabra que tenemos es suficiente para llevar a alguien a la salvación (2 Ti 3.15) (Jn 20.31). Quien no cree a la Palabra ya revelada tampoco creerá por una nueva revelación (Lc 16.31).

La Palabra que tenemos es suficiente para toda necesidad espiritual del cristiano (2 Ti 3.16-17), por tanto no hace falta nueva revelación.

Dios prohíbe añadir a Su Palabra (Ap 22.18-19) (1 Ti 6.3-4). Por tanto, no puede haber nueva revelación, por lo cual no puede haber actualmente milagros (credenciales) al modo del A.T. o N.T.

3. ¿Cómo interpretar los presuntos milagros hechos por algunos?

No olvidemos lo que decíamos un poco más arriba, los falsos profetas también hacen señales o milagros para engañar a las gentes y hacerles creer que hablan en nombre de Dios. Por eso la Palabra nos advierte que en los últimos tiempos vendrán muchos haciendo señales y prodigios con el fin de engañar: *“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos”* (Mt 24.24) Hablando del hombre de pecado que vendrá en los postreros tiempos San Pablo dice: *“Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden...”* (2 Tes 2.9-10).

PREGUNTAS DE LAS LECCIONES VIGÉSIMOSEXTA A LA VIGÉSIMONOVENA

Lea las lecciones detenidamente antes de contestar las preguntas.
Escriba las respuestas en una hoja de papel aparte con letra clara.

Lección vigésima sexta

1. Hable de Jesús como vid.
2. ¿Cómo y para qué debe permanecer un creyente en la vid?

Lección vigésima séptima

1. Hable de Jesús como Camino, Verdad y Vida?
2. ¿Cómo podemos andar por Jesús como camino?

Lección vigésima octava

1. ¿En qué sentido es Jesús nuestro modelo y para qué?
2. ¿Cómo podemos llegar a ser como Jesús?

Lección vigésima novena

1. ¿Cuál es el propósito de los milagros?
2. ¿Cómo debemos entender los milagros hoy en día?



José Luis Fortes Gutiérrez, autor de este trabajo, es Doctor en Sagrada Teología por ST. Alcuin House, Seminary, College, University, Chile; Doctor en ministerio cristiano, especialidad en Educación Cristiana por la Theological University of America, Iowa, EEUU; Máster en Religiones y Sociedades por la Universidad Internacional de Andalucía, de Sevilla; Máster en Teología pastoral por el Centro de Investigaciones Bíblicas, Tenerife, Canarias; Licenciado en Historia, especialidad en Historia de las Religiones, por la Universidad de La Laguna, Tenerife, Canarias; Licenciado en Teología, especialidad en Historia de la Iglesia, por el Centro de Investigaciones Bíblicas, Tenerife, Canarias; Experto profesional en Derechos Humanos y Religiones de España, por la Universidad Nacional de España a Distancia, Madrid.